REBECCA BAKER

Segunda oportunidad con el multimillonario



QUÉDATE Conmigo


REBECCA BAKER
Segunda oportunidad con el multimillonario
QUÉDATE
Conmigo

Quédate conmigo

Segunda oportunidad con el multimillonario

Rebecca Baker

Copyright 2021
Rebecca Baker
Todos los derechos reservados

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:
www.rebeccabaker.es

Rebecca en Facebook:
https://www.facebook.com/Rebecca.Baker.Espana

Índice

Índice
Capítulo 1 - Rosie
Capítulo 2 - Richard
Capítulo 3 - Rosie
Capítulo 4 - Richard
Capítulo 5 - Rosie
Capítulo 6 - Rosie
Capítulo 7 - Richard
Capítulo 8 - Rosie
Capítulo 9 - Richard
Capítulo 10 - Rosie
Capítulo 11 - Richard
Capítulo 12 - Rosie
Capítulo 13 - Richard
Capítulo 14 - Rosie
Capítulo 15 - Richard
Capítulo 16 - Rosie
Capítulo 17 - Richard
Capítulo 18 - Rosie
Capítulo 19 - Rosie
Capítulo 20 - Richard
Capítulo 21 - Rosie
Capítulo 22 - Richard
Capítulo 23 - Rosie
Capítulo 24 - Richard
Capítulo 25 - Rosie

Capítulo 26 - Richard
Capítulo 27 - Rosie
Capítulo 28 - Richard
Capítulo 29 - Rosie
Capítulo 30 - Rosie
Capítulo 31 - Richard
Capítulo 32 - Rosie
Capítulo 33 - Richard
Capítulo 34 - Rosie
Capítulo 35 - Richard
Capítulo 36 - Richard
Capítulo 37 - Rosie y Richard
Ultílogo

Capítulo 1 - Rosie

—Uff —Melissa gime y se seca la frente.

—Hace calor aquí. De verdad me sentiré aliviada en cuanto pueda quitarme este grueso suéter —continúa diciendo mientras se arremanga y tira de su maleta, caminando los últimos metros hasta la entrada del hotel.

—Oh, vamos. Mira el clima fenomenal que hace hoy. En serio, tan solo mira. Ni una sola nube en el cielo —con la mano apunto el brillante cielo azul que cubre Miami. Melissa también levanta la mirada por un momento.

—Sí, claro, tienes razón. Es lindo. Especialmente ahora, a mediados de noviembre cuando hace un frío brutal en Nueva York. Sin embargo, el pronóstico del clima decía algo diferente. De haber sabido que el día estaría así, no me habría puesto este suéter —Melissa tira del dobladillo inferior de su suéter—. Aunque, también tenías razón. Es una idea genial pasar un fin de semana de chicas bajo el sol —Melissa me sonríe con dulzura y me da una palmadita amistosa en el hombro.

—Si por mi fuera, las otras tres también estarían aquí —le digo con descaro—. Pero también sé que no tienes nada que decir al respecto. Más de una vez me has insistido en que no quieres una típica despedida de soltera. —Levanto las manos con dulzura, pues la frente de Melissa se arruga inmediatamente en cuanto escucha las palabras: *despedida de soltera.*

Debo admitir que me hubiera encantado divertirme con ella y nuestras otras amigas: Susan, Zoey y Emma. Pero Melissa se rehusó a ello desde el principio. Yo no quería hacer las cosas más difíciles para ella, especialmente porque hasta hace poco ni siquiera se atrevía a expresar su propia opinión abiertamente. No hasta que conoció a Darren, con quien está a punto de casarse.

—Señoritas, yo me encargaré de eso. Por favor, dejen su equipaje en mis manos y entren. —Un valet del hotel nos recibe con una honesta sonrisa y, bastante seguro de sí mismo, se acerca para coger nuestras maletas, que acabamos de dejar en el camino hacia la entrada del hotel, a muy poca distancia del área de servicio para transporte del aeropuerto.

—Vamos, quiero ver nuestra habitación. Creo que tenemos vista al mar —tiro de Melissa por la manga y aceleramos el paso. Otro joven valet

sostiene la enorme puerta del hotel para nosotras, y entramos. Nos saluda e incluso se quita la pequeña boina. Vaya, sí que estamos en el sitio adecuado.

La reserva del hotel fue una decisión algo espontánea. Confié en las muchas reseñas positivas y en la recomendación directa de una clienta de mi salón de manicura.

El vestíbulo del hotel, espacioso y al aire libre, está revestido de baldosas claras color arena, ordenadas en un patrón de sutiles ondulaciones. Al centro del vestíbulo hay una fuente de gran tamaño, probablemente con unos tres metros de altura. Y el techo… apenas y puedo creerlo. Es una enorme cúpula de cristal que ofrece una vista despejada del cielo azul en el exterior.

—Vale, creo que he elegido bien. Pero mira esto, sí que es guay, ¿o no? —No puedo ocultar mi sonrisa y, como es usual, se la contagio a Melissa.

—Sí, es un sitio bastante agradable —me dice mientras hacemos fila frente al escritorio de la recepción para el *check-in.*

—Ay, no seas escéptica. Anímate. Nos lo vamos a pasar súper bien aquí —sonrío y le doy un pellizquito en las costillas—. Tan solo piensa en que tu futuro esposo se pavonea alrededor de Nueva York usando un enorme abrigo de invierno.

—*Uhmm*... y si vuelvo con un ligero bronceado de verano… eso se verá bien en la sesión de fotos —confirma Melissa después de vacilar un poco. Mi entusiasmo parece habérsele contagiado un poco, finalmente.

—Y yo que pensé que el champán del avión te relajaría un poco más. Después de todo, no sabe igual en vasos de papel. Pero, seguramente que encontraremos algún remedio aquí… Mira, me parece que hay un lindo bar por allá. —Señalo el sitio detrás de la enorme fuente, en donde se pueden atisbar los taburetes detrás de una larga barra.

—Vale, tómatelo con calma. Ni siquiera tenemos la llave de nuestra habitación. Además, no quiero beber tanto. No tenemos que perder el control, ¿o sí? —Melissa inclina un poco la cabeza y me mira suplicante.

—No, por supuesto que no. Pero un par de cócteles no significa perder el control, ¿o sí? —respondo e intento evadir la sugerencia de Melissa de ordenar tan solo bebidas sin alcohol.

—Claro. Yo también estoy emocionada. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuvimos tiempo para estar juntas… oh, espera, no puede ser. Mira a ese tipo en ropa deportiva. Simplemente se ha colado en la fila del

check-in, sin más. ¿Crees que tiene permitido hacer eso? —Melissa señala con la mano extendida a un grupo de tres personas frente a nosotros, las cuales acaban de bajar del servicio de transporte del aeropuerto y ahora mismo también se disponen a ir a sus habitaciones.

Miro en la dirección que indica Melissa… me quedo boquiabierta. Por un momento siento como si me hubiera quedado congelada. No, esto no puede ser verdad. No lo es, ¿o sí?

Me muevo a un lado para ver mejor a través de la multitud que está frente a nosotros, mientras el tipo se mueve relativamente rápido de un lado a otro detrás del escritorio de recepción. No puedo escuchar lo que está diciendo, sin embargo, me parece que está hablando con la recepcionista que, cuando sea nuestro turno, nos entregará la llave de nuestra habitación. Ella parece escucharlo con atención y asiente varias veces.

—Rosie, ¿todo bien? —Melissa coloca su mano sobre mi hombro y me mira preocupada—. Tu sonrisa desapareció de repente. ¿Acaso viste a un fantasma?

—Yo… eh… yo… creo que he visto al tío con ropa deportiva antes, pero no estoy segura. Podría ser un viejo amigo… —tartamudeo, lo cual es realmente inusual en mí. Por lo general, no suelen afectarme estas cosas o situaciones.

Pero, simplemente no me esperaba esto. ¿De verdad es él? ¿Realmente se trata de Richard? ¿El hombre que me hizo llorar durante horas todos los días por más de dos semanas, justo después de graduarme del colegio?

—Oh, qué emocionante. Es muy guapo, ¿no crees? ¿No quieres ir con él? —me anima Melissa.

—No sé si será una buena idea —respondo un tanto vacilante—. Él… bueno, nosotros… —me interrumpo al notar que las personas frente a nosotras escuchan nuestra conversación con bastante interés. Una agradable señora mayor delante de nosotras nos mira con una gran sonrisa en el rostro y tanto Melissa como yo ponemos los ojos en blanco.

Miro más allá, hacia el área de la recepción e intento mirar nuevamente al apuesto hombre con ropa deportiva. Quizás mis sentidos me estén jugando una mala pasada. Sin embargo, durante mi breve conversación con Melissa, el tipo desapareció de nuevo. Miro alrededor del vestíbulo, de izquierda a derecha. No lo veo por ninguna parte. Ha desaparecido. ¿Pero

por qué camina por aquí como si fuera el dueño del lugar? ¿O quizás trabaja aquí? Pero ¿cuál será su función? ¿Quizás sea entrenador de tenis?

—Uhm, vale… entonces… entonces dime otra vez, ¿quién te recomendó este hotel? —Melissa intenta cambiar el tema de conversación para aligerar nuestro tiempo de espera. En realidad, la fila lentamente disminuye y pronto será nuestro turno.

Aprecio el esfuerzo de Melissa, pero se me acongoja el corazón de pensar en mi pequeño salón de manicura en Nueva York. Hace apenas dos días, mi arrendador estuvo ahí para darme a entender que debo buscar un nuevo sitio para mi negocio. Él sabe tan bien como yo que mi contrato debería durar otros dos años. Sin embargo, con tanta frecuencia como se ha aparecido últimamente… no estoy muy segura de que vaya a respetar ese plazo.

La miro esbozando una sonrisa burlona que Melissa conoce muy bien—. Tampoco es muy buen tema, pero qué amable de tu parte —respondo—. Mejor cuéntame lo que has estado planeando para tu boda. ¿O esta organizadora de bodas, la *wedding-planner,* lo hace todo por ti?

Parece que esa fue la pregunta correcta, pues Melissa me mira con entusiasmo y comienza a hablar con animados ademanes, explicándome qué tipo de flores y decoración le gustaría tener.

Finalmente es nuestro turno. Una vez que terminamos con las formalidades, nos entregan un par de chips, cada uno con un pequeño lazo. La recepcionista parece percatarse de nuestras miradas inquisitivas, así que nos explica: —Tan solo sostengan el chip cerca de la manija de la puerta y se abrirá automáticamente.

—Puedo unirlo a mi anillo —bromeo mientras miro el brillante anillo rojo que heredé de mi abuela antes de que ella falleciera hace algunos años. Se ha convertido en mi pieza de joyería favorita, y, de alguna manera, siento que cada vez se vuelve un poco más especial. Es una tontería, por supuesto, pero sé que mi abuela nunca se cansaba de decir lo valioso que es el anillo. Es por eso que tan solo lo uso en ocasiones sumamente especiales, como este fin de semana de chicas, o la futura boda de Melissa y Darren.

Sí, el anillo. Si mi negocio de manicura continúa como hasta ahora, quizás deba venderlo. No puedo pagar un abogado, y tengo que vivir de algo. Y tampoco quiero pedirle dinero prestado a Melissa, incluso cuando su prometido tiene dinero más que de sobra. Sin embargo, hacerlo

simplemente no se siente correcto. Mi abuela me dijo que ella mismo tuvo que empeñar el anillo en dos ocasiones, cuando las cosas se pusieron difíciles, pero que siempre volvió a comprarlo. Me percato de la manera en que este oscuro pensamiento me deprime, así que decido dejarlo de lado. Ya tendré tiempo para pensar en eso cuando acabe este fin de semana. Después de todo, eso no es la razón por la que vinimos aquí…

Cuando llegamos a nuestra habitación, el amable valet que nos ayudó con el equipaje colocó las maletas sobre nuestras camas, de forma que pudiéramos desempacar cómodamente. Le dimos una pequeña propina y se despidió cortésmente.

—Bueno, ¿qué te he dicho? Mira, ahí está el mar —abro las cortinas de par en par y miro la vista a través del pequeño balcón.

—Simplemente impresionante. Mar y palmeras en noviembre. Y eso con un vuelo de menos de tres horas desde Nueva York hasta Miami. Me parece algo descabellado —dice Melissa mirando por la ventana.

Entonces escuchamos que alguien llama a la puerta de la habitación. —Servicio de habitación —escucho una voz masculina decir detrás de la puerta.

—No habrás pedido algo tan pronto, ¿o sí? —me pregunta Melissa energéticamente, sin embargo, no puede evitar sonreír.

—Te juro que yo no he hecho nada. En el vestíbulo estuve a tu lado todo el tiempo —digo y levanto las manos con inocencia.

Melissa camina hacia la puerta y la abre. Detrás hay un joven y bien parecido hombre vestido con una camiseta tipo polo. Sus musculosos brazos apenas caben en las mangas de la camiseta.

—Hola, soy Marc. Les traigo a ambas un cóctel de bienvenida —nos saluda con una amistosa sonrisa, de forma que salen a relucir sus perfectos y brillantes dientes blancos.

—Sin alcohol, por supuesto. Cortesía de la casa. Un pequeño refrigerio después de su viaje —agrega dejando las bebidas sobre la mesita frente a la entrada del baño.

—Oh, qué amable. —Estoy emocionada. Obviamente sé que, a fin de cuentas, pagamos por este tipo de atenciones al reservar un hotel tan lujoso. Sin embargo, un pequeño e inesperado regalo no deja de tener cierto efecto sobre mí. Sobre todo, cuando es preparado por un joven apuesto que nos sonríe de manera tan hermosa.

—Quiero probarlo —cojo un vaso de la mesita y, por alguna razón, vuelvo a pensar en el extraño encuentro en el vestíbulo. ¿Realmente era Richard? Tendré que mantenerme alerta durante el día siguiente. De alguna manera, el pensamiento no me deja tranquila. Pero el hotel es precioso y no extremadamente grande, por lo que seguramente nos volveremos a encontrar. Incluso cuando Melissa y yo tan solo estaremos aquí hasta el lunes por la noche.

—¿Estás mirando tu anillo de nuevo? ¿O qué pasa, Rosie? ¿No deberíamos probar el cóctel y decirle al amable joven qué nos ha parecido? —Melissa interrumpe mis pensamientos.

—Oigan, no soy tan joven. Cumplí veintiuno la semana pasada —Marc alterna la mirada entre ambas, examinándonos de arriba abajo, como si no pudiera decidir dónde mirar primero. Me parece que su mirada se posa brevemente en mi anillo. No, no creo que sea eso. Es un chico joven, ciertamente es soltero y definitivamente busca divertirse.

Si soy honesta, Melissa es mil veces más bonita que yo, sin mencionar su increíble figura, aunque lo niega cada vez que se lo menciono.

—Está delicioso —respondo y me limpio la boca un poco después de haber probado el cóctel. Entonces se me ocurre una idea. Melissa no quería una despedida de soltera, pero sí podemos divertirnos un poco, ¿o no? Estoy segura de que este joven la elegiría si tuviera la opción, además, será divertido ver cómo reacciona Melissa cuando él se le acerque. ¿Está mal planear algo así? No, en realidad no tengo malas intenciones y si él se pone demasiado intenso, definitivamente estaré ahí para poner un alto. Después de todo, quizás es nuestro último fin de semana de chicas, al menos el último durante mucho tiempo. E incluso si Melissa evitó tener una despedida de soltera: tan solo se trata de un baile con un tío joven, nada más que eso.

—¿Los preparaste tú mismo? —pregunto, intentando sonar lo más interesada posible mientras revuelvo el cóctel con la pajita.

—Así es, trabajo en el bar justo frente al vestíbulo. ¿Qué piensas de venir por un trago después? De hecho, ambas estáis invitadas. Puedo prepararos el cóctel especial que he inventado —nos explica Marc con entusiasmo.

—Rosie, no lo sé… —comienza a decir Melissa, arqueando una ceja.

—Suena bastante interesante. Nos encantaría ir —interrumpo a Melissa —. Hasta pronto. Estamos ansiosas por probar tus cócteles —me despido, regalándole a Marc mi sonrisa más amistosa y cerrando la puerta de la habitación.

—Vale, cariño, ¡suéltalo ya! ¿Qué estás tramando? —escucho decir a Melissa. Cuando la miro, está de pie frente a mí, con las manos en las caderas.

—Vale. Justo por eso estamos aquí. Para divertirnos un poquito —le doy una palmadita amistosa en el hombro—. Además, ¿no querías quitarte el suéter? Vamos a la piscina para refrescarnos y después visitar a nuestro amigo Marc en el bar.

—Vale. Pero nada de juegos —responde Melissa levantando el dedo índice.

—Solo unos cuantos —digo guiñándole el ojo y no podemos evitar reírnos—. Y ahora, pongámonos el biquini. Realmente estoy emocionada, la vista desde la piscina debe ser fenomenal.

Capítulo 2 - Richard

—Disculpe, señor Evans. Tengo una pequeña duda. —Miro brevemente a la izquierda, sin embargo, no tengo intención de aminorar el paso o detenerme.

Nelson lo sabe, pues es una de esas personas que no se cansa de hablar conmigo. Entonces comienza a trotar a mi lado, aunque pronto necesita correr para mantenerme el ritmo.

—¿Quizás podría detenerse tan solo un momento, señor Evans? Se trata de… —jadea Nelson, quien rápidamente se queda sin aliento a causa de sus cincuenta kilos de sobrepeso.

—No, no puedo, Nelson. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Tocamos el tema cada dos días —me detengo abruptamente y Nelson logra frenar sin chocar conmigo y arrojarme al campo de flores a mis espaldas.

—¿De qué se trata ahora? ¿Dónde está tu líder de equipo? ¿Ya te lo has preguntado? —intento tranquilizar mi tono de voz al notar lo intimidado que se ve Nelson.

—Me dijo que debería ocuparme de ello yo mismo. Pero el huésped dijo que quería permanecer en la habitación hasta después del *check-out*¸ pero la habitación en realidad ya está reservada porque nosotros… —comienza a explicar Nelson, pero lo vuelvo a interrumpir.

—¿Cuál es mi trabajo aquí, Nelson? —lo interrumpo con tono serio y lo miro a los ojos.

—Usted es el jefe. El hombre a quien le pertenece este lugar —responde Nelson y señala con la mano las áreas verdes y las palmeras que se extienden alrededor del área de la piscina.

—Así es. ¿Y cuál es tu trabajo aquí? —le pregunto.

—Soy el responsable de las habitaciones en el ala B y debo encargarme de que los huéspedes estén satisfechos y cumplan las reglas —responde dócilmente, mirando al suelo.

—Soy dueño de un total de cinco hoteles. Este es el más pequeño de todos. ¿Crees que debo ocuparme del *check-out* de cada huésped, en cada uno de mis hoteles? —le pregunto retóricamente, levantando una ceja.

—Está bien, señor Evans. Ya lo he entendido. Me encargaré de ello —responde Nelson y se despide de mí.

Me doy la vuelta sin decir nada más y continúo trotando. Realmente la situación ha empeorado. A estas alturas ya deberían saber que todos los días hago mi rutina de ejercicio cerca de la hora del almuerzo. Esta rutina incluye mi circuito de *jogging,* que comienza en el hotel, atraviesa todas las instalaciones, continúa por la playa y termina en la pequeña cabaña detrás de la colina al final de la arena. Esa cabaña es mi pequeño secreto, pues también me pertenece. Pero nadie del hotel lo sabe. Ese es mi sitio secreto de retiro, que solo utilizo en ocasiones especiales.

Cuando termino mi circuito de *jogging,* paso un rato en el gimnasio, donde me dedico a mi pasión secreta: el boxeo. Siempre me vendo las manos para entrenar, tal como he hecho antes de cada entrenamiento, para así poder deslizarme rápidamente dentro de los guantes y comenzar a golpear ese saco.

De vez en cuando tengo algún oponente. A pesar de que tan solo practico el deporte a nivel *amateur*, muchos se rinden en el intento por vencerme. El único oponente que me queda es mi fiel amigo Óscar, quien trabaja como agente inmobiliario de lujo aquí en Miami. Sin embargo, nuestras sesiones de entrenamiento juntos son cada vez menos frecuentes. Realmente es una pena, pero, de alguna manera, ambos estamos demasiado ocupados con nuestras respectivas vidas cotidianas.

Estoy a punto de mirar el móvil para comprobar en mi aplicación de ejercicio el progreso qué he hecho y mi ritmo de trote del día, cuando este comienza a vibrar. Reconozco el número en la pantalla. Es el número de mi oficina…

¿De verdad? Ahora incluso mi asistente me llama durante la hora del almuerzo. Increíble. ¿Qué pasa con todos mis empleados?

¿Quizás es porque ahora paso la mayor parte de mi tiempo en este hotel? ¿Acaso todos creen que eso significa que deben incluirme en sus decisiones diarias? Enfadado, rechazo la llamada y vuelvo a enchufar el cable de carga en mi móvil.

De hecho, hoy es un día particularmente malo. Antes de comenzar a correr, la recepcionista me detuvo porque su ordenador estaba haciendo cosas extrañas.

Quizás debería comenzar a visitar mis otros hoteles, y pronto. Pero, la verdad es que todo funciona sin problema alguno, pues tengo un gerente para cada sitio que se encarga de los asuntos más importantes. Los hoteles tienen buen número de reservas, tienen una reputación excelente entre los huéspedes y las reseñas en internet son bastante decentes. Claro, siempre hay una que otra reseña atípica, pero ¿es posible complacer a todos? ¡Por supuesto que no! Y estoy bastante seguro de que esto está fuera de discusión, al menos durante los próximos meses.

Todos los hoteles se encuentran localizados más al norte y, lamentablemente, no están aquí en Florida, en el Estado del sol. Definitivamente pasaré los meses de invierno y el comienzo de la primavera aquí. Después de la nieve y el gélido frío del norte, realmente no me apetece nada estar ahí.

Crecí cerca de Nueva York y asistí a la escuela ahí hasta que me gradué del colegio. Luego fui a la universidad, pero, incluso entonces, odiaba los fríos y oscuros inviernos.

Recorro los últimos metros de mi circuito de *jogging,* trotando junto a una de las piscinas más grandes. Una enorme instalación con bifurcaciones laterales. Tan solo en esta piscina, todos los huéspedes del hotel encontrarían sitio sin necesidad de apiñarse unos contra otros. Es un concepto bastante exuberante. Fue idea mía. Me encantan las piscinas y yo mismo estoy fascinado por estas instalaciones. Sin mencionar que nuestros huéspedes también las aprecian.

Mi mirada aterriza sobre dos jóvenes en biquinis diminutos que están recostadas tomando el sol en las tumbonas. Es imposible reconocer si sus ojos están abiertos o cerrados, pues ambas llevan gafas de sol y sombreros de amplias solapas. Ambas tienen una figura fenomenal. No son exageradamente delgadas, sino que están bien formadas y sus pechos tienen buen tamaño, sin necesidad de silicona. Una de ellas es rubia y la otra morena.

Las morenas siempre han sido mi tipo. No sé por qué a todo mundo le gustan tanto las rubias. Después de mirarlas más de cerca y al pasar trotando a su lado, me percato de la pequeña marca de nacimiento en la planta del pie de la chica morena. Me detengo por un momento. ¿Acaso no es…? No, no puede ser, ¿o sí?

Echo otro vistazo más de cerca. Parece haberse quedado dormida en la tumbona. El sombrero le cubre el rostro, así que no puedo estar totalmente seguro. ¿Debería hablarle? Pero ¿qué debería decirle? La cuestión es que, en su momento, las cosas nunca terminaron bien. Pero ¿qué está haciendo aquí…?

Entonces mi móvil vuelve a sonar. Es mi asistente, otra vez. Si es tan insistente, quizás sea una urgencia. Al menos eso espero, por su bien.

—¿Qué pasa? —pregunto a modo de saludo.

—José te envió una carta. Pensé que deberías estar al tanto —responde Riley secamente y luego hace una pausa.

—¡Joder! —se me escapa—. ¿Dónde está la carta? Estaré ahí en un momento.

—En tu oficina. Nadie lo sabe aún, menos yo. Y bueno, ahora también tú.

—Y así debe ser. Voy para allá —respondo cortante y regreso de nuevo hacia el hotel.

Mi entrenamiento de boxeo probablemente no ocurrirá hoy. Este asunto debe ser atendido inmediatamente. José no es una persona agradable. Aunque tan solo mide la mitad de mi estatura, realmente me pone los nervios de punta con sus modales pomposos y engreídos. Fue gracias a él que pude adquirir esta propiedad en una ubicación tan privilegiada de Miami para construir el hotel.

En ese entonces realmente creí que era un favor de amigos y que estábamos a mano. Pero obviamente ahora él lo ve de otra manera. Tendré que hablar de ello con él, personalmente.

Decido dar por concluido mi entrenamiento del día y presiono en mi aplicación de ejercicio 'Terminar circuito'.

—Tu entrenamiento ha terminado. La última vez fuiste más rápido. Quizás mejores la próxima ocasión —me dice una voz computarizada, y después, con el mismo tono de voz monótono, resume todas las estadísticas de mi desempeño en el circuito.

Me limpio el sudor de la frente mientras camino hacia mi oficina.

Maldito ordenador. Simplemente no sabe que hoy me interrumpieron dos veces durante mi entrenamiento. Aunque… realmente, eso siempre sucede.

De pronto, una ola de ira me invade: no haré boxeo y tampoco pude averiguar si la desconocida morena realmente es la mujer que sospecho. En

cambio, ahora debo encargarme de un salvaje mexicano.

Este pequeño asunto me molesta, pero debo hacerlo. ¿Por qué nunca contraté un gerente para este hotel, al igual que hice para los otros? Bueno, la verdad es que hacerlo me parecía bastante extraño, considerando que paso la mayor parte del tiempo aquí y, de otra manera, deambularía como un cuervo extraño dentro de mi propio hotel.

Si ese fuera el caso, sería mejor no estar aquí. Entonces me viene a la cabeza un pensamiento que me ha estado persiguiendo durante las últimas semanas: ¿Por qué no venderlo, guardar el dinero y comprar una casita en la playa de Nassau, en las Bahamas, tal como siempre he soñado? Ahí es igual de cálido que aquí, y ahí no tengo la necesidad de lidiar con asuntos abrumadores.

Me detengo una vez más. Pero ¿qué estoy esperando? ¿Qué no me demostró el día de hoy, nuevamente, que todos los días serán así, y que no puedo siquiera tener un descanso a la hora del almuerzo para ejercitarme en paz?

Me saco el móvil del bolsillo y llamo a Óscar, mi amigo y agente inmobiliario. Coge la llamada al primer timbrazo.

—Hola Óscar, ¿cómo estás? —lo saludo.

—Hola Richard. Estoy bien, gracias. Voy a ver a un cliente, ¿y tú? ¿Llamas para que quedemos a darnos de puñetazos de nuevo? —bromea Óscar con soltura.

—No, esta vez no —respondo—. Aunque ya hace mucho desde nuestra última sesión de boxeo. Realmente deberíamos hacerlo con más frecuencia.

—Sí, pero prepárate, porque he aprendido un par de movimientos nuevos. No quiero joderte la cara.

—Ya lo veremos, en cuanto tengamos oportunidad… —hago una breve pausa—. Te llamaba por otra cuestión. Creo que es hora. Creo que debería deshacerme de este hotel.

—Sí, te lo he dicho muchas veces. Con su ubicación y el turismo actual, estoy seguro que ganarás buen dinero. Y, ¿después qué? ¿De verdad te irás a Nassau? —me pregunta Óscar.

—Sí. ¡Sería realmente genial! Entonces, ¿qué me dices?

—Sí, perfecto. Incluso ya he presentado algunas ofertas, claro que sin mencionar tu nombre o el del hotel, pero es que hemos hablando del tema

tantas veces… Déjame hacer un par de llamadas. Quizás sea más rápido de lo que esperas.

—Eres genial, Óscar. Desafortunadamente debo marcharme ahora, tengo unos asuntillos que resolver —termino la llamada y abro la puerta de mi oficina.

—Hola, señor Evans. Aquí está la carta —me saluda Riley. Cojo el sobre sin soltar palabra, me lo llevo a mi oficina y leo rápidamente las líneas mientras cierro la puerta a mis espaldas.

Capítulo 3 - Rosie

—¿Rosie? Rosie, ¿estás despierta? —la voz de Melissa se inmiscuye lentamente dentro de mis oídos, y yo vuelvo al presente con un profundo suspiro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Sucedió algo? —pregunto aún adormecida. Me bajo las gafas de sol y me froto los ojos, somnolienta.

—¿No lo viste? —me pregunta Melissa con un susurro lleno de angustia mientras me mira por encima de sus gafas de sol.

—¿Qué cosa? Me quedé dormida. Acabas de despertarme —respondo, confundida. Pero ¿qué está pasando?

—El tío en la ropa deportiva que vimos en el *check-in*. ¿Qué no me has dicho que lo conoces de antes y es un viejo amigo? —me murmura Melissa con misterio—. Creo que tienes razón.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —ahora sí que estoy despierta. ¿Quizás hablaron mientras yo dormía? Eso sería… creo que me sentiría algo incómoda—. Dime, ¿qué has hecho? ¿Qué me he perdido? —animo a que Melissa continúe hablando.

—¿Qué he hecho? Nada —Melissa levanta las manos con inocencia, se quita las gafas de sol y me mira parpadeando múltiples veces.

—Simplemente se quedó ahí de pie —ella señala un sitio frente a nuestras tumbonas, a tan solo unos dos metros de distancia de nosotras—. Solo se detuvo ahí. Y, lo creas o no, se quedó mirándote. Quizás fueron unos segundos en los que te observó descaradamente —Melissa hace una pausa para apreciar el efecto de sus palabras en mí—. Creo que él también te reconoció. De la misma manera que tú a él —añade.

A pesar de que el brillante sol del mediodía resplandece desde el cielo despejado, puedo sentir cómo se me pone la piel de gallina en los antebrazos.

—¿De verdad? ¿Por qué no has dicho nada? —respondo, perpleja.

—¿Qué debería haber dicho? *¿Mira, alguien está de pie frente a nosotras, mirándonos*? Eso sería vergonzoso, ¿no? —dice Melissa. De hecho, ella tiene razón, sin embargo, aún me molesta un poco haberme perdido ese momento. Pero siempre me pasa lo mismo. Tan pronto como

tengo una tumbona y sol a mi disposición, me quedo dormida repentinamente.

—Sí, tienes razón. Pero ¿a dónde se ha ido ahora? —murmuro.

—Su móvil comenzó a sonar y siguió su camino. Entonces yo aguardé hasta que desapareciera de nuestra vista para asegurarme de que no se detuviera a observarte de nuevo —me explica Melissa—. ¿Cómo os conocéis? Aún no me lo has dicho. Vamos, cuéntame —Melissa me da un codazo, llena de curiosidad. Está sentada con las piernas cruzadas sobre su tumbona, mirándome de frente y directamente a los ojos.

—Dejemos esto para más tarde, ¿vale? Prefiero nadar ahora. El sol realmente me ha calentado la piel —no espero a que Melissa me responda, sino que me levanto de mi tumbona, dejo mi sombrero y mis gafas de sol a un lado y salto de cabeza a la enorme piscina.

El agua cristalina y agradablemente fría me refresca. Permanezco bajo el agua unos segundos y avanzo nadando con largas brazadas. Es una sensación tan maravillosa. Aquí en el agua me es más fácil dejar de pensar en aquel hombre. Me parece asombroso como, incluso después de tantos años, continúa siendo tan difícil para mí hablar de ello, a tal punto de que ni siquiera se lo he contado a mi mejor amiga.

¿Quizás sea porque nunca lo superé del todo? ¿Es posible que aún sienta algo por él?

—Vale, vale, no te saldrás con la tuya tan fácilmente. Voy por ti —escucho la voz de Melissa detrás de mí en cuanto vuelvo a salir a la superficie. Ella nada detrás de mí e intenta echarme agua en la cara. Melissa comprendió que no quiero hablar de eso por ahora. Después de todo, nos conocemos tan bien.

Se acerca el mediodía, nos relajamos un poco más en las tumbonas y vemos la lenta puesta de sol. Después de tomar un pequeño refrigerio en el bar junto a la piscina, el cual consideramos nuestra cena, volvemos a nuestra habitación brevemente para prepararnos para la noche. Miro el anillo de mi abuela y me lo pongo en el dedo con un sentimiento de orgullo.

—Vamos, Melissa. Será genial. Marc también te invitó, ¿no lo recuerdas? —intento convencer a Melissa. Ella tiene ganas de salir, sin embargo, no le apetece visitar al simpático barman que conocimos. Prefiere salir a otro club en la ciudad y tomar una copa ahí.

—Vale, está bien. Pero tan solo un par de bebidas. Después continuamos la noche fuera —negocia conmigo Melissa.

—Trato hecho. Ahora vámonos. —Acepto su oferta, pues sé que en realidad nos quedaremos en el bar por más tiempo si a Melissa le agrada. Lo principal es que nos pongamos en marcha para la noche.

En el bar encontramos un sitio acogedor junto a la ventana, donde tenemos una vista espectacular hacia el área de la piscina. A esta hora, después de la puesta del sol, el agua está hermosamente iluminada. Este hotel simplemente es genial, de principio a fin. Realmente todo está perfectamente planeado aquí.

—Buenas noches, ¿qué puedo ofrecerles? —escucho una voz masculina. Aparto los ojos de la ventana y miro un rostro desconocido. No es Marc. Siento un ligero deje de decepción. Pero ¿por qué? ¿Qué esperaba? ¿De verdad tan solo era la ilusión de molestar un poco a Melissa? ¿O yo tenía algo más en mente?

Melissa y yo ordenamos y poco después recibimos nuestros cocteles. El *Ipanema* está realmente delicioso y con la pajita juego con los cubitos de hielo.

—¿Sabes qué me da un poco de miedo? —me pregunta Melissa en voz baja para que nadie nos escuche.

—¿Qué? —levanto la mirada, un poco asombrada. No esperaba que Melissa tuviera conflictos con alguna forma de miedo. Ella ha encontrado el amor verdadero con Darren y los dos se casarán pronto. Además, Darren es sumamente rico. ¿Tendrá millones? ¿Incluso miles de millones? No lo sé con exactitud. Pero, realmente, eso no es importante. Ella no está con él por su dinero, sino por las razones correctas.

—Quiero decir… todo está bien entre Darren y yo. Pero ¿no crees que todo es muy apresurado? La semana pasada me dijo que quería tener un hijo —Melissa vacila por un momento mientras sorbe un poco de su cóctel sin alcohol—. Sé que suena descabellado. Pero, de alguna manera… no sé si puedo hacerlo. ¿Seré buena madre? Nos conocemos hace más de un año y ya vivimos juntos. Ahora viene la boda. Después el bebé. ¿No es demasiado pronto? —Melissa me mira, esperanzada.

—¡Espera! Nadie nace siendo madre, ni mucho menos una madre perfecta. Estoy segura de que lo harás genial. No conozco a nadie tan concienzuda, honesta y cariñosa como tú —animo a Melissa y cojo su

mano. Ella es una persona maravillosa, sin embargo, en ocasiones duda mucho de sí misma.

—¿Has hablado con Darren al respecto? —le pregunto.

Melissa niega con la cabeza. —No quise desanimarlo. ¿Qué podría haberle dicho? ¿No sé si estamos yendo demasiado rápido? ¿Cómo suena eso? Es como si de repente quisiera cancelar la boda —Melissa vuelve a mirar su copa.

—Vale, cariño. Tampoco es tan malo. Lo más probable es que estés experimentando pánico de último momento, pues la boda se aproxima. Es completamente normal, después de todo, algunas cosas cambiarán… pero para bien.

—Sí, probablemente sea eso.

—Lo mejor que puedes hacer es decirle la verdad. ¿Quién podría enfadarse por algo así? Simplemente dile lo que sientes. Él te ama y lo entenderá —hago una breve pausa—. O dile que no puedes tener hijos y que te has hecho una prueba —agrego a modo de broma y sonrío.

Entonces Melissa se atraganta con su bebida en cuanto digo eso. Parece que la última parte de mi oración la tomó por sorpresa. —¿Estás bien? —preocupada, le doy unas palmaditas en la espalda.

—Gracias. Sí, estoy bien. Tienes razón, hablaré con él. Después del fin de semana —me dice, tosiendo levemente—. Pero, hablemos de ti… ¿qué pasa con tu salón de manicura? Cuando esperábamos en el *check-in* me has dicho que no es un buen tema. ¿Qué pasa?

Siento que esta vez es Melissa quien quiere cambiar de tema. Pero ¿por qué tan repentinamente? Ella acaba de revelarme una profunda preocupación. ¿Acaso esperaba que le diera un consejo diferente? No puedo descifrar lo que pasa por su cabeza, así que simplemente sigo sus deseos.

—*Agh*, el dueño quiere alquilarle mi local a un restaurante de comida rápida. O venderlo… No lo sé con exactitud. Pero definitivamente me quiere fuera y me presiona demasiado. A pesar de que a mi contrato de alquiler le quedan dos años —comienzo a explicarle y me percato del bien que me hace finalmente poder compartir esta preocupación.

—Pero qué idiota. ¿Qué te ha hecho? —me pregunta Melissa con interés.

—Siempre me está llamando y preguntándome si ya he encontrado otro sitio. En sí no me ha echado, pero se siente como si me aterrara

psicológicamente. Su constante insistencia, simplemente es molesta. ¿Me entiendes? —Melissa asiente y yo continúo—. Una vez incluso insinuó que podría mover hilos y relaciones si no encuentro algo pronto. Y no sé qué hacer. No sé a dónde debería ir. En todas partes el alquiler es mucho más elevado. Y si cambio de zona, estoy segura que perderé a muchas de mis clientas habituales. ¿Quién va a conducir media ciudad tan solo para hacerse las uñas? —entonces, sin poder evitarlo, caigo en una ola de palabras de autocompasión. Melissa no me interrumpe ni una sola vez. Es bueno tener una amiga como ella, quien escucha con completa atención.

—Haces un trabajo genial. No creo que tus clientes no aprecien eso —me anima Melissa.

—Qué amable. Pero no es así como funcionan los negocios. Probablemente tendré que echar un vistazo a los alrededores durante un tiempo. Una clienta que se hace las uñas conmigo dijo que mi arrendador no se niega a los tratos dudosos.

—En cuanto regresemos puedo preguntarle a Darren si sabe de algo —me ofrece Melissa.

—¿De verdad? ¿Lo harías? Eso sería realmente genial —respondo con alivio y le regalo una enorme sonrisa.

—Y aquí están las chicas. Qué bien que estén aquí —escucho una voz masculina conocida y miro alrededor. Marc está de pie junto a nuestra mesa, esbozando esa amigable sonrisa que revela sus dientes blancos.

—¿Queréis probar mi nuevo cóctel? Tan solo lo serviré para vosotras —Marc nos mira guiñándonos los ojos.

—¿Cómo se llama? —pregunta Melissa, leyendo el menú para buscar la bebida.

—No está en el menú. Me lo inventé hace poco. Es un cóctel especial para invitados especiales. ¿Queréis probarlo?

Melissa pone los ojos en blanco. Literalmente puedo sentir la forma en que Marc intenta coquetear conmigo. También sé cuáles son sus intenciones, pero, de alguna manera, me siento halagada. De hecho, es agradable volver a sentirse deseada de nuevo. Hace mucho tiempo que no me siento así. El hombre de ropa deportiva vuelve a cruzarse por mis pensamientos por un instante, pero rápidamente lo dejo estar.

—Sí, nos encantaría probar el cóctel —respondo por Melissa y por mí.

—Bien. No te arrepentirás. Vuelvo enseguida —responde Marc con una amplia sonrisa triunfante dirigiéndose hacia el bar.

—¿No crees que es un poco bobo? —me pregunta Melissa arqueando una ceja.

—Oh, vamos. Parece lindo. Veamos qué pasa. Quizás el cóctel-secreto resulta maravilloso —respondo con voz alentadora.

—Vale, pero un trago. Después continuaremos la noche en otro lugar —me recuerda Melissa.

—Ya veremos —le guiño un ojo.

Poco después, Marc vuelve con nuestros cócteles. Los colores en el vaso brillan de manera tentadora y ambas damos un gran sorbo en presencia de nuestro barman personal. El cóctel tiene un sabor increíblemente afrutado, con apenas un toque de alcohol, tal y como me gusta.

Marc asiente satisfecho y nos deja solas de nuevo para atender a los demás clientes.

Entonces, algo sucede. Después de unos segundos y un par de sorbos más, me parece que cambia la iluminación en la habitación. Todo luce mucho más brillante y colorido.

—¿Tú también lo sientes? —le pregunto a Melissa. Ella asiente y mira el lugar asombrada.

Entonces me invade una oleada de ligereza. Todos mis problemas me parecen sumamente lejanos; mi salón de manicura y los pensamientos respecto al hombre de ropa deportiva, quien debe estar en algún sitio del hotel.

La situación comienza a parecerme un poco desconcertante. ¿Acaso es tan solo a causa del alcohol? Pero no he bebido tanto. Realmente tan solo he bebido cócteles sin alcohol y el champán del avión. Sin embargo, esta nueva ligereza también me da un impulso de energía que nunca antes había experimentado.

La expresión en el rostro de Melissa me hace comprender que ella siente exactamente lo mismo que yo.

Dentro de mí siento una creciente necesidad de moverme. Un impulso irreprimible de bailar combinado con el deseo de cercanía. ¿Después… después del sexo? Yo misma me siento asombrada de esta sensación, pero, al mismo tiempo, soy consciente de cómo me excita la idea de que me toquen en todas partes.

—Ya he terminado mi turno. ¿Te gustaría ir conmigo al club del hotel? —me pregunta Marc, cogiendo mi mano con fuerza. Casi parece como si él me hubiera leído la mente. El tacto de su mano sobre la mía es exactamente lo que deseo ahora. Y mucho más.

—Sí, estamos de humor para eso ¿o no, Melissa? —le pregunto y obtengo un breve pero entusiasta '¡Sí!' de su parte.

Marc se adelanta y nos indica el camino hacia el club. Me doy cuenta de que estoy mirando su lindo trasero en sus ajustados vaqueros. Parpadeo. ¿Pero qué pasa conmigo?

Me encojo de hombros y miro a Melissa, quien camina a mi lado. Ella también parece haberle echado un ojo a Marc.

Entonces me percato de que mi anillo ya no está en mi dedo. Qué extraño. ¿Acaso olvidé ponérmelo en la habitación del hotel? No estoy muy segura.

Pero siento una enorme ligereza y sé que el anillo no es nada importante para mí en estos momentos. Tan solo quiero bailar y preferiblemente con Marc. Toda la noche… y… ¿quizás algo más?

Capítulo 4 - Richard

Tuve que leer la carta de José varias veces. Mientras lo hacía, algunos empleados me interrumpieron para hacerme algunas preguntas insignificantes. Hoy es una locura. Siento como si no estuviera llegando a ninguna parte. Ni siquiera pude llamar a José. Siento que la decisión de llamar a Óscar fue la correcta. Estoy emocionado por ver qué tan rápido cerrará la venta. Óscar es lo suficientemente profesional como para no darme esperanzas de un cambio rápido sin ninguna buena razón. ¿Realmente ya tiene a alguien en espera de comprar un hotel? Tengo una curiosidad enorme.

En cuanto oscurece fuera y cae la noche, todo se vuelve un poco más tranquilo. Se acerca el cambio de turno para los empleados y tengo algunos minutos de tranquilidad. Inmediatamente cojo mi móvil y llamo al número que José me proporcionó para contactarlo.

—Hola. ¿Qué onda, chico? —susurra en español una voz ronca al otro lado de la línea. Es una forma de decir *¿Qué necesitas?*

Después de decirle la contraseña que tenía guardada en la información de su contacto además de su número telefónico, su tono de voz cambia abruptamente. —Un momento, buscaré a José —escucho al tipo decir en inglés y yo aguardo unos segundos.

José realmente es un tipo extraño. Si lo hubiera sabido en ese entonces, no habría entablado ningún tipo de negocio con él. ¿Qué clase de persona tiene una contraseña y alguien respondiendo sus llamadas?

Durante mucho tiempo sospeché que José trabajaba para la mafia mexicana, de alguna forma. ¿Lo estarán presionando? ¿O probablemente incluso sea parte de ellos?

La verdad es que no me importa. En la carta me dio a entender que, a partir de ahora, tiene derecho a una supuesta comisión por ayudarme a encontrar el terreno para el hotel.

Pero, por favor, ¿qué clase de ridiculez es esa?

—Hola, Richard. Perdón —responde José. Después de esto prosigue una larga conversación en una mezcla de inglés y español, lo cual me dificulta

entender con exactitud los argumentos y declaraciones de José. Siempre ha sido así. José solo habla inglés a medias.

Para el final de la conversación, tengo la sensación de que finalmente José comprendió que nuestro trato en ese entonces fue meramente un favor entre caballeros. No hemos firmado ningún contrato ni ningún otro tipo de acuerdo que me obligue a pagarle algo.

—Pero, por supuesto, puedes venir gratis siempre que quieras —intento conciliar a José.

—Lo pensaré, Richard —esas son sus últimas palabras antes de colgar.

Qué personaje tan extraño. Sin embargo, de verdad espero que deje las cosas así. Parece que José necesita un recordatorio constante de la situación. Pasó lo mismo la última vez, hace menos de dos años. Espero que esté satisfecho esta vez. Apenas dejo mi móvil sobre el escritorio cuando alguien ya está llamando a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto un tanto abrumado.

—Disculpe, señor Evans. Un empleado desea hablar con usted. Dice que requiere de su opinión para…

—No. Jesucristo, ¿qué está pasando aquí? ¿Acaso ya nadie es capaz de tomar decisiones por su cuenta? —interrumpo a Riley con tono severo—. No quiero que me molesten más hoy. ¿Entendido?

Riley asiente y yo continúo hablando. —En general, quiero que controles las citas. Para eso te contraté. Pregunta lo que necesitan de mí y programa una cita, pero no vengas a pararte aquí todo el tiempo anunciando visitas de último momento.

—Lo siento, señor Evans —responde Riley con docilidad y cierra la puerta.

Me quedo sentado detrás de mi escritorio, enfadado. Una ola de ira se apodera de mí. Un insoportable enojo de que todos en este hotel piensen que yo, el propietario, debo encargarme de toda su mierda insignificante.

Con un movimiento rápido del brazo, tiro al suelo todos los archivos que están sobre mi escritorio. Ya he tenido suficiente por hoy. Miro mi reloj. Es tarde. Una vez más, demasiado tarde para el propietario de un hotel que debería tener suficientes empleados como para llevar el hotel correctamente. Por alguna razón, después de mirar la hora no puedo evitar pensar en mi exesposa. ¿Quizás mi matrimonio falló porque trabajo

demasiado y siempre me distraían todos estos pequeños asuntos del hotel? ¿Quizás no invertí suficiente tiempo?

No, Chantal simplemente es una perra. Guapa, pero superficial. Estoy realmente feliz de haber terminado las cosas con ella y de que el tema del divorcio finalmente termine la próxima semana. Gracias al contrato prematrimonial, ella tampoco obtendrá casi nada de mí. Se lo merece. Después de todo, ¿por qué follaba con el jardinero y con el chico de la piscina al mismo tiempo? Y lo peor de todo es que fue justo frente a las cámaras que instalé en la casa.

¿Cómo es que dicen? ¡Los estúpidos follan bien!

Y, para Chantal, eso es absolutamente cierto. Ella es una verdadera bomba en la cama. Pero simplemente folla con todo lo que se mueve, e incluso después de todos estos años, me es imposible tener una conversación seria con ella. Es demasiado tonta. Aún recuerdo que justo después de nuestra boda tuvimos sexo salvaje en el asiento trasero del auto de mis padres.

Pero bueno, no importa. Todo eso quedó el pasado. Mi matrimonio llegó a su fin. Desde que sucedieron estos incidentes con nuestros empleados privados, me mudé a una suite en el hotel y la verdad es que no me he arrepentido ni por un segundo.

Mi móvil vuelve a vibrar y sonrío al mirar la pantalla. A pesar de su limitada capacidad mental, por alguna razón Chantal parece tener un don especial para saber cuándo pienso en ella. Es un mensaje suyo:

¿Nos vemos hoy?

Debajo del mensaje anexó una *selfie*. El ángulo de la fotografía fue tomado desde arriba de su cabeza, de forma que me es posible notar que está completamente desnuda. Sus pechos son fenomenales. Pechos grandes, enormes, que se sienten increíblemente bien en mis manos.

Desde que me mudé, recibo este tipo de mensajes con bastante regularidad. La mayoría de las veces ni siquiera respondo. Pero tengo que admitir que en un par de ocasiones no me pude resistir.

Sí, Chantal no es muy buena esposa. Pero para divertirse, es ideal. Ahora también soy consciente de ello.

¿Debería? Me percato de la manera en que lucho conmigo mismo. Qué bien se sentiría azotar ahora mismo su culo regordete y meter mi polla por su coño afeitado. Una y otra vez.

Bueno, ¿por qué no?

De pronto pienso en el encuentro de hoy en la piscina y el pie con la marca de nacimiento. De repente, me parece como si Chantal estuviera a kilómetros de distancia. ¿Realmente era ella? ¿De verdad era Rosie? Eso lo cambiaría todo. ¿Qué está haciendo aquí en mi hotel? Debería comprobar los detalles de los huéspedes, quizás pueda encontrar su nombre en los registros.

El repetido sonar de mi móvil me arrancha de mis pensamientos, así que vuelvo a mirar la pantalla. Esta vez no es Chantal, sino Óscar.

—Hola Óscar. Por favor no me digas que quieres boxear. Hoy ya es algo tarde, ¿no crees? —saludo a mi amigo.

—No, no te preocupes. Pero no me lo vas a creer. Quizás ya tengo a alguien interesado en tu hotel. Un multimillonario de Chicago. —Óscar hace una pausa para permitir que sus palabras me causen efecto.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, incrédulo.

—Sí, absolutamente. Y se pone aún mejor. Está por aquí por unos negocios y espontáneamente decidió tomarse un descanso esta noche. ¿Aún tienes espacio en la zona VIP del club? Pienso que unos tragos, buena música y esas cosas le causarán una buena impresión —me sugiere Óscar.

—Claro, por supuesto que puede venir. Pero ¿por qué tanta prisa? —pregunto con algo de escepticismo.

—Dijo que realmente agradece las visitas espontáneas, pues piensa que así no hay tiempo para organizar las cosas y el hotel, de forma que conoce todo como realmente es. Eso le parece de suma importancia.

—Entiendo. Entonces, pueden venir. Mientras tanto, prepararé las cosas abajo. Hasta pronto —me despido y me dirijo hacia el club.

Capítulo 5 - Rosie

La mezcla de sudor, calor, música a todo volumen y luz me hace enloquecer.

Parece como si estuviera flotando en la pista de baile. Marc coge mi mano y me arrastra a un rincón un poco más oscuro al borde de la pista de baile. Con la otra mano, sostengo a Melissa para que nos siga. Formamos una especie de cadena humana y caminamos uno detrás de otro por el club hasta llegar a nuestro destino.

No han desaparecido la repentina ligereza, la necesidad de moverme y la excitación que me invadió repentinamente. De hecho, es todo lo contrario. Minuto a minuto, siento como si las sensaciones fuesen cada vez más intensas.

¿Será a causa de ese cóctel especial? ¿Quizás Marc le puso algo a esa bebida?

Ese pensamiento vaga por mi mente, sin embargo, no logro retenerlo. Una sonrisa cruza mis labios y casi puedo ver al pensamiento alejarse flotando. Entonces mis necesidades físicas vuelven a despertar y a alcanzarme.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunto a Marc y apenas puedo creer que eso es todo lo que me interesa en estos momentos.

Entonces Marc se da la vuelta y sujeta mis caderas con ambas manos. Comienza una nueva canción y bailamos. Coloca sus manos sobre mis hombros.

Y yo permito que todo suceda, sin más. Disfruto de su tacto sobre mí. Se siente como si mi piel estuviera ardiendo y anhelando ser tocada en todas las formas posibles. Con habilidad, me muevo con Marc al ritmo de la música, balanceando mis caderas melodiosamente.

—Yo también quiero unirme —escucho la voz de Melissa, quien está un poco incómoda a un lado nuestro. A pesar de ello, en su rostro hay una sonrisa poco natural.

Cuando miro en su dirección, noto que mi campo de visión ha cambiado ligeramente. De alguna forma, todos los bordes de las cosas parecen desdibujarse. Pero simplemente soy capaz de notarlo y no de pensar en ello.

En cambio, cojo la mano de Melissa y la deslizo entre Marc y yo para que no se sienta excluida. Así que ahora ambos bailamos alrededor de Melissa. Muy apretados, el uno contra el otro. Nuestros cuerpos siguen tocándose al ritmo de nuestros movimientos. En la mirada de Melissa puedo ver que ella también lo disfruta y que quiere más. Mucho más.

Una vez más, la parte funcional de mi cabeza intenta advertirme a mí misma. Numerosas preguntas se me atraviesan por la cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que bailé de manera tan exuberante con un extraño? La verdad es que no conozco a Marc en lo absoluto. Es guapo, pero no es mi tipo. ¿Y por qué Melissa baila así de ostentosamente con él también? Ella jamás haría algo así. ¿Quizás ha cambiado de opinión?

Antes de que comience la siguiente canción, toda la pista de baile y el área circundante se bañan de una brillante luz que dura apenas unos segundos. Es un efecto que conozco de diferentes clubes, pero la verdad es que siempre me he preguntado por qué los DJ hacen eso.

Incluso ahora, bajo estos extraños efectos, me sobresalto un poco y entrecierro los ojos, parpadeando para ver a las personas a mi alrededor. Marc y Melissa hacen lo mismo.

Logro ver tres figuras a la distancia y me pregunto si alguna de ellas no es justamente el hombre que vi en la recepción y quien Melissa me comentó que se detuvo a observarme junto a la piscina. El hombre cuyo nombre ha estado cruzando mi mente desde ese primer breve y vago encuentro. Ese nombre que intento reprimir una y otra vez:

Richard.

¿Es él?

No acierto a decirlo. Mi mirada se vuelve cada vez más borrosa al grado que los contornos de Marc y Melissa, quienes están a mi lado, comienzan a difuminarse. Además, el DJ vuelve a atenuar las luces y pone la siguiente canción. Los parpadeantes destellos de luz contribuyen a que apenas y alcance a ver mi entorno inmediato.

Sin embargo, Marc, quien está a mi lado, ya no está bailando, a pesar de la nueva canción. Por un momento, él continúa mirando hacia la dirección en donde creí haber visto las tres siluetas.

—Debo irme —dice brevemente en mi dirección y la de Melissa, sin realmente volverse hacia nosotras. Entonces desaparece entre la multitud que baila, sin decir ni una palabra más.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Melissa, incrédula. Melissa se encoge de hombros.

—Tal vez somos demasiado mayores para él, después de todo, y la luz brillante lo ha desanimado. —Melissa casi se ahoga de la risa al pronunciar estas palabras. Una risa que nunca antes había escuchado provenir de ella.

Yo me río, pero no puedo deshacerme de la sensación de decepción. Aunque, ¿realmente es importante para mí? De hecho, Marc no es mi tipo. Pero me parece extraño que desapareciera tan de repente. Es un poco… bueno, hiriente.

Miro a mi alrededor y mi mirada regresa a mi dedo anular. Juraría que hoy salí de la habitación con el anillo de mi abuela puesto. ¿Acaso no fue así?

—Ven, ¡bailemos, cariño! —escucho a Melissa y la miro alzar las manos sobre la cabeza mientras agita el trasero apasionadamente al ritmo de la música, deliberadamente poniendo todo su cuerpo en el centro de atención.

Al mirarla vuelvo a sentir esa ligereza nuevamente y mi preocupación por el anillo se desvanece. Melissa tiene razón. No estamos aquí para preocuparnos. Este es nuestro fin de semana. Me giro y miro todo lo que me rodea. Veo las luces de colores que revolotean por la pista de baile, brillando y haciendo que Melissa y yo parezcamos un arco iris.

Capítulo 6 - Rosie

—Definitivamente no va a volver, Rosie —me dice Melissa al oído.

—Yo no dije nada —respondo, perpleja.

—Puedo ver que sigues buscándolo. Admítelo. Te gusta.

—Oh, no lo sé. Es que, simplemente fue extraño. ¿A ti no te parece? —Melissa hace un gesto de desdén. Realmente no parce inquietarle en lo absoluto la repentina desaparición de Marc.

—Hay suficientes hombres aquí, tan solo mira a tu alrededor. —Melissa se da la vuelta con los brazos extendidos. La forma en que Melissa habla y piensa en voz alta respecto a coquetear con otros hombres me hace pensar, nuevamente, que ese cóctel especial contenía algo que enloqueció nuestros sentidos. ¿Quizás una droga? Pero ¿cuál?

No obstante, de alguna manera me parece que todo esto no tiene sentido. Si realmente fuera así, ¿por qué Marc simplemente desapareció?

De cualquier manera… mi mente no logra aferrarse a ningún pensamiento. En cambio, me digo a mí misma que bebimos más que un simple cóctel y el vaso de papel con champán camino aquí.

—¿Señoritas? ¿Quieren continuar? —de pronto escucho una voz junto a nosotras y miro alrededor. Es Marc. Se queda de pie como si nada hubiera sucedido. Y quiere continuar las cosas justo donde las dejamos.

—Baila con Melissa. Yo los miro —respondo con voz ofendida y cruzo los brazos sobre el pecho. Siento cómo mi *yo* lastimado gana ventaja en mi personalidad, desplazando a mi *yo* más dócil de hace algunos momentos. Desde todo lo que sucedió con Richard, soy bastante sensible a que me dejen tirada de esa manera.

Aunque, la verdad es que apenas conozco a Marc y quizás sea posible que tan solo haya ido un momento al baño. Pero nos lo podría haber dicho. ¿O cree que puede hacer cualquier cosa conmigo?

—Rosie, venga, ven tú también —Melissa tira de mí por el brazo mientras rodea el cuello de Marc con el otro y él sostiene su cintura. Niego vehementemente con la cabeza.

—Pero ¿qué pasa? De verdad querías bailar con él. Está aquí ahora, ¿no? —me susurra demasiado fuerte en el oído.

—Sí, así es. Pero vosotros dos ya lo estáis haciendo —recalco.

—Bueno, ahora perdónalo por su pequeño error, déjate de tonterías y ven. Tú fuiste quien pensó que era lindo allá en la habitación del hotel —me suplica Melissa. Sin embargo, me mantengo firme y continúo refunfuñando. En el fondo siento que no sería lo correcto fingir que no sucedió nada. Después de todo, yo también tengo valor y no debería permitir que me traten de esa manera.

¿O quizás tan solo estoy celosa? ¿Celosa de que Melissa esté bailando tan cerca de Marc? De cualquier manera, ¿por qué está haciendo eso? ¿Quizás disfruta de sus últimas noches de libertad, como típica despedida de soltera? ¿O simplemente percibe diferente la ligereza que a mí me enloquece los sentidos?

Vuelvo a mirar a Marc. Ese joven y musculoso barman que, de alguna manera, ahora parece habernos vuelto locas. ¿Cuáles son sus intenciones? Antes llegué a pensar que me deseaba. Ahora baila con Melissa y tal parece como si no deseara a ninguna otra mujer en el mundo.

¿Quizás simplemente no le importa con quién baila? ¿Tal vez simplemente se trata del típico mujeriego que se va con todas las tías que puede? ¿Quizás nos desea a las dos?

El hecho de tener este tipo de pensamientos me hace darme cuenta de que los efectos adormecedores de lo que sea que hayamos ingerido comienzan a desvanecerse paulatinamente. ¿Debería contarle a Melissa que tengo la sospecha de que Marc nos puso algo en la bebida? ¿Estropearía su diversión si lo hago? Con ella, los efectos parecen durar más tiempo.

Entonces miro a los dos más de cerca y presto atención a lo juntos que están bailando. Un sentimiento diferente me invade. Una sensación de oscuridad. Se siente como si cayera. Y me sumerjo en una oscuridad que nunca antes había experimentado…

Capítulo 7 - Richard

¡Pero qué noche! Pienso en la noche anterior, mientras estoy de pie frente al espejo de mi *suite*; tan solo una toalla me rodea la cintura y me dispongo a arreglarme la barba, como todos los días.

Estoy a punto de deslizar la navaja por mi mejilla mientras recuerdo en todos los sucesos de anoche. Mi móvil vibra en la superficie de mármol del lavabo.

¿Quizás sea un mensaje de ella? Rápidamente cojo el dispositivo para verificar quién me envía mensajes de texto a tan tempranas horas del día. Mientras desbloqueo la pantalla, me cruza por la cabeza el pensamiento de que ella no puede escribirme, pues no tiene mi número telefónico.

En cambio, me encuentro mirando nuevamente los pezones desnudos de Chantal.

¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo? Te espero.

Con incredulidad, sacudo la cabeza y dejo el móvil a un lado para continuar afeitándome. ¿Pero en qué está pensando? ¿Realmente cree que puede obtener lo quiere con este estúpido juego, una y otra vez?

Bueno, debo admitir que hemos tenido sexo dos veces desde nuestra ruptura, así que el comportamiento de Chantal no es del todo incoherente.

Pero hoy es diferente. No, desde ayer todo es diferente. O, mejor dicho: desde que volví a ver a Rosie, todo es diferente. Mientras me afeito, mis pensamientos divagan y casi me parece como si reviviera todo lo que ocurrió anoche…

La velada comienza de manera prometedora, pues Óscar me informó del interés inmediato que tiene cierta persona por adquirir el hotel. Después de un breve recorrido por las áreas al aire libre, me dirijo directamente a la zona VIP del club nocturno del hotel. De cualquier manera, ya era demasiado tarde como para realizar una inspección detallada y ponerlo todo en orden. Además, al parecer mi cliente potencial, el señor Greenwood, está bastante interesado en obtener una primera impresión genuina.

El señor Greenwood disfrutó de las atenciones que le brindamos y saboreó con placer los *dry Martini* cortesía de la casa. Aún en la sala VIP,

comenzamos a hablar de cifras.

—Con la premisa de realizar una inspección más detenida, creo que puedo ofrecerle entre 575 a 625 millones —me ronroneó al oído después de finalizar su tercer trago.

¿Qué es lo que realmente quiero hacer? Yo estaba seguro de que el valor del hotel en el mercado era mayor y asumí que el señor Greenwood también lo tenía en cuenta. Pero ¿por qué no permitir que simplemente suceda este cambio radical? Vendiendo el hotel finalmente me desharía de todas estas pequeñas cosas insignificantes que me vuelven loco durante el día. Además, no tendría que volver a tratar con José.

La suma que me ofrecía el señor Greenwood era más que suficiente como para adquirir mi casa en Nassau en las Bahamas. Era más dinero del que probablemente sería capaz de gastar aún si viviera tres vidas. Así que, realmente, no era necesario regatear hasta sonsacarle la mayor cantidad de dinero posible.

Estaba a punto de ordenar la mejor botella de champán a la camarera del área VIP, cuando mi mirada se detuvo en dos mujeres que bailaban con un joven entre los destellos de luz de la pista. Los tres estaban muy juntos, bailando salvaje y apasionadamente. Movimientos completamente desenfrenados. Los observé por unos segundos, de pronto todo se iluminó con una brillante luz blanca. Y entonces la vi…

Esta vez estaba completamente seguro. Esta vez no tenía dudas. Sin sombrero y gafas de sol y bajo la luz brillante, era aún más hermosa de lo que recordaba. Definitivamente se trataba de Rosie, quien estaba bailando con el joven y su amiga, la misma que vi recostada a su lado junto a la piscina hoy mismo al mediodía.

La idea de ordenar la botella de champán se evaporó en menos de un segundo y, en cambio, nuestro encuentro en la piscina volvió a inundarme los pensamientos. Bueno, en realidad no fue un encuentro como tal, pero, de alguna manera, supe que era ella en cuanto la vi recostada bajo el sol con su biquini. Su cuerpo era absolutamente fenomenal. El vientre plano, los muslos firmes y sus hermosos pechos bajo la tela roja. Era incluso más hermosa que en el pasado.

Durante la universidad, ella fue la mujer de mis sueños. Fue mi acompañante en el baile de graduación. Pasamos la velada juntos, bailamos y, después… tan egoísta, joven y estúpido como yo era en ese entonces,

después del baile de graduación volví a casa con Chantal y dejé a Rosie atrás. Y, ¿por qué?

Dejo el pensamiento de lado y me enfado conmigo mismo por mi comportamiento en el pasado. En más de una ocasión pensé en cómo mi vida… nuestras vidas, hubieran sido diferentes si yo hubiera actuado de otra manera esa noche.

Y ahora ella estaba aquí. En mi hotel. En mi club nocturno. Y bailaba con uno de mis empleados. Sí, rápidamente me percaté de que el joven trabajaba para mí a causa del bordado en su camiseta tipo polo.

Él también pareció haberme visto fugazmente durante los momentos en que la habitación estuvo completamente iluminada, pues después de eso se marchó, dejando solas y confundidas a ambas chicas que habían estado bailando con él. Obviamente se sintió culpable, pues él conoce perfectamente bien la norma de que los empleados no pueden y no deben involucrarse con los huéspedes.

Me alegré de que la habitación volviera a sumergirse en la oscuridad. No acierto a decir cuánto tiempo me quedé de pie ahí, observando a Rosie.

¿Qué debería hacer? ¿Debería ir a hablar con ella? ¿Cómo reaccionaría? ¿Me abofetearía? Incluso si lo hiciera… quizás me lo tengo merecido, después de todo, ¿no?

Todo eso daba igual. Sabía cuánto me arrepentiría si no aprovechaba esta oportunidad.

—Señor Greenwood, creo que hoy hemos llegado mucho más lejos de lo que todos esperábamos. Pero… —vacilo por un momento y después continúo tan rápido como me es posible—, …me parece haber reconocido entre la multitud a un viejo amigo que me gustaría saludar. Por supuesto, Óscar se quedará con usted para responder cualquier duda adicional que pueda tener. ¿Le parece bien? —le pregunto a mi potencial cliente, colocando una mano sobre el hombro de Óscar de manera amistosa.

Después de que ambos estuvieran de acuerdo con mi partida, agregué: —Las bebidas corren por mi cuenta, por supuesto. Por favor, siéntanse con la libertad de ordenar lo que deseen.

Y entonces salgo de la zona VIP y bajo hacia la pista de baile. ¿Qué se supone que debería decirle? ¿Cómo se saluda a alguien a quien abandonaste sin razón hace años?

Al dirigirme hacia el sitio en donde vi a los tres jóvenes bailando por última vez, desde la distancia puedo ver que mi empleado del hotel estaba de vuelta. Esta vez tan solo bailaba con la amiga de Rosie. ¿Pero en qué está pensando este tío? ¿De verdad pensaba que yo no lo había visto?

Normalmente debería pedirle que se marchara y enviarle una advertencia a través de su líder de equipo. Pero esa no era la razón por la que yo estaba en la pista de baile. Además: ¿qué no estaba yo a punto de romper la misma regla que él?

Así que opté por ignorarlos y pasar por alto su baile. Después de todo, yo estaba aquí para hablar con Rosie. Cuando casi estaba a su lado, ella tropezó de espaldas hacia mí y logré sostenerla para evitar que cayera.

Pero ¿qué fue eso? Si yo no hubiera estado ahí, ella simplemente se habría desplomado en el suelo.

—Rosie, ¿estás bien? —fueron las primeras palabras que le dije después de más de diez años.

Rosie me miró. Sus ojos azul pálido resplandecieron de una manera misteriosa. Las parpadeantes luces de colores del club se reflejaban en su iris. Miré ese mar de colores sumergidos en una base azul brillante… no podía creer que no había apreciado sus ojos desde hacía tantos años. Eran simplemente asombrosos. ¿Cómo es que pude olvidarme de esa mirada?

—Yo… eh… ¿por qué me sostienes, Richard? —tartamudeó Rosie, un poco aturdida mientras levantaba lentamente los brazos.

—Oh, lo siento mucho. Te he visto desde allá arriba —digo señalando al palco de la zona VIP—. Simplemente quise decirte *Hola.* Y después te desplomaste sobre mis brazos —me encojo de hombros, sin saber muy bien qué es lo que acababa de suceder—. ¿Estás bien? ¿Te sucede eso a menudo?

—En realidad, nunca —dice Rosie inclinando la cabeza lentamente de izquierda a derecha. Estaba mirando a su amiga, quien bailaba salvaje y exuberantemente con mi empleado, a unos dos metros de nosotros. Luego se volvió hacia mí y me miró sin moverse durante unos segundos.

—Espera un momento… —estalló, apuntándome a la cara con el dedo —. ¡¿Eres Richard?! —No sabía si era una pregunta o una declaración, pero percibí que Rosie hablaba con más lentitud que antes. ¿Quizás estaba borracha? ¿O era por alguna otra razón?

—Sí, soy yo. Richard. Y si de verdad nunca te ha sucedido algo así, creo que deberíamos ir con el médico del hotel, porque creo que… —intento

enganchar mi brazo con el de ella para llevarla sana y salva con los servicios médicos del hotel. Pero ella se aparta de mí y me mira enfadada.

—¿Por qué te escapaste en ese entonces? —me grita demasiado fuerte, de forma que su voz se interpone a la música ensordecedora, y se lleva las manos a las caderas.

La miro de arriba abajo. Realmente era tan hermosa como antes. No, era aún más hermosa que antes. Gracias a sus puños posados sobre las caderas, me percato de su maravillosa y femenina cintura. Y sus pechos… joder, una locura. Aún continuaba recorriendo su cuerpo con la mirada cuando mis ojos se deslizaron sobre el bonito rostro de Rosie. Ella de verdad estaba esperando una respuesta. Aquí y ahora.

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora? Puedo intentar explicártelo todo, pero, siendo honesto, yo tampoco lo entiendo. Yo….

Dejo sin pronunciar la siguiente oración pues Rosie, sin decir ni una palabra más, se acercó a mí y me besó. En la boca. Sus labios eran suaves y maravillosos. Me exigían más. Mucho más. Pero tan rápido como comenzó el mágico momento, también llegó a su fin.

Rosie se detuvo frente a mí y me miró sin decir palabra. Había un brillo lujurioso en sus ojos. El mismo brillo que vi mientras la sostenía en brazos.

¿De verdad había cambiado tanto? ¿Se había convertido en una ávida fiestera desde la última vez que nos vimos? Se veía tan preparada… ¡tan dispuesta! Definitivamente no esperaba eso de ella, especialmente porque justo esa fue la razón por la que escapé con Chantal en el pasado. Aquella fatídica noche, yo tenía demasiado deseo de tener sexo. Rosie aún era virgen y quería aguardar al momento adecuado. Nosotros tan solo habíamos estado juntos por un par de semanas. Así que yo tomé una decisión… una decisión errónea.

Tan solo para verla así justo ahora, de pie frente a mí. Tan maravillosamente hermosa, con un fuego fenomenal ardiéndole en los ojos y una encantadora sonrisa… y luego ese beso; de verdad que me hizo enloquecer.

—¿Quieres bailar? —le pregunto finalmente. Después nos quedamos mudos por unos cuantos segundos; yo la miro directamente a los ojos y cojo su mano. Más tarde seguramente tendremos tiempo para dar explicaciones y aceptar lo que sucedió en el pasado. Nuestro pasado. Pero ahora estamos en

otro momento y las cosas son diferentes. Me sentí aliviado de que Rosie fuera tan abierta y disfruté de esta nueva y desconocida cualidad en ella.

Me sonrió y me dejó llevarla a través de la pista de baile. Y allí estaba de nuevo. Esa sonrisa mágica de la que me enamoré perdidamente poco antes del baile de graduación. La sonrisa que no volví a ver después de ese mismo baile de graduación. Al menos hasta hoy.

En un par de ocasiones Rosie se rio a carcajadas de una manera un tanto antinatural, lo cual me hizo pensar que quizás bebió demasiado. Sin embargo, ella se movía con bastante seguridad al bailar. De hecho, eso no podía ser. Las personas cambian con el tiempo. Quizás sea mejor que hablemos mañana, cuando no haya luces parpadeantes y música a máximo volumen.

Entre más tiempo bailábamos juntos, más intenso se volvían mis impulsos de acércame y tocarla en todas partes. Una y otra vez coloqué mis manos alrededor de su cintura para acercarla a mí mientras yo deslizaba las manos por su culo. Ella no simplemente me permitió que sucediera, sino que su sonrisa claramente reflejaba cuánto le gustaba que yo hiciera eso.

—¿Conoces algún lugar? ¿Tan solo para nosotros dos? Te deseo —me susurró al oído cuando finalizó una de las canciones.

Vaya… pero ¿qué le sucedió a la Rosie tierna, inocente y amorosa del pasado?

Mis deseos gritaban *Síííí* con todas sus fuerzas. Pero un pensamiento no me dejaba tranquilo. ¿Sería prudente? Hacerlo complicaría aún más la situación entre nosotros, ¿o no? Después de todo, teníamos tanto de qué hablar… ¿de verdad sería una buena idea tener sexo durante nuestro primer encuentro, después de tantos años?

Dejé de lado esos pensamientos mientras ella masajeaba suavemente el exterior de mis pantalones. Ambos podíamos sentir lo excitado que yo estaba y lo que se escondía debajo. Las personas bailaban apretujadas a nuestro alrededor, de forma que nadie podía ver que yo también estaba tocando la entrepierna de Rosie.

—¡Ven! —no podía engañarme a mí mismo… no podía resistirme, así que cogí su mano y abandonamos el club juntos, dejando atrás la estrepitosa música y el zumbido de las bocinas.

Capítulo 8 - Rosie

'I got this feeling inside my bones. It goes electric, wavy when I turn it on….'

¿Dónde estoy?

¿Por qué aún hay música aquí?

La canción de Justin Timberlake sonaba cada vez más fuerte, sin embargo, un tanto amortiguada. No de la manera en que recuerdo la música en el club nocturno.

Lentamente abro los ojos y parpadeo, pues el sol brilla y se filtra en la habitación a través de las cortinas abiertas de par en par.

Mier… ya salió el sol. ¿Qué hora es? Instintivamente me estiro para coger mi móvil de la mesita de noche junto a mi cama.

Pero mi mano tan solo cae en el vacío…

Donde ayer había una mesita de noche, ahora tan solo hay unos trozos de madera y tablas. Tan solo la parte superior de aquellos escombros me da un indicio de que allí antes hubo una mesita de noche.

Joder. ¿Pero qué ha pasado aquí?

Me siento en el borde de la cama. Inmediatamente siento un dolor punzante en la cabeza y me llevo las manos a la sien. ¿Quizás bebí demasiado? ¿O será que simplemente me molesta esa canción que proviene del baño? ¿Dejé la música encendida ayer?

Miro el suelo por un momento, buscando mi móvil. Pero no encuentro nada. Ni siquiera entre los restos de la mesita de noche hay señal de mi móvil. Entonces la música se detiene de repente y reina el silencio.

—¿Melissa? —miro hacia su cama y me pregunto por qué no se ha quejado por todo el ruido. Entonces me percato de que hay muchas más cosas mal aquí.

Su maleta aún está colocada sobre la cama y junto a ella todavía están algunas de las prendas que sacó antes de elegir qué ponerse para la noche.

¿Dónde está Melissa? Parece como si no hubiera pasado la noche en su cama.

Entonces de pronto siento como si quisiera vomitar. ¿Acaso ella…? Aún recuerdo la manera en que estaba bailando con Marc anoche. Cuando él volvió, prefirió quedarse con Melissa. Por alguna razón…

¿Y Melissa? Un fragmento de nuestra conversación me cruza la cabeza. Ayer me dijo que tal vez ella y su prometido van demasiado rápido, pues él ya desea tener hijos y ella aún no está segura. No creo que ella le haya sido infiel en la primera oportunidad que se le presenta, ¿o sí?

—¡Mierda! —se me escapa y dejo caer las manos sobre mis muslos desnudos. Siento un remordimiento de consciencia y lucho contra las lágrimas, pues fui yo quien convenció a Melissa de pasar este fin de semana conmigo. Fui yo quien quiso ver a Marc y arrastré a Melissa conmigo hasta el bar. Fui yo quien la llevó al club nocturno.

El club… intento recordar. ¿Pero qué pasó anoche? De lo único que me acuerdo es de esa extraña sensación de ligereza. Y también aquella excitación. Ese deseo puro de tener sexo. Al pensarlo, ni siquiera me reconozco a mí misma.

Entonces me viene una escena a la cabeza: Melissa intentó convencerme de que bailara con ella y Marc, pero yo no quise hacerlo. De alguna forma, sospeché que todos los sentimientos que experimentaba no eran normales.

Mierda, ¿de verdad Marc nos puso algo en la bebida? ¿No hizo estar dispuestas y deseosas, y ahora ha desaparecido en algún sitio con Melissa? Oh, Dios, espero que no le haya hecho nada…

Sobresaltada, me cubro la boca con las manos y deseo con todas mis fuerzas que solo sea mi imaginación. Pero ¿es que no vemos ese tipo de noticias una y otra vez? ¿Quizás Marc utilizó esas gotas de droga de las que tanto he oído hablar? ¿Cómo pude ser tan tonta?

La canción de Justin Timberlake comienza a sonar de nuevo. Una vez más, la música proviene del baño. Me levanto y me sorprendo al notar que me encuentro totalmente estable. A excepción del dolor de cabeza, el cual disminuye paulatinamente, no tengo ninguna otra dolencia física. A pesar de ello, camino cuidadosamente hacia el baño. Al hacerlo, noto que el enorme espejo de la pared también tiene una grieta. Pero ¿qué demonios sucedió aquí?

Continúo caminando. Cuando estoy en el baño, miro mi móvil encendido junto a lavabo, felizmente interpretando a todo volumen la canción de Justin Timberlake.

Miro la pantalla y veo que me llama el dueño de mi salón de manicura. Por segunda vez. Él es la última persona con la que quiero hablar en estos momentos. Me interesa mucho más descubrir en dónde está Melissa y saber si se encuentra bien. Y desenmascarar lo que nos hizo este tal Marc anoche.

Aun así, tomo la llamada—. ¿Sí? —digo con voz ronca, pues es la primera palabra que digo desde que me desperté.

—¡Señorita Griffith! Por fin responde mis llamadas. ¿Dónde se encuentra? —me saluda energéticamente mi arrendador. Su voz deja a relucir lo enfadado que está.

—Yo… es fin de semana… ¿por qué quiere saberlo? —respondo un tanto vacilante al principio, sin embargo, después me armo de valor y hablo con más confianza. Esta llamada ya es demasiado. ¿Qué es lo que quiere este hombre de mí?

—¿Es que no se ha enterado?

—¿De qué no me he enterado?

—Su local… mi local… se incendió esta noche. El establecimiento está completamente quemado.

Se me debilitan las piernas y me siento en el borde de la bañera, junto al lavabo. No, eso no puede ser cierto. No ahora, ¿o sí? Mil imágenes me recorren la cabeza. ¿Mi salón de manicura? ¿Completamente destruido? Estoy en estado de *shock*. Simplemente no lo puedo creer.

—¿Sigue ahí? Pensé que ya lo sabía… como sea, quería informarte que los bomberos sospechan que el incendio se inició en el salón —hace una pausa breve, pero después continúa—. No es de extrañarse, considerando la cantidad de esmaltes y aceites que tenías ahí. De cualquier manera, deberás cubrir los daños al local. Tu negocio tiene seguro, ¿no?

Escucho su voz y percibo sus palabras. No obstante, toda la situación me parece irreal. Pero qué hombre tan podrido. ¿Qué no tiene compasión, en lo absoluto? ¿Acaso no puede ni imaginarse todo lo que el salón significaba para mí?

—Yo… no lo sé —tartamudeo, horrorizada y sin saber exactamente qué tipo de daños cubre mi seguro.

—¡Como sea! Por favor, aclare eso, pues necesito el dinero al comienzo de esta semana. Hasta pronto —agrega y luego finaliza la llamada.

Me quedo ahí sentada, en el borde de la bañera, durante mucho tiempo. Aún tengo el móvil en la mano y tan solo miro al suelo.

De pronto, un golpe sordo y una amortiguada voz masculina me arrancan de mis pensamientos.

—¿Hola? ¿Señorita Griffith? ¿Se encuentra ahí? Soy un empleado del hotel. ¿Podría abrir la puerta? —lo escucho decir.

Capítulo 9 - Richard

Momentos antes…

—Buenos días. Apenas dos llamadas hasta ahora, señor. He agendado las citas que me solicitó. —Por el momento estoy de vuelta en la oficina. Riley me saluda y quiere demostrarme que comprendió mi mensaje de ayer y que se lo está tomando en serio.

Asiento brevemente en su dirección y camino en silencio hacia mi oficina. Cierro la puerta detrás de mí. Por la forma en que Riley me miró, sospecho que se percató del pequeño corte debajo de mi barbilla, el cual aún sangraba un poco. No es de extrañarse. Mientras me afeitaba, me perdí totalmente en mis pensamientos, recordando todo lo que sucedió anoche. Tan solo pensando en Rosie.

Enciendo el ordenador y leo los correos electrónicos en mi bandeja de entrada. Pero, de alguna manera, no retengo absolutamente nada de información. Me froto los ojos brevemente e intento recuperar la concentración, animándome a mí mismo para proseguir con la jornada laboral y solucionar todos mis pendientes.

Realmente conozco con exactitud la razón detrás de mi falta de concentración. Sé exactamente dónde están mis pensamientos; justo en el mismo sitio por el que divagan desde la mañana, provocando que me cortara la barbilla mientras me afeitaba en el baño. Algo que ciertamente no me había ocurrido desde hacía años.

Pienso en el beso que me dio Rosie mientras estábamos en la pista de baile. Todo sucedió de forma tan inesperada y, sin embargo, fue increíblemente hermoso. Y las cosas no se detuvieron ahí… Aún absorto en mis pensamientos, apoyo la barbilla en mi mano izquierda mientras que con la mano derecha manipulo descuidadamente el *mouse* del ordenador, sin dejar de pensar en la noche de ayer…

Después de que Rosie me dejó muy en claro lo que quería de mí, tan solo tuve una cosa en mente: necesitaba tenerla. Necesitaba acariciarla, besarla y sentir todo su cuerpo. Quería saborearla.

La pista de baile carecía de privacidad. El joven barman aún estaba bailando con la amiga de Rosie y, a pesar de la multitud que nos rodeaba,

no quería que todos mis empleados me vieran haciendo todo lo que quería hacer. Rosie y yo teníamos que ir a un sitio tranquilo. Un sitio donde nadie pudiera pillarnos.

Así que, sin titubear, cogí la mano de Rosie y la llevé a mi *suite* lo más rápido posible. No intercambiamos ni una sola palabra en el camino. Sin embargo, el silencio entre nosotros tampoco resultó incómodo. Era como un leve zumbido eléctrico. Casi podía sentir la tensión entre nuestras manos al tocarse, pues ella estaba tan preparada como yo para lo que se avecinaba. Ambos lo deseábamos y mi corazón latía desbocado. Latía lleno de emoción. De excitación.

Tan pronto como cerré la puerta de mi *suite*, nos abalanzamos el uno sobre el otro. Nos besamos justo detrás de la puerta. Esta vez no fue un beso suave y tierno como en la pista de baile. Ahora fue un beso salvaje y tormentoso en el que nuestras lenguas comenzaron a juguetear entre sí inmediatamente. Casi como si no hubieran estado separadas durante tantos años.

Pude sentir cuánto deseaba esto Rosie. Ella gimió en voz alta en cuanto besé su cuello.

Nuevamente me cruzó por la cabeza la manera en que Rosie cambió durante estos últimos 10 años. ¿Cómo es que se convirtió en semejante vampira insaciable? Pero ¿realmente me importaba? Al menos a la erección en mis pantalones no le importaba en lo absoluto.

Como si Rosie me hubiera leído los pensamientos, volvió a acariciar mi erección por encima de mis pantalones, después se deslizó hacia mi cinturón y me miró con avidez. Con un rápido y hábil movimiento desabrochó la hebilla y fue directamente a por mi polla.

—Más despacio —detuve a Rosie. La tomé en brazos y la llevé hasta mi cama. Una vez ahí, la dejé caer suavemente y le ayudé a quitarse la blusa. Sin esperar más indicaciones, se quitó el sujetador y yo deslicé sus pantalones cortos y bragas hasta sus pies. Entonces Rosie estaba completamente desnuda frente a mí. Por un momento admiré su maravilloso cuerpo. Sus pezones estaban erectos sobre sus pequeños y adorables senos, tan solo esperando a que yo los tocara. Rosie tenía las piernas ligeramente abiertas y pude ver que su coño estaba completamente depilado. Con rapidez, yo también me desnudé y me dejé caer sobre ella.

Nos besamos apasionadamente y nuestras respiraciones se aceleraron cada vez más. Mi polla dura apretada contra el interior de sus muslos, lo que excitó a Rosie aún más. Mi mano deslizándose hacia sus maravillosos pechos, que me hechizaron de manera impresionante desde que los vi en la piscina. Pellizqué suavemente sus lindos pezones y escuché el violento gemido que escapó de la garganta de Rosie, indicándome lo mucho que le gustaba. Mi mano se deslizó por su abdomen. Antes de penetrarla, quería sentir cuán mojada estaba. Quería jugar con los dedos con su clítoris y palpar sus labios.

Rosie se percató de lo que yo estaba haciendo y se recargó sobre un costado para poder coger mi polla con su mano derecha. Nos tocamos al mismo tiempo. Y fue totalmente fenomenal. Rosie sabía exactamente qué hacer con una polla erecta. Me fascinó la manera en que me apretaba con fuerza y jugaba con mi polla, sin olvidarse de las bolas.

A pesar de lo excitante que era la manera en que me tocaba Rosie, no me olvidé ni por un minuto de lo que yo estaba haciéndole a ella. Mis dedos recorrieron su clítoris, el cual ya estaba sumamente húmedo, al igual que sus labios. Entré un par de dedos dentro de ella. Rosie gimió y sus músculos se tensaron. Se hundió más en la cama. Era como si disfrutara al máximo cada pequeño movimiento que hacían mis dedos.

Por unos momentos continuamos con el jugueteo y me percaté de lo excitado que estaba, pues ya comenzaba a sudar por todas partes. A Rosie también se le formaban finas gotas de sudor en la pelvis y ella comenzó a mover las caderas al compás del suave empuje de mis dedos.

—Vuelve a acostarte de espaldas —le susurré al oído. Con un gemido, obedeció.

Le abrí las piernas y me las coloqué sobre mis hombros. Inserté mi polla profundamente dentro de su coño. Estaba tan húmedo y yo me encontraba tan adentro de ella que de pronto me sentí envuelto como en un trance en el que ambos gemíamos al mismo tiempo, llenos de excitación y alegría por este tipo de unión.

Cogí sus muslos, justo encima de las rodillas. Sus pies todavía estaban sobre mis hombros. Sujetándola de esta manera, continúe embistiéndola con más firmeza. Mis bolas chocaban contra su culo. Ambos gemimos cada vez más fuerte, pues habíamos anhelado este momento durante mucho tiempo.

—Oh Dios, Richard. Se siente tan bien —gimió Rosie. Sí, realmente era fantástico follar con mi novia de la juventud. Estaba disfrutando de cada embestida.

Entonces solté sus piernas y volví a recostar a Rosie completamente en la cama. Sin embargo, mantuve mi polla profundamente entro de ella. Me tumbé encima de Rosie y me apoyé en la cama para que ambos pudiéramos besarnos salvajemente, sin inhibiciones, mientras hacíamos el amor.

Podía sentir el calor de la excitación llenándome la cabeza mientras los gemidos de Rosie se convertían lentamente en jadeos. No estaba muy lejos de llegar a mi clímax. Me parecía que Rosie tampoco. Pero no había manera de que quisiera correrme tan rápido. Quería seguir dentro de ella.

Así que reduje la velocidad y comencé a juguetear con su clítoris con una mano. Ese toque extra hizo que Rosie explotara. Comenzó a gemir ruidosamente. Estoy seguro de que sus gemidos se podían escuchar desde el pasillo frente a la *suite*, pero la verdad es que no me importaba. Nada importaba en ese momento.

Rosie yacía debajo de mí, retorciéndome salvajemente, y yo ya no podía contenerme más. La embestí poderosamente mientras ella abría las piernas para que pudiera penetrarla más profundamente, y entonces me corrí dentro de ella.

Durante unos minutos nos quedamos inmóviles, yo encima de ella, y nos miramos a los ojos.

Lentamente recuperé el raciocinio y volví a preguntarme si hacer esto realmente había sido una buena idea y qué debía hacer ahora. ¿Deberíamos pasar la noche juntos? Bueno, quizás eso sería demasiado, ¿o no? Me levanté y volví a vestirme. Rosie hizo lo mismo. Nos miramos a los ojos. En su mirada había reflejada una satisfacción celestial. No había indicios de que se sintiera incómoda con lo que acabábamos de hacer. ¿Quizás Rosie tan solo estaba viviendo en el momento? Pero ¿ahora sería un buen momento para hablar del pasado? No, seguro tendríamos tiempo para hacerlo mañana.

—¿Deberíamos volver? Tu amiga seguramente te extraña —le dije guiñándole un ojo, para ocultar lo tenso que me encontraba en ese momento.

—Oh, mierda. ¡Melissa! Me olvidé completamente. Tengo el chip para entrar a la habitación —se sobresaltó Rosie y yo me sentí aliviado de que la

situación se hubiese resuelto tan fácilmente, sin volverse incómoda.

—¿Te acompaño?

—No, está bien. Encontraré el camino sola —me respondió Rosie con confianza, se despidió besándome la mejilla y luego desapareció por la puerta de mi *suite*.

La miré, desconcertado. Qué mujer. Por un momento me sorprendí a mí mismo preguntándome si todo esto había estado calculado por ella. Y no por mí, en lo absoluto.

—¿Señor Evans? —escucho la voz de Riley y despierto de mi ensueño.

—¿Qué pasa? —respondo sorprendido y me percato de que he estado soñando despierto por más de quince minutos mientras me encuentro sentado, inmóvil, frente al ordenador. Mi polla está totalmente erecta tan solo por revivir los sucesos de anoche. ¿Cuándo fue la última vez que me sucedió esto?

—Su cita de las once está por comenzar, y tan solo quería… —Riley comienza a justificarse, visiblemente nerviosa.

—Cancele todo —interrumpo a Riley—. Alguien más puede encargarse de eso. Por favor, encuentre a alguien más. Y después vaya a buscar a un huésped. Una mujer, para ser precisos. Dile que debe venir a verme de inmediato.

—Eh… está bien, señor —responde Riley con desconcierto, sin embargo, no se atreve a discutir mis decisiones a causa de la notable determinación en mi voz.

—Vale, ¿y qué está esperando? Quiero hablar con la señorita de inmediato. Se llama Rosie Griffith. Encuentre en qué habitación se hospeda y hágala venir aquí. ¡Ahora mismo!

Capítulo 10 - Rosie

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunto al desconocido que está detrás de mi puerta. Es evidente que retrocedió un par de pasos después de llamar y ahora mantiene las manos en una posición que forma un diamante frente a su estómago. En la solapa de su camiseta hay una plaquilla dorada en donde se puede leer 'Riley'.

Juzgando por su postura y la placa dorada, noto que es diferente a los demás. No puedo explicarme bien cómo, pero simplemente se ve diferente a todos los demás empleados que caminan por el hotel.

—Buenas tardes, señorita Griffith —me saluda con una sutil reverencia —. Soy el secretario personal del gerente de operaciones del hotel. Me han pedido que la acompañe hasta la oficina del gerente de inmediato —me dice con un lenguaje totalmente rebuscado. Pero ¿qué quiere decir todo eso? De cualquier manera, no comprendí muy bien cuál era su rol aquí en el hotel. De pronto el pensamiento de Marc me cruza la cabeza. No hay manera de que me vaya con el siguiente empleado que se aparece en mi puerta. No después de todo el fiasco que viví anoche.

—Pero ¿qué necesita de mí? ¿Y por qué no ha venido él mismo? —pregunto con todas las fuerzas que me quedan y por un momento intento reprimir todos los pensamientos que aún me asaltan respecto a la llamada con mi arrendador y la repentina desaparición de Melissa. Me llevo las manos a las caderas e intento adquirir una expresión severa.

—Soy el secretario general y… —este tal Riley intenta explicarse, pero lo interrumpo.

—¿Y qué significa eso? ¿No podrías expresarte con un lenguaje más comprensible? —le espeto con enfado, mientras me siento cada vez más abrumada.

—Soy el asistente del gerente y dueño del hotel. Él quiere hablar con usted. ¡Ahora! —dice Riley con un tono de voz normal. Luego se queda en silencio y su mirada se desliza lentamente de mí al interior de la habitación a mis espaldas. Logro capturar, literalmente, el momento en que su mirada se posa sobre la mesita de noche destrozada.

Está a punto de abrir la boca para decir algo, pero yo soy más rápida.

—Vuelvo enseguida. Tan solo quiero cambiarme la ropa porque, como puedes ver, aún estoy en pijama. Me daré prisa —entonces cierro la puerta sin esperar una respuesta, me doy la vuelta y recargo la espalda contra la puerta. Deslizo mi mirada lentamente hasta el piso y me llevo las manos a la cabeza.

¿Qué está sucediendo aquí? Hasta ayer, todo estaba bien. Pero ahora… ¿dónde está Melissa? ¿Y por qué quiere verme el dueño del hotel? ¿Quizás hay algo más que se haya roto aquí en la habitación? ¿También me habré metido en problemas y ahora debo pagar por los daños, tal como ocurrió con mi inexistente salón de manicura?

—¿Señorita? ¿Se encuentra bien? Esperaré aquí y la acompañaré —escucho la voz de Riley detrás de la puerta cerrada.

—Sí, todo está bien. Estaré lista en un momento. —Me pongo de pie, me arreglo el cabello y cojo el primer atuendo que encuentro en mi maleta que está sobre la cómoda junto a mi cama.

Me visto con unos pantalones deportivos y una camiseta corta, mientras me pregunto qué debería hacer ahora. ¿Por dónde debería comenzar? ¿Buscando a Melissa? ¿O hablando con ese tal Marc?

También sopeso la idea de volar directamente de vuelta a casa. Quizás aún pueda salvar mi salón de manicura y la situación tan solo sea la mitad de terrible.

Desafortunadamente, debo quitarme esa idea de la cabeza, pues mi identificación, todo mi dinero en efectivo y mis tarjetas de crédito están bajo la llave de la caja fuerte de la habitación. Poco antes de abandonar la habitación ayer Melissa y yo acordamos que ella se quedaría con la llave de la caja fuerte. Después de todo, ella no quería beber alcohol, y si lo hacía, no sería más de un cóctel.

Suspiro, cojo mi móvil y estoy a punto de abrir la puerta de la habitación para marcharme cuando me doy cuenta de que mi arrendador me ha enviado algunas fotografías del salón. Cuando las miro, se me cae el corazón a los pies. Puedo ver el contorno de mi amado negocio. Los muebles detrás del escaparate están completamente quemados.

No hay duda de que hubo un incendio terrible. Pero ¿por qué es mi culpa? ¿De verdad el mundo es tan injusto? ¿Mi arrendador realmente me está culpando por esta situación?

Sí, él es tipo de persona que siempre busca culpables. No puedo deshacerme de la idea de que quizás él tenga algo que ver con todo esto, después de todo, realmente quería deshacerse de mí. Pero ¿ahora yo debía pagar por los daños del incendio? De pronto se me ocurre que podría llamar a mi amiga Annie, pues su esposo es un abogado sumamente exitoso. Desafortunadamente no podrían ayudarme hoy, pues recientemente tuvieron a su hijo.

Siento cuánto me abruma toda esta situación. Bloqueo la pantalla del móvil, pues ya no soporto mirar esas fotografías. Mientras tanto, Riley ha vuelto a llamarme desde el otro lado de la puerta. Pero qué persona tan molesta. Su jefe debe ser un macho hecho y derecho como para tener tanta prisa por veme.

—Ya voy —digo en dirección a la puerta.

Vuelvo a mirar mi móvil apagado y se me ocurre una idea: ¿debería simplemente llamarla, sin más?

Impulsada por aquel pensamiento, desbloqueo el móvil y busco la fotografía de Melissa de entre mi directorio de contactos. La llamo y espero en la línea; hay un breve silencio antes de que suene el primer timbre.

Tristemente, a un lado mío escucho el familiar tono de llamada del móvil de Melissa y me percato de que este está sobre la mesita de noche de su cama.

—Maldición —finalizo la llamada con frustración cuando recuerdo que ayer por la noche Melissa deliberadamente decidió no llevarse el móvil consigo.

Abro la puerta de la habitación y me encuentro con Riley, quien mira con impaciencia su reloj.

—Lista —le digo y esbozo una sonrisa falsa.

—Vale, por favor sígame —responde y comienza a caminar con paso rápido.

Cuanto más nos acercamos al edificio principal del complejo del hotel, más notoria me parece la sensación de náuseas que me invade el estómago. ¿Por qué se supone que debo ir con el gerente? ¿Quizás me metí en problemas? Si tan solo supiera todo lo que sucedió anoche.

Ya que la habitación se encuentra en una de las pequeñas alas junto a la playa, de camino a la oficina del dueño del hotel Riley y yo pasamos junto a la piscina. Cada ala de hotel cuenta con unas pocas habitaciones, por lo que

no es posible saber realmente cuántos huéspedes hay en todo el complejo. Es una sensación agradable.

Sin embargo, en estos momentos maldigo la inmensidad del complejo, pues mientras camino penosamente detrás de Riley, intentando seguirle el ritmo, continúo mirando apresuradamente de izquierda a derecha. No distingo ni un solo rostro familiar. No hay señales de Melissa… ni de Marc.

Dada la situación, definitivamente la mejor opción es seguir a Riley y esperar para ver lo que sucederá en un momento. Tal vez todo resulte a mi favor; al menos eso intento decirme una y otra vez, aunque siento que realmente no puedo creerlo.

—Casi hemos llegado —escucho decir a Riley, asomándose ligeramente por encima del hombro para mirarme. Se detiene brevemente y abre la puerta del edificio principal del hotel, el mismo en donde el techo es una enorme cúpula de cristal.

De alguna forma, siento como si hubiera estado aquí ayer. No cuando hice fila para el *check-in,* sino anoche. No puedo deshacerme de aquella sensación, sin embargo, tampoco puedo recordar nada. Pero… eso no es posible ¿o sí?

Capítulo 11 - Richard

Desisto de estar sentado en silencio frente al ordenador y, en cambio, con los brazos cruzados en la espalda, comienzo a caminar de un lado a otro alrededor de mi enorme oficina.

No puedo esperar más para ver a Rosie otra vez. Con suerte, Riley hará las cosas bien y ella lo acompañará hasta aquí.

¿Cómo será cuando nos miremos a los ojos por primera vez durante el día, sin la música estrepitosa y sin los destellos de luz multicolor del club? Debo admitir que durante los últimos años he pensado en Rosie con frecuencia. Sin embargo, en mi mente ella había permanecido como una chica tierna e inocente.

Su reacción y comportamiento cuando nos reencontramos, después de tantos años, fue completamente diferente. Pero ¿realmente era malo? No, la verdad es que me había encantado esta *nueva Rosie.* Aquella lujuria por el sexo era justamente lo que alguna vez añoré de su parte en el pasado. Entonces, ¿qué era lo que me abrumaba realmente?

No podía quitarme de la cabeza la idea de que quizás, después de todo, Rosie podría haber estado bajo los efectos del alcohol. No… eso no podía ser. Yo habría percibido el olor o me habría percatado por su forma de hablar. Pero entonces, ¿por qué estaba tan preocupado? No, no solo era preocupación, también estaba francamente nervioso porque sabía que en algunos momentos tendríamos una conversación. Una conversación sobre algo que sucedió mucho tiempo atrás pero que yo ya no quería que se interpusiera más entre nosotros:

La catastrófica velada de nuestro baile de graduación.

Mi móvil comienza a sonar y el elevado volumen del timbre me sobresalta. Apresuradamente me saco el móvil del bolsillo y miro la pantalla. Dejo escapar un bufido en cuanto miro que es Chantal quien me llama. Ya es la tercera llamada esta mañana y me temo que esto continúe si no atiendo en esta ocasión. Aunque realmente no me sentiría mal por rechazar la llamada, tal como hice con las dos anteriores, decido ponerle fin a esta situación y pedirle que me deje en paz.

—Hola Chantal, ¿qué pasa? —la saludo con tono enfadado.

—¡Hola, mi amor! Por fin contestas. Ya estaba comenzando a preocuparme —me retumba en los oídos la increíblemente aguda voz de Chantal. Me aparto el móvil unos quince centímetros del oído para evitar que me reviente los tímpanos. Pongo los ojos en blanco: una frase típica de Chantal. Ciertamente no lo dice con mala intención, pero esta actitud maternal me molesta a sobremanera.

—Vale, ¿por qué? —respondo cortante.

—¿Por qué? Me entrego totalmente a nuestra relación, te envío fotos mías y de mi cuerpo, que tanto deseas, y tú ¿qué haces? Ni siquiera respondes a mis llamadas —me dice Chantal con voz estridente y continúa: —Ahora mismo tengo puesta mi bata de baño de satín. Con nada debajo más que mi piel desnuda… y deseo enormemente que vengas a follarme. Richard, por favor, yo….

—Chantal, escúchame —la interrumpo a media frase. Ya escuché suficiente y ya no puedo tolerar toda esta palabrería sexual. ¿Acaso siempre ha sido así? ¿O tan solo es ahora que me parece sumamente barata la forma en que se ofrece a mí? ¿Habrá ocurrido lo mismo con el jardinero? La verdad es que no lo sé y no me interesa. Todo lo que sé es que Rosie estará aquí pronto y no quiero hablar con Chantal en estos momentos. Así que intento dejar las cosas claras. Tan claras, que mis palabras incluso llegan a ser hirientes. Pero Chantal obviamente lo entiende todo a su manera.

—Chantal, nuestro matrimonio definitivamente llega a su fin la semana que viene. Y no soy tu *amor*. Por favor, recuerda eso de una vez por todas. El sexo después de nuestra ruptura fue un error, me he dado cuenta de ello desde hace algún tiempo. Y es por eso que no podemos repetirlo. Mejor pregúntale al jardinero si tiene tiempo para ti —le digo con voz firme. No siento ninguna forma de culpabilidad al pronunciar la última frase. Ella puede follar con quien le venga en gana, la verdad es que no me importa en lo absoluto.

—Pero, bebé, ¿cómo puedes ser tan duro conmigo? Siempre te quise. Lo sabes, ¿o no? —responde Chantal, herida. ¡Increíble! ¿Qué no fui lo suficientemente claro?

—Déjame tranquilo, ¿vale? Los abogados se encargarán del resto.

—Pero, Richard. ¿Es así como terminará lo nuestro?

—Terminará justo de la misma forma en que comenzó, Chantal. Todo encaja perfectamente, ahora que lo pienso. Jamás adivinarás a quién me

encontré en el hotel —no espero a que Chantal me dé una respuesta, sino que termino la llamada y dejo mi móvil sobre mi escritorio. Fui más que claro y esperaba que Chantal finalmente lo hubiese comprendido.

—Esta mujer me pone los pelos de punta —presiono los dientes mientras me siento en la silla detrás de mi escritorio y cruzo las manos detrás de la cabeza.

Justo en ese momento alguien llama a la puerta.

—¿Sí? —pregunto e inmediatamente se abre una pequeña rendija por la que Riley se asoma.

—He vuelto, señor. La señorita fue muy amable y me ha acompañado hasta aquí. ¿La hago entrar? —me dice Riley con mucha formalidad. ¿De dónde se sacó ese lenguaje tan rebuscado? Nunca le pedí que hablara con una formalidad tan ridícula. He notado que lo hace a menudo. Me hace imaginar que por las noches toma clases de retórica y que en cualquier momento comenzará a comportarse como un mayordomo. Pero bueno, de cualquier manera, por mí Riley puede hacer lo que quiera. Después de todo, el cliente potencial para el hotel seguramente traerá a su propio asistente.

—Sí, obviamente. Tráela y cierra la puerta —le indico. Riley asiente sin decir palabra y mira a sus espaldas. Un momento después, la puerta se abre un poco más y ahí está: Rosie, quien atraviesa la puerta con pasos pequeños y mira alrededor de mi enorme oficina, sorprendida. Su mirada es atenta y parece asimilar cada detalle. Aunque probablemente no tiene ni idea de dónde mirar primero. Miro la puerta cerrarse silenciosamente y entonces nuestras miradas se encuentran.

—Rosie, qué bien que estés aquí —la saludo con una sonrisa amistosa, rodeo mi escritorio y me acerco a ella con los brazos extendidos. Ella trae puestos unos pantalones deportivos cortos y una camiseta corta. Se ve simplemente fenomenal. Podría besarla ahora mismo y continuar todo justo en donde lo dejamos anoche. Es increíblemente guapa. Siempre lo ha sido. Y, además, se ha convertido en una mujer amorosa y sexi.

Incluso cuando me encuentro envuelto en una abrumadora nube de admiración por Rosie, me percato de que algo anda mal. Ella me mira petrificada. Está pálida, como si acabara de ver a un fantasma. No pronuncia ni una sola palabra y está conmocionada. Comienzo a caminar con más lentitud hasta que me detengo a unos metros frente a ella y lentamente bajo los brazos.

Esta reacción definitivamente no es lo que esperaba, no después de lo que ocurrió anoche. Algo no está bien. Claro, yo también me siento increíblemente nervioso, pero porque estamos a punto de hablar sobre algunas verdades incómodas; no a causa de lo que hicimos anoche.

—¿Richard? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —Rosie parece haber recuperado el habla. Aun así, aún no parece dar crédito a lo que ven sus ojos. No parece creer que realmente estamos frente a frente.

—¿No lo sabías ya? —pregunto, asombrado—. Nos encontramos anoche en el club. Tropezaste y caíste en mis brazos. ¿No lo recuerdas?

Rosie niega con la cabeza sin decir palabra. Sus mejillas se sonrojan y se le humedecen los ojos.

—Entonces… ¿no recuerdas lo que ocurrió después de eso? —pregunto cuidadosamente, mirándola con las cejas arqueadas.

—No —suspira Rosie—. Solo sé que estaba con Melissa bailando con este joven barman. No, Melissa estaba bailando con él… —entonces se le quiebra la voz y empieza a llorar. Siento la necesidad de envolverla en mis brazos. Quiero decirle que todo estará bien y que estoy ahí para ella. Pero siento que eso estaría fuera de lugar ahora—. ¿Entonces qué pasó anoche? —me pregunta en voz baja mientras se seca las lágrimas.

—Tuvimos sexo, Rosie. ¿De verdad no recuerdas nada?

Mis palabras parecen golpear como un látigo a Rosie, pues se desploma sobre una de las sillas frente a mi escritorio.

Capítulo 12 - Rosie

¿Qué es lo que acababa de decirme? Eso no podía ser verdad, ¿o sí? Puedo sentir el calor que se me acumula en los pómulos y, al mismo tiempo, un escalofrío me recorre la columna vertebral. No sé qué decir. Aún desplomada en la silla, miro más allá de Richard, hacia la nada.

Esta oficina está maravillosamente amueblada, a través de los enormes ventanales es posible apreciar el área de las piscinas y más a la distancia también se puede ver el mar y las palmeras de la costa. Es un hermoso día de noviembre aquí en Miami. Sin embargo, en mi interior siento como si se desatara una gélida tormenta de nuevo, arrasando todo a su paso.

—¿Rosie? ¿Estás bien? —me pregunta Richard cuidadosamente, atravesándose en mi campo de su visión, obligándome a mirarlo a los ojos. No obstante, no se atreve a acercarse a mí del todo—. ¿Necesitas un poco de agua? —continúa. Yo tan solo puedo asentir, sin pronunciar palabra.

—Vale, ya vuelvo —lo escucho decir. Entonces se da la vuelta y desaparece en el extremo de su oficina, en donde hay un pequeño minibar con todo tipo de bebidas y aperitivos. Mientras lo observo, vuelvo a percatarme de su complexión atlética. Me llama la atención su firme culo envuelto en los pantalones y puedo ver la manera en que sus musculosos brazos estiran la tela de su camisa. Parece estar mucho mejor en forma ahora que en el pasado…

¡Basta! ¿Qué estoy haciendo aquí, en primer lugar? Agito la cabeza para ordenar un poco mis pensamientos. Pero no puedo negarlo: al estar aquí, siento una mezcla de conmoción y adulación.

Por un lado, no esperaba encontrarme con él aquí. Claro, nos encontramos fugazmente en el *check-in* y, de acuerdo a la historia de Melissa, también junto a la piscina. Sin embargo, hasta ahora aún había considerado la posibilidad de que mis sentidos me estuviesen jugando una mala pasada. ¿De verdad era dueño de este hotel? ¿Había llegado tan lejos desde que nos graduamos?

Por otro lado, no podía quitarme de la cabeza la pasión y el cariño que caracterizó nuestra breve historia de amor en el pasado. Pero éramos jóvenes y yo quería esperar el momento ideal para tener sexo. Sentía como

si hubiera algo especial entre nosotros. Además, en ese entonces yo aún era virgen y no quería cometer ningún error.

Y entonces llegó nuestro baile de graduación…

Esos recuerdos hacen que la ira y la tristeza vuelvan a apoderarse de mí. De repente, regresan todos los sentimientos hirientes que experimenté aquella noche. En ese entonces, después de dos semanas de dolor, me dispuse a sepultar esas heridas en lo más profundo de mi corazón para jamás volver a sacar los recuerdos a la luz. Pero, de pronto, todo volvía a estar aquí, como si hubiera sucedido ayer. Y, al mismo tiempo, siento un inexplicable cariño hacia él. ¿Quizás mis sentimientos por él nunca desaparecieron, realmente? Ni siquiera yo misma comprendo de dónde provienen todas estas sensaciones. Pero me niego a sentirme así. Después de todo, él es un hombre que me dejó por la puta más grande de toda la universidad justo en la noche de nuestro baile de graduación.

Pero hoy se comporta tan amable, educado y empático… justo como al inicio de nuestra relación. ¿O quizás solo está fingiendo? Y, de cualquier manera: ¿Cómo es posible que anoche hayamos tenido sexo y yo no lo sepa? Es absolutamente una locura.

—Aquí está el agua. Bebe un poco. Te ves algo pálida —Richard me da un vaso con agua y dos cubitos de hielo y yo bebo un largo trago. El agua fría y cristalina me refresca inmediatamente, haciéndome sentir más despierta. Cuando termino de beber, dejo el vaso sobre la mesa.

—Gracias —respondo brevemente—. Y ahora, por favor, dime que eso que has dicho es una broma —me armo de valor y miro directamente a sus hermosos ojos.

—¿A qué te refieres? ¿A lo que pasó anoche? ¿Te parece que yo bromearía con algo así? La situación entre nosotros ya es suficientemente extraña. ¿Crees que te mentiría tan solo para complicar aún más las cosas? —me pregunta arqueando una ceja. Aún reconozco esa expresión facial del pasado, y me parece lindo que la haya conservado. Es una expresión con una mezcla de *¿de verdad te preguntas eso ahora?* y *¡por favor, créeme!* En el pasado no podía evitar sonreír siempre que lo veía arqueando la ceja así.

Incluso ahora, después de tanto tiempo, siento cómo mis labios involuntariamente esbozan una sonrisa. Sin embargo, no quiero quedarme ahí de pie con cara de tonta, así que me apresuro a coger el vaso de agua para beber otro largo sorbo para que Richard no me vea sonreír.

—Bueno, quizás esto te ayude: tienes un bonito lunar en el labio derecho, y eso no puedo imaginarlo… por Dios Rosie, ¿estás bien?

Esta declaración de Richard me sorprende tanto que me atraganto con el agua y esta sale disparada por mi nariz. Richard se interrumpe a media frase y se apresura a ayudarme. Me da una suave palmadita en la espalda mientras me sostiene el hombro con la otra mano.

Después de unos segundos puedo respirar de nevo. Rápidamente cojo un pañuelo y me limpio las lágrimas y me seco el rostro. Entonces siento la manera en que las cálidas manos de Richard continúan en mi espalda y hombro. Su mano se desliza y acaricia suavemente mi brazo—. ¿Estás mejor? —me pregunta consternado.

Titubeo por un instante y, aún en estado de *shock*, me vuelvo hacia él—. Disculpa, no tenía idea de que no recordabas que nosotros… —se interrumpe a media frase y después continúa—. Quiero decir, lo que hicimos anoche. —Lentamente retira sus manos de mi cuerpo. Me siento aliviada de que lo haga, aunque no acierto a decir si eso es bueno o malo.

—Pero ¿por qué no recuerdas nada? ¿Tiene sentido para ti? —me pregunta con preocupación y se sienta frente a mí en la otra silla para visitas que está frente a su escritorio. Puedo sentir que mis mejillas vuelven a colorearse. No tengo ninguna respuesta para su pregunta. Lo único que sé es que, de alguna manera, todo se relaciona a ese tipo del bar. Pero ¿cómo puedo estar tan segura de ello? ¿Sería realmente justo acusarlo aquí y ahora con su jefe? En lugar de ello, decido que primero quiero hablar con él yo misma y, posiblemente, hacerle llegar la información a Richard más tarde.

Niego con la cabeza y lo veo directamente a los ojos. No quiero que piense que le estoy mintiendo. Noto el brillo en sus ojos y su musculoso cuello e inmediatamente me vuelve a cruzar la cabeza lo guapo que es.

—¿Tienes idea de lo bonita que eres? —dice Richard de repente—. Me gustaría volver a besarte. Tal como hice ayer. Pero, por supuesto, entiendo que estás confundida. Ayer parecías insaciable… no querías parar.

Richard parece querer decirme que toda esta situación tampoco es sencilla para él y yo siento un incómodo hormigueo recorriéndome la piel. A pesar de que sus palabras son dulces, no puedo seguir escuchando. Cientos de pensamientos me cruzan la cabeza simultáneamente.

¿Qué he hecho? ¿Qué más sucedió anoche? ¿Y por qué sabe de la pequeña marca de nacimiento en… mis labios íntimos? ¿Cómo estará

Melissa? Oh, Dios mío, espero que no haya caído en las garras de algún tipo sucio y loco.

Intento no pensar en Melissa por ahora. Definitivamente también tengo que encargarme de esa situación, pero no aquí ni ahora, mientras estoy en la oficina de Richard. De cierta forma, me parece que aún tengo sentimientos por Richard, quizás más de los que me gustaría admitir. Sin embargo, tampoco puedo tolerar la idea de que me fui con él a la cama de esa manera.

—Lo siento mucho, debo marcharme —digo, me pongo de pie y camino con paso rápido en dirección a la puerta.

—Espera, Rosie. Lo siento mucho, fui demasiado descarado. Al menos… —el resto de su frase se queda atrás junto con el fuerte golpe de la puerta al cerrarse a mis espaldas. El secretario de Richard me mira con los ojos muy abiertos y se aparta el teléfono de la oreja como si quisiera decirme algo. Sin embargo, paso casi corriendo a su lado y abandono el edificio principal.

Tengo el corazón acelerado y ya no me es posible pensar con claridad. Tengo que encontrar alguna forma de calmarme para decidir cómo proceder.

Capítulo 13 - Richard

—Joder —se me escapa de la boca y camino furioso hacia la papelera que está en la oficina junto al escritorio de Riley y la arrojo hacia la puerta por la que Rosie acaba de salir.

¿Cómo pude comportarme de manera tan descarada y confrontarla así respecto al sexo? Estoy enfadado conmigo mismo por ser tan estúpido. Tan solo su presencia en mi oficina me hizo enloquecer. ¿Cómo podría haber sabido que ella no recordaba absolutamente nada de lo que hicimos anoche? ¿Cómo pudo olvidarse de cómo nos tocamos y de los orgasmos que tuvimos?

¿O quizás había mucho más detrás de todo esto? ¿Quizás tan solo estaba fingiendo porque se avergonzaba de haber caído por mí después del primer reencuentro?

No, de una manera u otra, yo no podía creer que fuera así. Si ese fuera el caso, todo lo que ocurrió en mi oficina fue una actuación majestuosa. La vacilación ante mi cercanía después de atragantarse con el agua. La palidez en su rostro al verme. Es imposible fingir ese tipo de reacciones físicas. Así que todo debe haber sido genuino.

¿Pero por qué Rosie ya no recuerda nada? ¿Y por qué se fue de manera tan precipitada? Podía sentir sus ojos en mi espalda mientras le preparaba su vaso de agua. Al principio me pareció que disfrutaba de mi tacto sobre su espalda y su brazo, pero después algo la hizo retroceder.

Claro, si yo estuviera en su lugar y no recordara nada de lo que sucedió anoche, me sentiría más que confundido. Debo reconocerlo. Pero eso no ayudaba a resolver mis dudas. Definitivamente tenía que volver a hablar con Rosie. Teníamos que arreglar las cosas entre nosotros. Ayer sucedieron tantas cosas… no podía terminar así. No quería simplemente olvidarme de una noche como aquella con mi antiguo amor.

—Señor Evans, qué bien que esté aquí. Acabo de recibir una llamada de un tal José, quien está en la línea —me dice Riley colocando su mano sobre el auricular del teléfono fijo, bastante anticuado, que está sobre su escritorio. Mi asistente parece ignorar completamente mi agitación y la

apresurada partida de Rosie. No es la primera vez que Riley me da la impresión de no comprender lo que ocurre a su alrededor. En lo absoluto.

—Deshazte de él. No tengo tiempo para eso ahora —hago un ademán con la mano y vuelvo a poner en su sitio la papelera vacía. ¿Debería ir por corriendo detrás de Rosie? Siento la necesidad de cogerla entre mis brazos y solucionar todo ahora mismo. Pero probablemente no sea buena idea. Aquí, de pie en mi oficina, ella estaba luchando por contener las lágrimas. Me pareció que estaba sumamente abrumada por todas las noticias. ¿Quizás debería darle un descanso?

—Me ha dicho que definitivamente quiere hablar con usted, de lo contrario podría existir algún inconveniente —escucho decir a Riley. Aún tiene el teléfono en la mano y puedo ver el miedo y la preocupación dibujados en las arrugas de su frente.

—Dios mío. Vale, transfiere la llamada —digo. Pongo los ojos en blanco y descarto la idea de perseguir a Rosie. Vuelvo a mi oficina para coger la llamada. Este tal José realmente es molesto.

—¿Qué pasa ahora? Me parece que fui suficientemente claro —digo cogiendo la llamada. Siento la ira burbujeándome en el estómago.

—Señor Evans. Lo siento muchísimo. Pero nuestro acuerdo no significa nada —comienza a hablar José con su molesta mezcla de inglés y español mexicano.

Yo no tengo tiempo ni disposición para hablar con él ahora mismo. Es justo por ello que hace unos meses contraté a mi asistente. Pero, después de todo, Riley es un idiota. Me da más trabajo del que me quita. Observaré su trabajo durante un par de días más y después tomaré una decisión. Ya le he dado suficientes advertencias.

—¡Jódete, José! No te debo nada. Ve y busca dinero en otra parte para resolver tus problemas. No tengo nada que ver contigo. Así que déjame en paz y no vuelvas a llamar —digo y cuelgo el teléfono con un fuerte golpe.

—¡Vagabundo miserable! —maldigo mirando el teléfono y siento cuánto me hacen enfurecer la repentina llamada de José y mi descuidado comportamiento hacia Rosie.

Será mejor que no hable con ella en este estado de enfado. Tan solo hay una cosa que puede ayudarme. Necesito calmarme un poco. Así que decido ir un poco más temprano de lo habitual a mi entrenamiento de boxeo para después recorrer mi circuito de *jogging* diario.

—No más llamadas. En el futuro, quiero que resuelvas tú mismo situaciones así de pequeñas. Sin mi ayuda. Iré a entrenar ahora y no quiero que me molesten, ¿entendido? —le digo a Riley con tono severo y sin siquiera mirarlo.

—¡Entendido señor! —lo escucho responder, intimidado, mientras cierro la puerta de la recepción. Espero que esta vez finalmente haya entendido su labor y que aprenda a mantener lejos de mí a todos los visitantes inesperados.

Me hago camino a mi *suite* para cambiarme el atuendo de negocios por ropa deportiva. Mentalmente planeo ir en busca de Rosie para arreglar las cosas entre nosotros después de concluir mi entrenamiento y tomar una ducha caliente.

Capítulo 14 - Rosie

Todo está hecho.

Dejo escapar un profundo suspiro mientras entro a mi habitación y cierro la puerta a mis espaldas. Finalmente estoy sola de nuevo.

Me siento en la cama y vuelvo a observar los fragmentos de lo que solía ser la mesita de noche. Todavía no hay rastro de Melissa. Creí que el día no podía ponerse peor y ahora esto: el hombre de mis sueños y quien me abandonó en el baile de graduación es el dueño de este hotel y dice haber tenido sexo conmigo anoche. ¿Por qué no recuerdo nada?

Una lágrima más me escurre por la mejilla y me la limpio con el dorso de la mano. De verdad debo esclarecer mis sentimientos respecto a Richard. De alguna manera, hay algo que no puedo negar.

Entonces escucho ruidos al otro lado de la puerta. ¿Acaso Richard me siguió? ¿O quizás sea Riley quien llama a la puerta otra vez? Sería realmente *grandioso* si Richard envió a su asistente de nuevo en vez de tener los huevos para correr detrás de mí. Como en trance, me quedo petrificada mirando a la puerta. En el fondo deseo que sea Richard quien abra la puerta usando la llave general, para llevarme de vuelta a su oficina con él.

Finalmente, la puerta comienza a abrirse lentamente y mi corazón da un vuelco de alegría. Ahí no está Richard, pero me encuentro frente a frente con Melissa. Su rostro está un tanto pálido, trae puesta exactamente la misma ropa que usó anoche y su cabello está terriblemente despeinado. Sin embargo, por todo lo demás parece encontrarse bien.

—¡Melissa! Gracias a Dios estás bien —digo mientras corro hacia a ella y la envuelvo en mis brazos.

—¿Qué pasó anoche, Rosie? No sé cómo, pero no recuerdo nada. ¿Tú sí? —me pregunta Melissa.

—Me siento igual que tú. Seguramente tiene algo que ver con esa bebida del tipo del bar. Lo único que recuerdo es que estabas bailando con él y yo no me quise unir —añado, omitiendo deliberadamente todo lo que Richard me confesó hace unos momentos—. ¿Tú recuerdas algo más?

—Sí, puedo ayudarte a recordar. Después tropezaste y el tío con ropa deportiva del *check-in* te atrapó. Y entonces ambos bailasteis de manera increíblemente caliente. Me parece que ya se conocían de antes. ¿Es posible?

Asiento y entonces Melissa continúa—. Desaparecisteis bastante rápido. ¿A dónde fuiste? Bueno, en cualquier caso, este Marc fue un verdadero fastidio para mí. En cuanto intentó besarme, le solté una bofetada en la cara. Y entonces se marchó. Yo no quise quedarme sola entonces terminé por marcharme del club… después de eso ya no recuerdo nada. Tan solo que desperté esta mañana, más bien a mediodía, en una tumbona en la playa.

—Me alegra que estés bien. No te imaginas todas las situaciones terribles en las que pensé. Después de la manera en que transcurrió mi velada, bien podrías haber terminado… —hago una pausa y vuelvo a abrazar a Melissa.

—A qué te refieres, pero ¿qué sucedió contigo, cariño? Creí que no recordabas nada —me pregunta Melissa con escepticismo.

—Sí, eso verdad. Pero acabo de estar con Richard. Por cierto, así se llama el tío del *check-in.* No vas a creer lo que me dijo —comienzo a contarle.

—Después de verte besuqueándote con él en la pista de baile, ya puedo imaginarme lo que estás a punto de decirme —me dice Melissa con una sonrisita.

—Oh, Dios. ¿Nos besamos en la pista de baile, frente a todas esas personas? —me llevo una mano a la frente—. Bueno, de cualquier manera, es probable que hayamos tenido sexo anoche… al menos eso dice Richard. Y me proporcionó evidencia suficiente —agrego brevemente.

—¿Qué tipo de evidencia? —pregunta Melissa, levantando las cejas.

—Una pequeña marca de nacimiento que tengo en la vagina… él sabe de ella… —respondo mirando al suelo.

—Oye, Rosie. No hay nada de malo —me dice Melissa mientras me levanta la barbilla con una mano—. Es una pena que no recuerdes nada. Os veíais muy bien juntos en la pista de baile. Debo admitir que había fuego entre los dos. ¿De qué os conocéis?

—Salimos juntos algunas semanas poco antes de nuestra graduación. Fueron buenos tiempos. Siempre fue amable y atento conmigo. Fue mi primer amor verdadero —respiro profundamente. Aún me resulta difícil

hablar de ello. Hasta ahora, siempre había reprimido nuestra historia y nunca la había contado en voz alta, pero siento que al menos Melissa tiene derecho a conocer la verdad.

—Luego llegó nuestro baile de graduación. Cantamos, reímos y bailamos juntos. Y en la fiesta de cierre, lo hizo… —hago una pausa por un momento.

—Rosie, está bien. No tienes que hablar de ello si no quieres —me dice Melissa con voz dulce mientras sostiene mi mano con fuerza.

—Está bien, puedo hacerlo. Ya he guardado silencio por suficiente tiempo, pues nunca se lo he contado a nadie. Tal vez hoy es el día de hacerlo —digo y respiro profundo.

—Tuvo sexo con una perra llamada Chantal. Era la típica fiesta casera para festejar nuestro último año. No sabía dónde estaba Richard, y los pillé a los dos… —Melissa me mira con horror y se tapa la boca con ambas manos.

—¿De verdad hizo eso? ¡Pero qué gilipollas tan grande!

—Sí. Después de eso me marché a casa y estuve llorando en mi habitación por unas dos semanas. No volvimos a intercambiar palabra desde entonces, y por supuesto no lo volví a ver. Hasta ayer…

—¿Y te acostaste con él? Oh, joder, Rosie… —Melissa comienza a negar con la cabeza.

—No lo recuerdo. De la misma manera que tú no recuerdas haber llegado a la playa —respondo con firmeza y Melissa asiente en silencio.

—Y, hay algo más —agrego.

—¿Qué más? —me pregunta Melissa llena de asombro.

—Cuando salí arrastrándome de mi habitación después de hundirme en la depresión durante dos semanas, descubrí que corría el rumor de que aquella noche Richard estaba absolutamente ebrio y en realidad no se percató de mucho. Decían que en realidad me había estado esperando a mí en esa cama y se quedó dormido. Decían que Chantal se había aprovechado de toda la situación. En ese entonces todo mundo sabía cuánto deseaba Chantal a Richard… —mi voz se quiebra y mi labio inferior comienza a temblar. Me resulta tan difícil hablar de todo esto, pero aún puedo contar la última parte.

—Si todo eso es cierto, quizás no todo fue culpa de Richard y entonces yo… —se me va la voz y comienzo a respirar con dificultad.

—Oye, Rosie —Melissa me envuelve en sus brazos—. No tiene sentido lamentarse por el pasado. Si yo fuera tú, probablemente habría hecho lo mismo. No tenías forma de saber que esa perra lo estaba usando.

—Sí, pero me habría gustado confrontar a Richard en lugar de encerrarme en….

—¡Tonterías! Estabas enamorada. Ahora, años después, puedes explicarlo todo más racionalmente, pero eso no habría sido posible en el pasado. Te entiendo totalmente —me dice Melissa mientras me acaricia la espalda, aun envolviéndome en un reconfortante abrazo—. Pero lo que puedes hacer ahora es… —comienza Melissa, deshaciendo nuestro abrazo para tomar mis manos con firmeza y mirarme a los ojos—. Lo que puedes hacer ahora es hablar con él. Quizás ahora puedan aclarar las cosas.

—Sí, pero… ¿qué debería decirle respecto al sexo de anoche? Lo siento, ¿ya no recuerdo nada? ¿Ni siquiera puedo explicármelo a mí misma?

—Estoy segura de que pensarás en las palabras adecuadas. Tal vez Richard también tiene cosas que decir y tan solo debas escuchar. Pero ve con él. Me parece lo más razonable. Mientras tanto, yo intentaré encontrar a este tal Marc. Debe estar en alguna parte. De lo contrario, seguro que me encontraré con alguien que lo conozca.

—¿Lo harás? Oh, ¡muchas gracias, Melissa!

—Por supuesto. También quiero saber lo que nos puso el imbécil en la bebida. Nos las va a pagar —dice Melissa; el aumento de ira en su voz es evidente. Lo dice en serio y yo me siento agradecida de que esté aquí conmigo.

—Y hay otra cosa: mi estudio de manicura. Se incendió anoche —le digo a Melissa y le muestro las fotografías que mi arrendador me había enviado al móvil.

—¡Mierda! Sí que se están poniendo difíciles las cosas. Pero no te preocupes. Ya sabes que pronto me casaré con uno de los hombres más ricos de Nueva York. Y tú eres mi mejor amiga. Por supuesto que estamos aquí para ti, incluyendo este asunto.

—Pero no puedo aceptarlo. Debo volver ahora. Yo… —tartamudeo.

—Sí, sí puedes. Y lo harás. Después de todo, tan solo es dinero. Y justo por eso es por lo que no volveremos antes de que finalice nuestro fin de semana. Ya no hay nada más que hacer allá y simplemente te estás

preocupando sin razón ahora. Además, durante los fines de semana las aseguradoras están cerradas y no hay nadie más a quien acudir.

Debo admitir que Melissa tiene razón. Y se siente como si me quitaran una carga de los hombros que finalmente me permite levantar la mirada para admirar el brillante cielo azul de Miami. Qué afortunada soy de tener una amiga así.

—Gracias, Melissa. Realmente me será de mucha ayuda. ¿Qué hice para merecer una amiga así? —abrazo a Melissa con fuerza. Demasiada.

—Ya, para. No es nada. ¿Quién estuvo para mí todo el tiempo mientras tuve mi época de locura con Darren? ¡Para eso están las amigas!

—Ahora, manos a la obra. Lo único que quiero hacer es quitarme esta ropa, peinarme y encontrar a ese tal Marc para patearle el culo. —Melissa se ríe mientras le propina una patada al aire. La escena me parece tan ridícula que no puedo evitar reírme a carcajadas.

Después de que Melissa está lista, nos abrimos camino hacia nuestros respectivos destinos. Caminamos juntas a través del estrecho sendero desde nuestro complejo de habitaciones hasta la bifurcación en donde nuestros caminos se separan.

—Echaré un vistazo en la piscina —digo señalando al sendero de la izquierda en la bifurcación del camino. Recuerdo el testimonio de Melissa, en donde ella decía que Richard se quedó observándome en la piscina después del almuerzo. Por lo tanto, sospecho que él tendrá una estricta rutina diaria y quizás pueda encontrarlo ahí a esta hora.

—Vale, yo iré al edificio principal para ver si logro encontrar a Marc en el bar. Un consejo: cuando veas a Richard, escucha lo que tiene que decirte —Melissa se despide de mí, dándome un beso en cada mejilla.

—Lo intentaré —respondo—. Y cuando encuentres a Marc, pregúntale si él tiene algo que ver con la desaparición de mi anillo. No pude encontrarlo esta mañana.

—Rosie, este tipo está jugando con nosotras. Me parece increíble. Recuperaremos tu anillo —entonces Melissa se da la vuelta y prosigue su camino hacia el edificio principal.

La miro unos segundos y, sin quitarle los ojos de encima, yo también continúo mi camino en la dirección opuesta. Entonces sucede: alguien choca conmigo y caigo al suelo…

Capítulo 15 - Richard

Mi sesión de boxeo de hoy en el gimnasio tan solo duró diez minutos, aproximadamente. Quedé totalmente agotado golpeando uno de los muchos sacos de boxeo que colgaban del techo. Sin embargo, entrenar con saco de boxeo no es lo mismo a entrenar en un *ring*. No tiene comparación. Es mucho menos intenso y, generalmente, se vuelve aburrido después de unos minutos.

Además, el joven que actualmente está de turno en el gimnasio me preguntó dos veces respecto a defectos mínimos en el equipo de entrenamiento al otro lado del gimnasio.

Pero ¿qué pasa con este hotel? ¿Acaso no puedo siquiera entrenar durante unos minutos sin que me molesten con tonterías? Quizás yo mismo provoqué esto al decir en el evento para empleados que mi puerta siempre estaba abierta y que podían acudir a mí siempre que tuvieran dudas, en cualquier momento. Había pronunciado esas palabras con honestidad, sin embargo, no esperaba que la situación se saliera de control de esta manera.

Molesto, decido abandonar mi entrenamiento en el gimnasio y comenzar mi circuito de *jogging* por el hotel y la playa un poco más temprano. Antes de eso, coloco mi móvil en silencio para que al menos no me molesten con llamadas ni mensajes.

Comienzo a trotar y mis pensamientos se dirigen a Rosie. El sexo fenomenal de anoche me da vueltas en la cabeza. Pero qué noche. Literalmente puedo revivir frente a mis ojos la manera en que Rosie se tumbó en mi cama y se entregó completamente a mí. Ella sabía muy bien lo que estaba haciendo, no se comportaba como si estuviera fuera de sus sentidos. Sus movimientos me parecieron totalmente naturales, sin esfuerzo alguno.

Pero hoy ella ya no recordaba nada. Eso me abrumaba y complicaba las cosas aún más. Sin embargo, el puro hecho de tener tales escenas mentales provocó que corriera por la playa con una enorme erección escondida dentro de mis pantalones deportivos.

Sonrío al recordar que antes solía usar pantalones cortos y holgados para correr, hasta hace unos años que descubrí los pantalones cortos ajustados.

¿Cuán pronunciada se vería mi erección si aún utilizara los pantalones cortos holgados?

Aquél gracioso pensamiento se evapora cuando pienso en el resultado de nuestro reencuentro en mi oficina. Estoy enfadado conmigo mismo. La forma en que la toqué mientras sufría el ataque de tos, su piel delicada y suave, me hicieron enloquecer por completo. Me dejé guiar por mi lujuria y excitación, pues realmente quería sentir a Rosie otra vez. Me hubiera encantado hacerlo en la oficina, de inmediato. Pero ¿por qué no fui más cauteloso? ¿Por qué la confronté tan rápidamente respecto al sexo de anoche? La próxima vez que nos encontremos, definitivamente tendré más cuidado.

Dejo la playa atrás. Ahora corro alrededor de la espaciosa área de la piscina, pasando a un lado de las palmeras y tumbonas alineadas. Fui consciente al decidir recorrer esta ruta, pues aún reconozco el sitio exacto en donde vi a Rosie recostada con su amiga ayer. Sin embargo, en esta ocasión me acerco al sitio desde una dirección diferente, tan solo en caso de que ambas se encuentren en el mismo sitio; de esta forma, no podrán verme antes que yo a ellas y escabullirse. Aunque la verdad es que nada de esto tiene sentido. Después de la conversación que tuvimos en mi oficina, muchos de mis esfuerzos ya no tienen sentido.

En cuanto me acerco a las tumbonas, noto que todas están ocupadas. Me detengo un momento y miro alrededor durante unos segundos. No puedo ver a Rosie por ningún lado. Parece que ahora mismo no se encuentra junto a la piscina.

Decido dejar de correr y recorrer el resto de mi circuito caminando. Reduzco la velocidad, pues me dispongo a girar en una esquina pequeña y bulliciosa. Entonces sucede…

Choco contra una joven que repentinamente decide cambiar el rumbo de su trayectoria. Ambos tropezamos el uno con el otro, pero a pesar de la tragedia, tenemos suerte: caigo sobre la suave hierva junto al camino peatonal. La joven cae encima de mí, probablemente porque inconscientemente me aferré a ella en un intento por asirme a algo.

—Discúlpame, por favor, no vi que… —escucho comenzar a decir a la mujer con una voz que yo conozco muy bien. Su cabeza yace sobre mi pecho. Entonces ella me mira.

No puedo creer lo que ven mis ojos: la mujer con la que he tropezado y que ahora está sobre mí es Rosie. ¡Qué casualidad! Esto no puede ser solo una coincidencia. Ambos estamos un tanto sorprendidos por este encuentro tan abrupto y permanecemos mirándonos a los ojos durante unos segundos.

Puedo sentir la mirada de Rosie sobre mí. Ella tampoco está evitando mi mirada. Sus maravillosos ojos me hechizan y lanzo todos mis planes de recato por la borda. No puedo evitarlo. Esta mujer es la locura pura.

Después de un momento, levanto la cabeza lentamente y me muevo en dirección a su boca. Rosie permanece inmóvil. Interpreto esto como un consentimiento y, sin más preámbulos, beso sus suaves labios. Es un beso maravilloso. Sus labios tienen sabor a fresa y siento como si casi pudiera darles un mordisco.

Pero de pronto Rosie se separa de mí, se pone de pie de un salto y me mira con conmoción.

—¿Todo bien? —le pregunto, mientras me levanto y me quito algunos recortes de césped del atuendo deportivo.

—¿Por qué me besas así? —me pregunta energéticamente, llevándose las manos a las caderas—. ¿No crees que ya estoy suficientemente confundida con todo esto?

Levanto las manos a manera de disculpa y respondo medio en broma—. Me atrapaste. Me declaro culpable de tus acusaciones. Pero ¿me creerías si te digo que tan solo tengo buenas intenciones?

El tono sarcástico y juguetón en mi voz provoca que Rosie esboce una sonrisita. Sin embargo, rápidamente recupera el control sobre sí y parece estar pensando algo seriamente.

—Antes de que vuelvas a desaparecer, ¿me permites invitarte a cenar? —le pregunto directamente. En realidad, sé que planeé todo esto de forma sumamente diferente. Quería explicarle todo con calma. Y al momento siguiente estábamos el uno encima del otro. Y luego estábamos besándonos. Así que de alguna manera debía conseguir que Rosie me escuchara, al menos por un rato.

—No lo sé. ¿Qué dice Chantal al respecto? —responde Rosie secamente y me mira con ojos un tanto ponzoñosos.

—Chantal es historia —la miro. Planeo contarle todos los detalles respecto al divorcio, el cual entrará en vigencia en algún momento de la

próxima semana. Pero no quiero hacerlo aquí. No cuando todo me parece tan complicado.

—También me gustaría explicarte algunas cosas del pasado, si tan solo… —intento comenzar a explicarle la forma en que realmente sucedieron las cosas en ese entonces, pero Rosie me interrumpe.

—¿Entonces no te la follaste esa noche? ¿O hay algo más que explicar? —me pregunta Rosie con el rostro ardiendo al rojo vivo.

—Tú sabes eso tan bien como yo, pero… —miro a mi alrededor. Algunos de mis empleados se han detenido para escuchar nuestra conversación—. Me gustaría explicarte todo durante nuestra cena esta noche. Con calma. Solo nosotros dos. ¡Solo te pido una cena, Rosie! ¿Qué dices? —no quiero rogarle, ese no es mi estilo, pero esta mujer es demasiado fenomenal como para dejarla ir sin intentar explicarle la catástrofe de nuestro pasado.

Durante unos segundos nos miramos directamente a los ojos. Ninguno de los dos dice nada. Nuestras miradas son intensas y casi puedo palpar la tensión entre ellas.

—Vale —dice Rosie finalmente—. ¿Cuándo y dónde?

Puedo reconocer que sus labios están luchando en contra de esa pequeña y mágica sonrisa.

Capítulo 16 - Rosie

Vestida con un sencillo vestido de playa negro, un collar plateado y sandalias, me dirijo a encontrarme con Richard. Fui bastante consciente al decidir no usar nada elegante. No quiero que Richard piense que me arreglo de más tan solo para cenar con él. Tristemente, incluso después de mi intensa búsqueda en la habitación del hotel con Melissa, no logramos encontrar mi anillo. Y, por más que lo intento, no puedo deshacerme de la sensación de que ese tal Marc tiene algo que ver con todo esto.

La búsqueda de Melissa hoy al mediodía no fue exitosa. No encontró a Marc en ningún sitio y ninguno de los empleados conocía a alguien con ese nombre que trabajara en el bar. Eso me parecía extraño, pero sospechábamos que quizás estaba escondido y no nos había dicho su verdadero nombre.

Al principio me sentí increíblemente desesperada por el hecho de que la reliquia de mi abuela haya sido usurpada por un ladronzuelo en un hotel de lujo, sin embargo, Melissa logró tranquilizarme. Me aseguró que todo estaría bien y que encontraríamos mi anillo. No estaba segura de dónde obtuvo Melissa esta confianza y por qué, de alguna manera, me parecía como si protegiera al tal Marc, pero yo quería creer en sus palabras. ¿Quizás después de todo sí encontró a ese tío? No, de ser así seguramente me lo habría dicho. ¿O quizás pasó más entre ellos dos anoche, más de lo que Melissa me contó?

Aun así, Melissa continúa enfatizando el hecho de que su prometido y ella están para apoyarme con la situación en mi salón de manicura, diciéndome que ya no debo preocuparme más por eso y que disfrute de mi cena con Richard.

Aunque, ¿*disfrutar* es la expresión correcta? ¿Qué esperaba yo de esta cena? De alguna manera, ni yo misma tenía idea.

Tenía muchos sentimientos encontrados. Por un lado, todavía sentía por Richard la misma atracción que antes. Él seguía siendo igual de amable, cuidadoso y complaciente. Y luego estaban esos ojos. Las pocas veces en que nos habíamos visto durante estos días, su mirada me hacía sentir como

si yo fuera lo más importante para él en ese momento. Y eso no era algo que simplemente pudiera fingirse, ¿o sí?

Y, después, ese beso. Tan increíblemente sensual. Me hubiera encantado quedarme encima de él para siempre, pero entonces mi mente se puso en marcha y me advirtió que tuviera cuidado. Porque había cierta situación con Chantal que ocurrió en el baile de graduación, interponiéndose entre nosotros. ¿Por qué hizo eso Richard? ¿Quizás haya algo de verdad en aquellos rumores en donde se decía que estaba totalmente ebrio? Sin embargo, ¿eso lo excusa de los daños? ¿Por qué nunca volvió a contactar conmigo después?

La esperanza de finalmente obtener respuestas a todas mis peguntas, las palabras de aliento de Melissa asegurándome que encontraremos mi anillo y solucionaríamos la situación con mi salón de manicura, me impulsaron a aceptar su invitación a cenar. Cómo transcurriría la velada… ni siquiera podía imaginarlo.

Cuando llego al edificio principal, miro hacia atrás una vez más. Puedo ver como el brillante sol rojo allá lejos en el horizonte comienza a desaparecer en el mar. Una vista fenomenal que crea una sensación acogedora y de seguridad dentro de mí.

Richard me espera en la terraza privada de su *suite*. Cuando llamo a la puerta, me recibe un camarero con el clásico paño blanco de cocina colgando del antebrazo. Con una pequeña reverencia, me lleva a la terraza. La escena me parece como si hubiera salido de una película. No puedo evitar sonreír al ver al camarero y su atuendo.

Richard ya se encuentra fuera en la terraza; recargado en la barandilla, mirando al mar y admirando la puesta de sol. No parece haberse percatado de mi llegada, pues luce absorto en sus pensamientos. Nuevamente noto lo musculosos que son sus brazos y su cuello. Realmente se ve bien, debo admitirlo. ¿Acaso debajo de esa camisa se esconde un abdomen perfectamente tonificado?

Dejo esos pensamientos de lado e inmediatamente mi mirada cae sobre la mesa que está en medio de la terraza, elegantemente dispuesta para dos personas. En ella hay una cantidad significativa de platos, vasos y cubiertos; al menos uno para cada tiempo de la cena. Justo en ese momento siento cómo mi estómago comienza a quejarse y me percato de que no he comido nada en todo el día.

—Hola, Richard —lo saludo e intento sonar lo más amistosa posible para evitar que la conversación vaya en una dirección no deseada o con el tono equivocado.

Richard se estremece brevemente y entonces me responde—. Hola, Rosie. No te escuché llegar. Me alegra mucho que estés aquí —me sonríe, se acerca a mí y coloca su fuerte y cálida mano sobre mi antebrazo mientras me propina un beso en cada mejilla, a modo de saludo. Entonces retrocede un paso y nos miramos. Sus ojos son intensos y no puedo desprenderme de ellos. ¿Será consciente de cuánto disfruto que me mire así?

—Siempre lenta y silenciosa —le sonrío y me vuelvo a advertir a mí misma que debo tomarme las cosas con calma.

—Por supuesto, por eso el beso fue en las mejillas y no en la boca —me dice mientras me guiña un ojo y esboza una sonrisita—. Incluso saludo así a mi madre, si eso te tranquiliza un poco.

No puedo evitar reírme.

—Te ves hermosa esta noche, por cierto. Me gusta tu vestido. —Puedo sentir la mirada de Richard observándome de cerca, y de pronto me invade una sensación de calor como si pudiera percibir exactamente la zona que Richard está admirando.

—Me alegra. Gracias —respondo un tanto cortante. Él me mira como si realmente estuviera hechizado y no pudiera dar crédito a sus ojos.

—Siéntate. Pidamos un aperitivo por ahora para admirar lo que queda de la puesta de sol. ¿No es hermosa? —Richard me acompaña hasta mi silla y la coloca bajo mi trasero. Luego toma asiento frente a mí.

—Sí, es una vista realmente hermosa —miro los últimos destellos al rojo vivo hundiéndose en el mar. Una escena espectacular.

—Realmente me alegra que hayas aceptado mi invitación y tengas disposición de escucharme… —comienza Richard, pero inmediatamente es interrumpido por el camarero, quien nos sirve las entradas: carpacho de ternera con finas tiras de verduras y un delicioso vino de acompañamiento. El plato está servido con delicadeza y contiene decoraciones de selectas hierbas frescas. Un aroma delicioso me invade la nariz y se me hace agua la boca. Aun así, espero para escuchar lo que Richard estaba a punto de decirme.

—Muchas gracias —le dice al camarero, quien asiente en silencio y se retira—. Podemos comenzar a comer. Se ve fantástico, ¿no? —Asiento y

ambos nos sentamos en silencio por unos momentos, saboreando de la deliciosa comida. Todo está fenomenal. No recuerdo la última vez que comí algo así de exquisito, por lo que disfruto de cada bocado. Richard parece opinar lo mismo. Nos miramos una y otra vez. El silencio y las pequeñas miraditas discretas son reconfortantes. No es un silencio incómodo. Es como si la intimidad entre nosotros nunca hubiera desaparecido. ¿Por qué no puedo sentirme realmente enfadada con él por todo lo que sucedió en el pasado?

—Tan solo quiero que sepas que por un momento creí que eras tú con quien tuve sexo esa vez —dice Richard de repente. Casi me atraganto con el carpacho, pero por suerte pude evitar ahogarme. De verdad no esperaba que Richard fuera al grano tan rápido. Sin embargo, también me alegra que lo haya hecho. Eso nos ahorra la charla sin sentido, en la cual no soy realmente buena, de cualquier manera.

—Qué… quién… ¿a qué te refieres con eso? —pregunto después de lograr tragarme el bocado de carpacho y dejar los cubiertos a un lado de mi plato.

—Bueno, a nuestro baile de graduación. Ya sabes que yo estaba bastante borracho —Richard pone los ojos en blanco.

—Lo sé. Creo que todos bebimos demasiado esa noche —respondo, aunque estoy segura de que yo estaba sobria aquella noche. Sin embargo, intento animarlo a que continúe hablando, pues tengo la sensación de que hay algo importante que debo saber. Algo que me ha causado muchas confusiones durante muchos años.

—Quería descansar un poco y me acosté por un momento en una de las camas de las habitaciones. Le pedí a un amigo que te enviara conmigo en media hora. Él lo habría hecho, pero probablemente Chantal también se percató de toda la situación….

Richard hace una pausa por un momento. Me mira directamente a los ojos y también deja sus cubiertos a un lado—. Por favor, dime más —lo animo.

—Debo haberme quedado dormido bastante rápido. Cuando desperté, Chantal estaba conmigo. Estaba totalmente desnuda y subida encima mío…

Vuelve a hacer una pausa.

—Dios mío, qué puedo decir… yo estaba ebrio, estaba caliente y sus tetas eran enormes. Entonces comencé a tocarla. Esa perra sabe cómo

manipular a los hombres. —Richard deja caer su puño sobre la mesa, lo cual provoca que los platos vibren ligeramente y yo me sobresalto.

Definitivamente no esperaba este tipo de arrebato emocional. Richard parecía seriamente arrepentido.

—¿Cómo? ¿Eso es todo? —pregunto, asombrada.

—Sí, eso fue todo… y justo en ese momento se abrió la puerta y entraste a la habitación para ver a Chantal desnuda, de rodillas encima de mí con mis manos en sus pechos —me explica, arrepentido.

—Entonces, espera… —mis pensamientos se aceleran y mi corazón late desbocado—. ¿Eso significa que vosotros no…? —la voz me tiembla a punto de quebrarse, por lo que me veo obligada a dejar la frase en el aire.

—Así es. No hicimos nada esa noche —Richard asiente con la cabeza—. Saliste corriendo de inmediato. Yo estaba tan ebrio y ni siquiera estaba totalmente despierto. Primero tuve que levantarme y deshacerme de Chantal. Cuando logré llegar a las escaleras, ya habías desaparecido.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada entonces? —pregunto en voz baja—. Podríamos haber aclarado toda esta situación rápidamente.

—Quería hacerlo. Intenté contactarte después del baile. Pero todos cortaron contacto conmigo. Tus padres, tus amigos. Todos dijeron que no podían o querían ayudarme. Luego, en cierto punto, simplemente me di por vencido y asumí que estabas haciendo todo lo posible por evitarme —Richard suspira brevemente.

—¿De verdad? No tenía idea de nada de esto —lo miro con los ojos abiertos como platos y, de pronto, me parece que tiene sentido por qué no volví a saber nada de él en ese entonces.

—Quiero solucionar toda esta mierda. Sé que estuvo mal lo que hice —me dice.

—Y yo quiero creerte —susurro.

—Desde que nos reencontramos, no he podido dejar de pensar en ti —me susurra y puedo sentir su pie acariciándome la pierna por debajo de la mesa. Al principio me estremezco ligeramente ante su repentino tacto, pero después disfruto de la ternura con la que me hace caricias utilizando la planta de su pie.

—Debo admitir que la situación en el club… no sabía cómo reaccionarías la primera vez que nos encontráramos. Jamás habría esperado que termináramos en la cama de inmediato. Pero desde entonces no puedo

pensar en nada que no sea el sexo contigo. —Siento cómo mis mejillas se sonrojan y el corazón se me acelera en cuanto Richard pronuncia esas últimas palabras. Sin embargo, esta reacción no es porque me sienta avergonzada, es todo lo contrario…

—Rosie, te deseo. —Se inclina sobre la mesa, coge mi mano y me mira profundamente a los ojos—. Te deseo ahora y siempre te he deseado tan solo a ti.

Mis rodillas comienzan a temblar y entonces soy consciente de que esto es justamente lo que quiero. Por eso es por lo que estoy aquí. Pero ¿puedo confiar en sus explicaciones y perdonarlo por el pasado? ¿Qué pasaría si pierdo esta oportunidad ahora? ¿Me culparé a mí misma por el resto de mi vida? Me llevo una mano al cuello y siento cómo la tensión se ha extendido hasta ahí.

Richard se queda sentado en silencio. Se incorpora, camina alrededor de la mesa y se queda de pie justo detrás de mí. ¿Acaso eso que siento es una erección en sus pantalones? No, mis sentidos tan solo deben estarme jugando una mala pasada. Pero ¿qué está tramando Richard?

—Te ves tensa. ¿Te parece si te doy un masaje? —me dice. Sin embargo, no espera por mi respuesta y lentamente comienza a masajear mis hombros. Richard sabe exactamente qué hacer, pues encuentra los sitios correctos y aplica la presión suficiente como para causar un efecto relajante y antiespasmódico en mi cuerpo. Se me escapa un pequeño suspiro de relajación.

—Oh sí, se siente genial —susurro.

Richard me masajea el cuello y los omóplatos por aproximadamente diez minutos más. Intento disfrutar del momento y dejar de lado todas mis demás dudas. Con cada nuevo tacto de sus manos sobre mi piel, soy más consciente de cuánto deseo a Richard también.

Finalmente, mi lujuria toma el control. No puedo evitarlo—. Muéstrame lo que hicimos ayer —le susurro en voz baja.

Parece ser justo la señal que Richard estaba esperando—. Será un placer, Rosie —me susurra al oído. Me besa el cuello y desliza sus manos suavemente desde mis hombros hasta mis pechos. Se me escapa un suave gemido. Estoy llena de anticipación y realmente deseo a Richard en estos momentos.

—Ven —me dice cogiendo mi mano para llevarme con él a su *suite*.

Caminamos juntos hasta su habitación. Aunque sé que de acuerdo a su historia tuvimos sexo anoche, eso no evita que ahora se me acelere el pulso. ¿Se sentirá él de la misma manera?

Pero no puedo pensar mucho más en ello. Tan pronto como Richard cierra la puerta de la terraza detrás de nosotros, coge mis caderas por ambos lados y me besa. Esta vez en la boca. Su beso se siente cálido y varonil. Puedo sentir su lengua por primera vez. Reprimo un gemido, el cual se me escapa al sentir lo mucho que Richard me desea y lo mucho que eso me gusta. Oh, Dios, cuánto tiempo he imaginado cómo sería estar con él.

Richard desliza uno de los tirantes de mi vestido por debajo de mi hombro y besa la piel desnuda de mi cuello y hombro. Echo la cabeza hacia atrás y disfruto de su suave tacto.

—Joder, eres tan hermosa —me susurra al oído. Su voz en mi canal auditivo provoca que un cosquilleo me recorra el cuerpo entero. Paso mis manos por su cabello y acaricio su espalda.

—Vamos, quiero saborearte —me dice con una sonrisa y levantando un dedo índice mientras me mira directamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir…? —pero Richard no me permite terminar mi frase, pues me levanta sin previo aviso y me lleva en sus brazos hasta su cama, en donde me deja caer suavemente—. Richard, ten cuidado —le digo, algo preocupada.

—Lo seré, si te quitas el vestido —me dice con voz firme y yo obedezco sin rechistar. Mientras tanto, él termina de bajarme los tirantes por los hombros y yo termino de sacarme el vestido por los tobillos.

—Tan solo recuéstate y relájate —lo escucho decir. Entonces abre mis piernas y sumerge la cara entre mis muslos. Siento sus labios acariciar el interior de mis piernas. La sensación es simplemente fenomenal. Realmente me saborea de una manera gentil y cariñosa.

Sus manos se deslizan cuidadosamente de los costados de mis muslos al interior. Con su mano derecha acaricia con delicadeza mis labios externos y entonces me doy cuenta de lo húmeda y excitada que me encuentro. —Mmmmm.

Entonces juguetea con habilidad alrededor de mi clítoris, acariciándolo con suavidad ocasionalmente. Una y otra vez hace pausas y después recorre todo mi coño nuevamente, como si no pudiera tener suficiente de él.

De pronto, siento la penetración de sus dedos.

—Ohhh, sí… —grito, envuelta en una ola de lujuria. Richard introduce sus dedos más profundamente en mí y los hace girar de un lado a otro. Mi pelvis se tensa para sentir aún más. Richard mueve los dedos lentamente hacia atrás y después hacia dentro de mí, tan profundo como le es posible. Mientras tanto, con la otra mano continúa jugueteando con mi clítoris.

—Oh, Richard, eso se siente genial —echo la cabeza hacia atrás mientras grito con lujuria. Ningún hombre antes me había provocado semejante placer utilizando tan solo los dedos. Realmente es asombroso.

—Joder, estás tan mojada —lo escucho decir y después nos miramos fijamente a los ojos. Y ese momento de miradas largas y apasionadas entre nosotros lo dice todo. Él también está completamente excitado y puedo ver la erección dentro de sus pantalones.

Entonces Richard vuelve a hundirse entre mis piernas abiertas y siento cómo saca sus dedos dentro de mí. Por un momento no sucede nada y me pregunto qué pasa, pero entonces mi lujuria explota. Richard me penetra con su lengua cálida, llegando tan profundo dentro de mí como le es posible. Luego besa y acaricia los labios de mi coño, sin olvidarse del clítoris, provocándome gritar con fuerza, llena de placer. Me penetra una y otra vez con la lengua, de modo que casi comienzo a sentir espasmos en las piernas. Realmente no sé cuánto tiempo más podré aguantar semejante nivel de placer.

—Quédate así. Quiero follarte —dice Richard de repente. Me suelta, se pone de pie frente a mí en la cama y se desnuda por completo. Por un momento se queda simplemente de pie y yo me obligo a sonreír y morderme el labio inferior. Pero qué vistas.

—¿Qué pasa? —me pregunta Richard, quien también sonríe y ha visto la lujuria en mi mirada.

—Oh, es que justo me preguntaba si tu abdomen estaría así de tonificado —respondo.

—Pues tenías razón —responde y se acerca al borde de la cama.

Estoy a punto de sentarme y arrastrarme hacia él cuando Richard me pide que permanezca acostada. Su miembro está erguido entre sus piernas, majestuoso. Richard abre un poco más mis piernas.

—Mmmm… ohhh, sí —se me escapa nuevamente cuando siento su polla dura dentro de mí. Richard también gime en voz alta. Tengo la

sensación de que ningún hombre nunca había estado tan profundamente dentro de mí. Al menos no como Richard en estos momentos.

Él sigue de pie frente al borde de la cama. Su cama de tamaño *King* parece tener la altura perfecta para que yo yazca cómodamente en ella mientras él está de pie frente a mí, penetrándome con fuerza.

Con un ritmo cada vez más acelerado, Richard me embiste mientras yo pongo las piernas al aire para que pueda entrar cada vez más profundo dentro de mí. Nunca había hecho algo como esto antes, pero ahora simplemente me vino a la mente y se siente fenomenal.

Después de unas cuantas embestidas más, mis gemidos se convierten en gritos. Richard, a quien ahora le entrego mi culo, pone sus manos en mis caderas y me acerca a él. Casi se siente como si estuviéramos derritiéndonos dentro del momento.

—Quiero verte mientras lo hacemos —me dice finalmente. Sin sacar su polla de mi interior, vuelve a ponerme de espaldas. Con sus suaves labios besa mis pechos y me muerde ligeramente los pezones mientras los lame.

—Ahhh… Dios… —grito e instintivamente estiro los brazos para asirme de las almohadas mientras la mano derecha de Richard continúa masajeándome el pecho izquierdo. Siento como si él estuviera en todas partes. Sus labios, sus manos, su respiración, su polla. Richard está por todo mi cuerpo. En ese momento siento una oleada de lujuria que me inunda y el cuerpo me tiembla incontrolablemente. Dejo escapar toda mi lujuria con un grito mientras Richard me lleva hasta el orgasmo.

Mi fuerte gemido parece excitar a Richard. Acerco mi pelvis para que él pueda estar tan dentro de mí como sea posible. Eso parece gustarle a él y me hace sentir bien el poder excitarlo aún más. Después de unas cuantas embestidas más, es Richard quien gime en voz alta y se corre profundamente dentro de mí.

Exhaustos, nos recostamos uno encima del otro y nos besamos. Puedo sentir cómo sus labios saben a mí, pero no me importa. Después de unos momentos, Richard saca su polla de mi interior y me mira. Como dos amantes, nos miramos a los ojos durante mucho tiempo, mientras un agradable silencio nos envuelve haciendo que el comienzo de esta noche sea mágico.

Capítulo 17 - Richard

—¡Hombre, pero qué noche!. —Ese es mi primer pensamiento en cuanto me despierto a la mañana siguiente en mi cama y miro a través de las enormes ventanas, por encima de las barandas de la terraza para admirar el brillante cielo azul. Hoy parece ser un agradable y cálido día de noviembre. Probablemente demasiado caluroso, de hecho, pero es justo por eso que amo tanto esta área.

¿Podría imaginarme viviendo de nuevo en la cambiante ciudad de Nueva York? La verdad es que no. Pero debo admitir que, extrañamente, después de que Rosie se marchara ayer, tuve que pensármelo dos veces. Es una locura el tren de pensamientos que puede desencadenar tan solo una noche.

Me impulso a mí mismo a mantener la calma, no apresurar pensamientos y, en cambio, simplemente disfrutar de mi tiempo aquí con Rosie. Ayer, antes de que ella se marchara a su habitación, acordamos volver a encontrarnos esta noche.

Doblo el edredón, atravieso mi dormitorio hacia la sala de estar de la *suite* y finalmente llego al espacioso baño con ducha a ras del suelo y un hermoso patrón de mosaicos de piedra. Una vez ahí, me quito los calzoncillos y disfruto del agua que me recorre toda la cara y el cuerpo. Los momentos de anoche vuelven a pasarse por mi cabeza.

Realmente puedo revivir frente a mí la manera en que Rosie reaccionó al enterarse de que Chantal y yo no tuvimos relaciones sexuales durante esa fiesta. Cómo se dejó caer en la cama, llena de lujuria. El sabor de su coño y lo húmedo que estaba cuando la penetré con mi polla.

Mientras tengo la mirada clavada en el suelo y me enjabono todo el cuerpo con gel de ducha y champú, me percato de mi enorme erección, provocada tan solo por pensar en la noche anterior.

Juego un poco con mi polla y también la cubro de espumoso jabón. Se me pasa por la cabeza que es una lástima que Rosie no esté aquí bajo la ducha conmigo.

Después del sexo, nos quedamos un rato uno al lado del otro en la cama y tan solo nos limitamos a observarnos. No creo que ninguno de los dos se

percató de cuánto tiempo permanecimos así. Me parecía como si fuera el comienzo… el comienzo de alguno nuevo, mágico…

Entonces comenzó nuestra maravillosa conversación. Rosie me contó todo lo que hizo después de graduarse y por qué ella y su amiga estaban aquí en mi hotel en Miami. Podría escucharla hablar durante horas. Me parecía como si no hubieran pasado diez años desde la última vez que nos vimos. También me encantaba cuando Rosie me hablaba de las cosas más mundanas. Me hizo sentir como el joven que yo era en ese entonces, pero, de alguna manera, más sabio, más maduro y feliz por todo lo que poseo ahora.

Tal como me lo dijo Rosie, este fin de semana era una especie de despedida de soltera para su amiga Melissa. Por eso le sugerí que volviera a su habitación a pasar la noche y el día siguiente con su amiga. En su rostro podía ver lo difícil que era para ella no quedarse y pasar la noche conmigo. Para mí no era diferente. Sin embargo, no quería cometer el mismo error que la última vez. En el pasado, la deseé demasiado. Me recosté en una cama y pedí que me trajeran a Rosie con la esperanza de que pudiéramos tener sexo, a pesar de que ella no estaba lista para todo eso.

Pero hoy yo era diferente. Ahora quería darle el tiempo suficiente. Si esto realmente era el comienzo de algo nuevo, entonces teníamos todo el tiempo del mundo a nuestro favor. ¿O no?

Cuando le sugerí que volviéramos a vernos para cenar y continuar con nuestra conversación, Rosie se emocionó a sobremanera. Se despidió con un beso apasionado y luego desapareció por la puerta de mi *suite*, caminando con su lindo vestidito y sus sandalias.

Cierro la llave del agua y comienzo a secarme con una de las esponjosas toallas blancas del hotel. Mi mirada se posa en un pequeño neceser de color rosa que está escondido detrás de la pila de papel higiénico. La bolsa pertenece a Chantal y seguramente debió haberla dejado aquí en algún momento, con la esperanza de poder visitarme más a menudo después de aquellas dos ocasiones en las que tuvimos sexo.

¿Estaría bien confesarle a Rosie que volví a los brazos de Chantal a causa del dolor? Por el momento estoy convencido de que es mejor no decírselo, sin embargo, también sé que no quiero ocultarle nada y se lo explicaré en algún momento. Simplemente no sé cuándo ni cómo. Pero estoy seguro de una cosa: si se lo hubiera contado anoche, nuestra velada

habría transcurrido muy diferente. Por otro lado, ¿estaba realmente seguro de ello?

Después de todo, el asunto con Chantal ya era historia. Nuestro divorcio sería definitivo la semana que viene, Chantal recibiría su dinero y entonces no tendríamos absolutamente nada que ver el uno con el otro. Literalmente puedo sentir el alivio que me trae esta decisión. Ya estaba total y absolutamente harto de aquella mujer. ¿En qué carajos estaba pensando al casarme con ella?

Bueno, en ese entonces yo era joven y mi única guía era mi polla. De alguna manera, hoy en día todavía es así, sin embargo, ahora pienso las cosas dos veces. Al menos hasta el día de ayer. Con Rosie todo es diferente. Por supuesto que también quería tocarla, sentirla y repetir el fenomenal sexo de ayer por el resto de mis días, pero también estaba completamente extasiado por el hecho de mirarla y escucharla hablar.

Con Chantal todo había sido diferente. Ella era una bomba en la cama, de eso no cabía duda. Pero tan pronto como abría la boca, era una tía realmente insoportable. Creo que, después de todo, la manera en que veía a las mujeres cambió totalmente tras mi ruptura con Rosie. Una mujer tenía que complacer a un hombre. Punto. Y como yo no tenía otra expectativa más que el sexo, me casé con Chantal.

Visto desde mi mentalidad actual, me parece completamente absurdo, sin embargo, mis padres son estrictos miembros de los testigos de Jehová. En sus prácticas, el sexo antes del matrimonio está prohibido. Como en ese entonces mis padres aún jugaban un papel sumamente significante para mí y yo ya no quería jugar más a las escondidas para follar, Chantal y yo nos casamos tres semanas después en una iglesia cualquiera. Fue totalmente descabellado. Ni siquiera teníamos puesta ropa elegante. No tuvimos testigos y no llegamos a la iglesia en un coche decorado con flores. La boda fue más rápida que pedir una cajita feliz en McDonald’s. Solo que no teníamos ni hamburguesas ni pastel de bodas, sino un certificado de matrimonio.

Luego comenzaron los típicos años llenos de altibajos dentro del matrimonio, a los que probablemente estábamos condenados desde un inicio. Me parece que vivimos separados más tiempo del que compartimos la misma casa. E incluso cuando vivimos juntos, era más como simplemente coexistir el uno con el otro. Después de todo, ¿de qué podía

conversar con ella? Simplemente no me importaban los programas basura de la televisión que ella miraba durante todo el día, o qué celebridad se había casado o divorciado con quién. A Chantal simplemente le encantaba ver la vida de los demás. Y el sexo. Y eso era todo, realmente.

Y yo sé muy bien que fue solamente el sexo lo que nos mantuvo juntos después de todos nuestros intentos fallidos. Mientras yo construía estos hoteles y los rediseñaba de acuerdo a mis principios, a veces trabajaba de dieciocho a veinte horas al día. Que Chantal me la chupara o que hiciéramos un trío con una amiga suya era la mejor bienvenida cuando yo volvía exhausto a casa.

Pero con el pasar de los años, sistemáticamente logré expandir mi negocio y paulatinamente comencé a tener más tiempo libre. Lo cual implicaba tener más tiempo para estar con Chantal… lo cual comenzó a revelarme que casarme con ella fue la decisión equivocada.

Cojo el neceser, le tomo una foto y se la envío a Chantal. Bajo la fotografía escribo un mensaje, sin ningún tipo de saludo o despedida: *¿Quieres que lo envíe por correo o lo tiro a la basura?*

Me convertiré en el demonio si tengo que volver a encontrarme con ella en persona. La verdad es que no vale la pena. En lo absoluto. Ahora todo es diferente. Desde que volví a reencontrarme con Rosie, todo es diferente. Las cosas con Chantal finalmente terminaron de manera definitiva.

Su respuesta es casi inmediata. Mi móvil vibra y me de pronto me encuentro mirando una fotografía en donde se aprecia la parte interna de los muslos de Chantal y su coño afeitado. *¿Hay algo ahí que me sirva para esto? De ser así, ¡entonces tráelo, esposito mío!*

Pongo los ojos en blanco y, molesto, ignoro el mensaje. Este tipo de actitudes son exactamente las que me ponen al rojo vivo. Chantal siempre se las arregla para ignorar los hechos y transformar todo en sexo. Ella sabe muy bien que el divorcio entrará en vigor la próxima semana. Sus mensajes todo el tiempo asemejan como si fuésemos una pareja de enamorados aún hechizados por la magia del sexo. Yo ya estoy cansado de las discusiones interminables en WhatsApp. Estoy exhausto de intentar enseñarle algo de moral y decencia. Chantal hace y siempre hará lo que le plazca, ya lo he entendido. Así que la mejor solución es simplemente ignorar su comportamiento.

Me tomó bastante tiempo comprenderlo. Pero, con práctica, me he vuelto bastante bueno y esta mañana me parece increíblemente sencillo.

Me visto para prepararme para la jornada cuando mi móvil comienza a sonar. ¿Quizás sea Chantal? ¿Me está llamando otra vez? De verdad, cada vez se vuelve más insistente. Sin embargo, cuando miro la pantalla me doy cuenta de que es Óscar quien me llama. Acepto la llamada, lleno de curiosidad, pues estoy ansioso por saber lo que ha dicho el posible comprador de mi hotel.

—Hola Óscar, que bien tener noticias tuyas —lo saludo.

—Buenos días, Richard. Espero no haberte despertado.

—No, no te preocupes. Ya estoy despierto. Dime, ¿hay noticias para mí? —pregunto con curiosidad.

—Sí, amigo. Pero no sé si te gustarán —Óscar se despeja la garganta brevemente.

—¿A qué te refieres? ¿El interesado se retractó? ¿No le gustó el hotel? —pregunto con preocupación.

—No, no es eso. Aunque debo admitir que me sorprendió un poco que nos dejaras solos en el área VIP para ir a besuquearte en tu propia pista de baile y después desaparecer con una hermosa desconocida —responde Óscar.

—Oh, sí. Sí que era hermosa, ¿o no?

—Sí, lo que sea —responde Óscar quien, como siempre, tan solo tiene cabeza para los negocios. ¿Alguna vez lo he visto con alguna mujer? Es un buen tipo, pero sus ojos tan solo ven el dinero. ¡O quizás él sea…! No, jamás me ha comentado nada al respecto.

—Bueno, de cualquier manera, el cliente potencial ahora parece pensar que acabas de enamorarte y esa es la razón por la que quieres vender el hotel. Así que me dijo que lo comprará, pero por un 35% menos del precio que te ofertó inicialmente —finaliza Óscar.

—¿Qué? ¡Eso es ridículo! Tan solo porque me divertí un poco, ¿no quiere pagarme el precio completo? —respondo con un volumen considerablemente alto. Siento como la ira sube por mi estómago con la velocidad de un rayo.

—No pude evitarlo, Richard. Y me gustaría que no me reventaras los tímpanos, ¿vale?

—Sí, lo siento. Tienes razón. Pero dile que no estoy interesado en negociaciones. Él es apenas el primer interesado y estoy seguro de que habrá muchos más. ¿O no, Óscar?

—Sí, eso podría ser —responde Óscar, pensativo.

—¿No estás seguro? —pregunto un tanto sorprendido.

—No estoy seguro de cómo reaccionará el próximo cliente durante la visita. ¿Aparecerá otra mujer, Richard?

—Espera, tómatelo con calma, Óscar. Eso tan solo fue un… —hago una pequeña pausa para encontrar las palabras adecuadas—. Una vieja amiga que volví a encontrarme por casualidad después de mucho tiempo, ¿vale?

—Vale. Así se lo diré. Pero espero poder hacer algo al respecto —responde Óscar y entonces nos despedimos.

Dejo el móvil a un lado. Y vuelve a sonar casi inmediatamente.

—¿Qué pasa ahora? —digo sin realmente mirar el teléfono, pues en mi mente me parece somo si aún continuara hablando con Óscar.

—Señor Evans, disculpe. Pero el pago de seguro para su hogar está por vencerse pronto —al otro lado de la línea escucho una voz familiar que habla con una molesta mezcla de español e inglés. Es José.

—¿Qué quieres, José? —pregunto, enfadado.

—El dinero del seguro, señor Richard. Tiene que devolvérmelo —responde con brusquedad.

—Me importa un carajo. Y ahora vete y déjame en paz gilipollas —le grito al móvil y finalizo la llamada.

De verdad fue un error hacer negocios con él, ¿o no? Espero que al menos no envíe a ninguno de sus secuaces para respaldar su solicitud de cuota militar, tan solo como medio de prevención. Después de todo, nunca se sabe lo que puede estar tramando un mexicano loco y codicioso.

Capítulo 18 - Rosie

'I got this feeling inside my bones. It goes electric, wavy when I turn it on….'

Por una fracción de segundo, siento como si estuviera viviendo un *déjà vu.* Al igual que la mañana anterior, el tono de llamada de mi móvil me arranca abruptamente de mis sueños. Miro a un lado y mis ojos se encuentran con la mesita de noche, intacta, sobre la que mi móvil gira ligeramente alrededor de su propio eje a causa de las vibraciones de mi alarma. Adormilada, me froto los ojos para despertar completamente.

Ayer al mediodía, Melissa se encargó de reemplazar la mesita de noche destrozada por una nueva. Antes de irme a la cama, me dijo que una agradable mujer de mediana edad del personal del hotel reemplazó el mueble roto sin decir nada al respecto. Melissa me dijo que quizás esa era una de las ventajas de los hoteles de lujo: no había grandes escándalos ante situaciones como esta.

De alguna manera, eso me hacía preguntarme muchas cosas. ¿Realmente eso fue lo que ocurrió? ¿O quizás Melissa me está ocultando algo? Después de todo, no somos huéspedes VIP dentro del hotel, y son ellos a quien realmente se les permite romper los muebles y, a cambio, el personal les aplaude y pide sus autógrafos.

Mi móvil continúa sonando sin cesar. Finalmente, cojo el dispositivo y me pregunto quién me despierta esta vez. Al igual que ayer, es mi arrendador quien me llama.

Siento el corazón pesado al pensar en mi pequeño salón de manicura, e imagino cómo debe estar ahora. ¿Realmente fue la decisión correcta quedarme aquí y no volver a Nueva York inmediatamente? Pero ¿qué podría haber hecho estando allá? ¿Examinar los fragmentos carbonizados de mi local? Melissa tenía razón al decir que las compañías de seguros no cuentan con personal suficiente para trabajar durante los fines de semana y probablemente tan solo me proporcionarían información inservible e insuficiente. Ayer intenté llamarles dos veces y tan solo me dijeron que se pondrían en contacto conmigo el lunes. Sin embargo, Melissa ya me había ofrecido su ayuda en repetidas ocasiones.

Entonces decido que no tengo ganas ni disposición para tener esta conversación con mi arrendador, así que oprimo el botón de 'Rechazar llamada' y miro las opciones de mensajes predeterminados que se muestran en pantalla inmediatamente. Necesito elegir una para asegurarme de que mi arrendador no continuará llamándome cada cinco minutos. Me decido por *¡Ahora no puedo hablar!*, así que selecciono el mensaje y lo envío.

¿Por qué me llama un domingo por la mañana? Mientras pienso en esto, miro la pantalla de mi móvil y me doy cuenta de que son casi las once. ¡Vaya! ¿De verdad dormí tanto? ¿Y por qué Melissa no me despertó? Ayer acordamos empezar el día en la piscina.

La noche que pasé con Richard me se pasa por la cabeza. De pronto, todos los recuerdos que me vienen a la cabeza como si fueran una película, me hacen sonreír. Después de ver las novedades en Facebook mientras todavía estoy en la cama, decido que es momento de despertar a Melissa para que podamos pasar juntas unas cuantas horas antes de volver a reunirme con Richard.

Ayer por la tarde Melissa fue sumamente comprensiva y me aseguró que podía pasar todo el día con Richard, si me apetecía. Eso realmente me hizo ver que es una amiga fenomenal, pero también me doy cuenta de que Richard tenía razón. Este era un fin de semana de mejores amigas, así que al menos deberíamos tener unas cuantas horas para pasar el rato juntas.

Tan solo después de dejar el móvil sobre la mesita de noche y girarme hacia la izquierda me doy cuenta de que la cama de Melissa está vacía. El edredón está tan arrugado que por el rabillo del ojo me pareció que había alguien acurrucado ahí. Sin embargo, no es así. Me incorporo de un salto y aparto el edredón de un tirón, para cerciorarme totalmente. La cama de Melissa está vacía—. ¿Melissa? —digo mientras reviso rápidamente el balcón y el baño de la habitación. No hay rastro de ella.

Cojo mi móvil una vez más para asegurarme de que Melissa no me ha escrito ningún mensaje. Pero todo es en vano: no tengo ni una sola pista de a dónde podría haberse marchado.

Abro el armario y me doy cuenta de que la maleta de Melissa también ha desaparecido.

—¡Joder! Melissa, ¿dónde estás? —se me escapa de la boca.

Recuerdo la manera en que Melissa me habló ayer de la inservible búsqueda de Marc y de que no debería preocuparme por recuperar mi

anillo. La situación ya me había parecido bastante extraña desde entonces. ¿Quizás debería haberle pedido que me contara más? Tan solo había tenido cabeza para pensar en Richard y nuestra cena. ¿Es posible que estuviera viendo, o no quisiera ver, lo que realmente estaba haciendo mi amiga?

De pronto, mi pequeño mundo parece desmoronarse. ¿De verdad fui tan ingenua como para ignorar toda la situación? ¿Es posible que Melissa se haya escapado con este tipo, quien se hace llamar Marc, porque realmente no quiere casarse con Darren? ¿O quizás es porque las cosas con Darren se están moviendo demasiado rápido y la idea de tener hijos tan pronto ha hecho que la relación se enfríe?

El corazón me late con fuerza cuando pienso que fue mi idea venir a Miami juntas y que realmente tuve que rogarle a Melissa para que me acompañara. ¿Qué le diría a su prometido al volver sola a Nueva York? *Lo siento, tu prometida se escapó con un joven barman del hotel… ah, por cierto, mi salón de manicura se incendió, ¿podrías ayudarme?*

El pensamiento me parece completamente absurdo y entonces me doy cuenta de que la desaparición de Melissa también implica que ya no tengo a nadie que me ayude a salir de la terrible situación con el salón. Después de todo, su marido es quien tiene todo el dinero. Sin boda, no hay ayuda. Así de sencillo.

Siento cómo el pánico comienza a invadirme y la maravillosa velada con Richard me parece sumamente distante. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Por un segundo me pregunto si podría pedirle ayuda a Richard con mi salón de manicura, pero inmediatamente descarto la idea.

Este fin de semana es la primera vez que nos reencontramos después de diez años. Y sí, es increíblemente atractivo, tal vez incluso más que en el pasado. Pero definitivamente no está bien acudir a él para solucionar mis problemas. Si lo hiciera, seguramente pensará que me fui a la cama con él tan solo por el dinero. Y no es así. Lo que hay entre nosotros es completamente diferente… al menos eso espero. Pero ¿qué es exactamente lo que hay *entre nosotros?*

Qué decepción, me digo a mí misma. Melissa desaparece y en lo único que puedo pensar es en la ayuda financiera que necesito para mi salón de manicura. ¡De verdad que soy una amiga egoísta! Sacudo la cabeza para deshacerme de todos estos pensamientos terribles. Yo no soy así y jamás quiero serlo.

Decido enviarle un mensaje a Melissa: *¿Dónde estás? ¡Estoy preocupada por ti!*

Después me siento en la cama y con los dedos tamborileo nerviosamente sobre el colchón, preguntándome qué debería hacer a continuación.

Capítulo 19 - Rosie

Ya han pasado casi treinta minutos desde que le envíe el primer mensaje a Melissa, y un par de mensajes más después.

Durante la espera, me paseé nerviosamente de un lado a otro de la habitación, pensando en qué debería hacer y con quién hablar. Entonces recuerdo a nuestra amiga en común, Annie, quien en estos momentos se encuentra bastante ocupada con su hijo. Por ello, nuestras llamadas últimamente son interrumpidas por los lloriqueos y gritos de su adorable bebé. Claro, el pequeño es una cosa preciosa, pero probablemente Annie no sea la persona adecuada para aconsejarme en estos momentos.

Después de sopesar mis opciones, decido ver a Richard. Él parece ser la única persona capaz de ayudarme a encontrar a ese tal Marc y recuperar mi pasaporte, el cual aún está dentro de la caja de seguridad de la habitación y cuya llave Melissa tenía consigo. ¿Cómo reaccionará Richard cuando me acerque a él pidiéndole ayuda con mis problemas justo después de la cena y la noche de pasión juntos?

Me coloco mis sandalias y estoy a punto de salir de la habitación cuando la puerta se abre repentinamente desde afuera. Sobresaltada, me giro y me encuentro con Melissa, completamente intacta, quien tira de su maleta.

—Melissa, gracias a Dios. ¿Dónde estabas? —le pregunto y corro a abrazarla.

—Oye, ¿todo está bien, Rosie? Estás muy alterada —me pregunta Melissa mientras deja su maleta dentro de la habitación, actuando como si fuera completamente natural escabullirse con todas sus pertenencias.

—Bueno, desapareciste. Justo como ayer. Solo que ahora sí recordaba la noche anterior a la perfección. ¿Dónde estabas y por qué te llevaste la maleta? —le pregunto con voz sospechosa mientras me llevo las manos a las caderas.

—Lo siento, Rosie. Tenía tanta prisa que no te escribí ningún mensaje. No estuvo muy bien de mi parte —se disculpa Melissa con voz conciliadora mientras inclina la cabeza.

—Sabes muy bien que no puedo enfadarme contigo cuando me miras así. Pero ¿dónde estabas, de cualquier manera? ¿No habíamos acordado en

pasar la mañana juntas? —vuelvo a preguntarle, pues no me rendiré hasta averiguar lo que está sucediendo con Melissa.

—Sí, tienes razón. Pero, estabas tan profundamente dormida y ayer nos fuimos a la cama tan tarde después de que me contaras tu velada con Richard… simplemente preferí dejarte dormir un poco más.

—Por favor, para con todo eso, Melissa. Sé honesta conmigo. ¿Tienes algo con este tal Marc? ¿Estás teniendo una aventura? Sabes que soy tu amiga y que puedes confiarme cualquier cosa. —De verdad deseo que Melissa sea honesta conmigo, así que la miro directamente a los ojos y cojo sus manos con las mías.

—¿Qué estás pensando de mí? —Melissa se ríe y suelta mis manos—. No, no te preocupes. No estaba con Marc. De hecho, no tengo idea de dónde está. Ayer te dije que no logré encontrarlo —responde Melissa.

—Pero entonces, ¿dónde estabas? ¿Y por qué evades mi pregunta? —vuelvo a insistir, sin lograr reprimir la ofensa en mi voz. ¿Qué es lo que me está ocultando mi mejor amiga?

—Vale, está bien. Pero no te alteres —me dice Melissa y suspira—. Estaba con la policía.

—¿Con la policía? ¿Por qué? ¿Por Marc?

—Sí, justamente. Te robó, de alguna manera nos drogó y simplemente no podemos encontrarlo —me explica Melissa.

—¿Y por qué no me lo has dicho? Te hubiera acompañado. —Una ola de alivio se extiende en mi interior. Estoy tan feliz de que todos mis pensamientos tan solo me hayan jugado una mala pasada. Sin embargo, quiero asegurarme de que lo que me dice es verdad, así que profundizo un poco más en mis preguntas.

—No quise preocuparte. Ya tienes suficientes cosas encima. Sé que quieres tu anillo de vuelta, que tu salón se incendió y que te has reencontrado con tu amor del pasado. Simplemente no quise poner más peso sobre tus hombros —me dice Melissa con una sonrisa.

Me conmueve que se preocupe por mí de esa manera, así que nos abrazamos. Estoy feliz de que Melissa esté de vuelta y quiero creer en todo lo que me ha dicho.

—Pero ¿por qué la maleta? —vuelvo a preguntar, pues hay algo dentro de todo este asunto que aún no me deja tranquila y la cuestión con la maleta me parece especialmente desconcertante.

—Porque el control de drogas es diferente en Florida que en Nueva York. Simplemente son más estrictos y quería tener mis cosas conmigo, por si acaso —me explica Melissa.

Lo pienso por un momento e intento recordar si realmente Florida tiene reglas más estrictas respecto al consumo de drogas.

—¿Podemos olvidarnos del tema por ahora? Ya he informado a la policía y me gustaría beber un trago contigo en el bar de la piscina. ¿Aceptas? —me sugiere Melissa mientras pone su brazo alrededor de mis hombros.

Dejo todos mis cuestionamientos de lado, me conformo con la versión de los hechos que me ha dicho Melissa y asiento.

—Vale, pero tan solo si puedo seguir hablando de Richard y nuestra cena —le digo con una sonrisita.

—¿Cuál? ¿La de anoche o la de hoy?

—Quizás ambas —respondo mientras coloco mi biquini sobre la cama para prepararme e ir a la piscina.

Capítulo 20 - Richard

Son pasadas las doce del mediodía y recorro los últimos metros de mi circuito diario de *jogging* después de mi entrenamiento de boxeo. Hoy termino más temprano de lo habitual, y sé exactamente por qué.

Después de que Rosie me dijera ayer que planeaba pasar el día con su amiga en la piscina, visité el área en varias ocasiones durante el día. Ni siquiera yo mismo podía acertar a decir por qué estaba tan impaciente y no podía aguantar hasta la noche para ver a Rosie otra vez. Estaba loco por ella. Y eso después de tan solo dos encuentros sexuales, sin mencionar que Rosie no recuerda el primero. De hecho, ¿eso es normal? ¿Realmente cuenta como sexo?

Incluso cuando las cosas entre nosotros escalaron bastante rápido, sentía que había algo más que sexo. De alguna manera, existía una especie de vínculo invisible entre nosotros. Una cinta que nos unía, incluso en el pasado. Quizás nunca desapareció del todo, sino que simplemente ambos nos olvidamos de ella y la enterramos profundamente bajo el peso de nuestras vidas cotidianas. De la misma manera en que algunas veces uno hace con las esperanzas y sueños.

Esta mañana ya pasé en dos ocasiones junto a la piscina en mi camino a la playa, de ida y vuelta. No tenía nada que hacer ahí realmente, pero le di a mi asistente Riley la clara instrucción de que iría a estirar las piernas y le prohibí que me hiciera llamadas. Después de todo, no quería que me interrumpieran si estaba conversando con Rosie y su amiga.

Pero no las encontré. Ni en las tumbonas de la piscina donde las vi en la primera ocasión, ni en ningún otro sitio. ¿Quizás cambiaron de opinión y salieron a dar una vuelta?

Ya que la mañana estaba por llegar a su fin y no lograba concentrarme en el trabajo, decidí adelantar mi entrenamiento de boxeo y probar suerte nuevamente durante mi circuito de *jogging*.

Estoy a punto de terminar el recorrido de mi segunda vuelta alrededor del área de la piscina, que por cierto es enorme, y una sensación de decepción comienza a invadirme por haber fallado una vez más en mi búsqueda. Y de pronto, sin darme cuenta, la veo… Ahí está Rosie.

Viene caminando desde el área de habitaciones. De alguna manera, se ve pensativa y sin expresiones faciales. Se dirige hacia una tumbona cubierta con una toalla de rayas rosadas y blancas.

Se ve hermosa en su pequeño biquini blanco. La parte superior le cubre los pechos naturalmente preciosos y me encantaría poder jugar con sus pezones justo ahora, tal como hice anoche. Su vientre plano y su femenina cintura estrecha complementan su perfecta figura. Rosie es pura locura.

—Hola, Rosie —le digo cuando estoy a cerca de cinco metros de distancia y sin lograr reprimir la sonrisa en mi rostro.

Rosie se estremece, pues realmente parece que no esperaba que nadie le hablara. Mira alrededor un tanto confundida y entonces me reconoce y una hermosa sonrisa se dibuja en su rostro.

—Hola, Richard. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, todo este lugar es mío. Así que pensé en venir a dar una vuelta —bromeo, señalando la piscina y todos los edificios circundantes.

Rosie me da un puñetazo juguetón en el hombro y se ríe—. Tonto, no me refiero a eso. —Su tacto en mi cuerpo desencadena un deseo instantáneo sobre mí.

—Oye, ¿de verdad quieres pelear conmigo? Acabo de venir de entrenar —le digo levantando las manos vendadas en posición de pelea y balanceo mi peso suavemente entre la pierna izquierda y la derecha.

—Claro. No te será tan fácil ponerme de rodillas —responde Rosie. Un segundo después se tapa la boca con la mano y me mira a los ojos, avergonzada. Obviamente se percató del posible doble sentido en sus palabras y entonces se echó a reír.

—Lo siento mucho, no me refería a eso —me dice con horror en la voz.

—Puedo hacer ambas cosas, si eso es lo que quieres —le susurro al oído y beso su mejilla. Nos miramos en silencio por un momento. Sin duda alguna existe una electricidad terrible entre nosotros, y en su mirada puedo ver que Rosie también tiene muy presente nuestra velada de anoche.

—Pero ¿dónde está tu amiga? —le pregunto y miro alrededor—. Espero que no esté enfadada contigo.

—No, Melissa está bien —Rosie hace un ademán con la mano para restarle importancia al asunto—. Tiene un problema de circulación… no, dolor de cabeza. Así que la llevé de vuelta a la habitación para que se acostara —agrega Rosie pensativamente.

—¿Todo está bien entre vosotras? —pregunto preocupado.

—Sí, tan solo es que… —Rosie reflexiona por un momento, pero de pronto parece cambiar de opinión—. Sí, todo está bien. Gracias por preguntar —responde.

—Eh…entonces, ¿entrenamos box? —le pregunto en broma mientras levanto una ceja.

—Bueno… en realidad no conozco el área deportiva del hotel. Podría ir contigo —me responde Rosie.

Cojo su mano y juntos caminamos por el área de la piscina. Al final, una gran escalera nos conduce al área de los gimnasios y el spa.

—Te daré un pequeño recorrido privado —le explico a Rosie, señalando el letrero con los horarios de apertura. Claramente se puede leer que el área está cerrada desde el mediodía hasta las dos de la tarde, así que apenas soy capaz de reprimir mi sonrisa traviesa.

—Qué amable de tu parte —responde Rosie, siguiéndome el juego.

En cuanto la puerta se cierra detrás nuestro, pierdo el control. No puedo aguardar ni un segundo más. Esta mujer, ese olor, el brillo de sus ojos. Lo quiero todo, aquí y ahora.

La empujo contra la pared detrás de la puerta principal, pongo mi mano sobre su mejilla y la beso. Es un beso salvaje y desenfrenado en el que mi lengua penetra su boca. Rosie parece sorprendida ante mi descaro. No obstante, sus gemidos reprimidos me indican que puedo continuar y que ella lo disfruta.

—¡Te deseo, Rosie! —le susurro al oído—. ¡Ahora!

—Estoy aquí —susurra Rosie suavemente y luego mira alrededor, insegura—. Pero ¿no hay nadie más aquí? —pregunta también en susurros, sin embargo, con cierta emoción en la voz. Realmente me parece que está preparada para cualquier cosa. El hecho de que su deseo sea tan grande como el mío hace mi polla se ponga grande y dura rápidamente. Bien podría arrancarle el biquini ahora mismo, pero algo dentro de mí me dice que me lo tome con más calma.

—No te preocupes, no hay nadie aquí. Todos se toman un descanso a esta hora. Así ha sido durante años —la tranquilizo. Rosie mira brevemente a su alrededor y entonces se da cuenta de que estamos realmente solos. Una tensión casi palpable parece liberarse dentro de ella. Rosie exhala aliviada.

Beso su cuello y sus clavículas, paso la mano por su espalda y le desabrocho la parte superior del biquini, el cual cae inmediatamente al suelo.

—¡Eres tan hermosa! —le digo, mirándola a los ojos una y otra vez.

Entonces beso sus pechos y jugueteo con sus pezones—. Mmmm… —se le escapa a Rosie y se lame los labios con lujuria. Entonces de un momento a otro mete la mano dentro de mis pantalones deportivos. Sujeta mi polla dura entre sus dedos y comienza a masajearla lentamente.

—Vamos, hay un *jacuzzi* aquí al fondo —le digo y señalo el final del pasillo. Ahí hay dos puertas. Una que va al gimnasio, a la izquierda, y otra para el área del *spa*, a la derecha.

Rosie se agacha para coger la parte superior de su biquini, que está tirada en el suelo. Luego, cogidos de la mano, nos apresuramos a caminar a través del pasillo y giramos a la derecha. Parece que ambos tenemos mucha prisa, pero realmente no es así. Tan solo es la lujuria que nos impulsa. El deseo de continuar lo más pronto posible.

Después de la entrada y el área de recepción hay muchas puertas más que llevan a múltiples habitaciones donde los huéspedes pueden recibir sus tratamientos, masajes o baños. Dado que ahora mismo es el descanso para el almuerzo, el área está desierta. Pasamos frente a las múltiples puertas y llevo a Rosie conmigo hacia una habitación con un enorme *jacuzzi*. Con un movimiento rápido, empujo a Rosie al interior y cierro la puerta.

Durante todo el camino hasta aquí, no pude parar de mirar los maravillosos pechos de Rosie. De verdad creo que podría pasarme todo el día besándolos y masajeándolos. Son tan hermosos. Tan perfectos. Ni demasiado grandes ni demasiado pequeños. Y sus lindos pezones sobresalen de excitación, indicándome que Rosie también está disfrutando del momento tanto como yo.

—¿Y aquí tampoco hay nadie? —pregunta Rosie, dejando la parte superior de su biquini sobre una silla junto a la puerta.

—No, no te preocupes. Nunca hay nadie al mediodía —le guiño un ojo y comienzo a desvestirme.

Rosie me mira inmóvil—. ¿Qué pasa? Ven conmigo —le digo con una sonrisa y señalo hacia la bañera de hidromasaje, que acababa de encender con un pequeño interruptor junto a la puerta.

No tengo que pedírselo dos veces. Poco después de bajarme los pantalones deportivos hasta las rodillas, Rosie se quitó la parte inferior del biquini. Ambos entramos completamente desnudos al *jacuzzi*.

El agua está maravillosamente tibia y burbujea de una manera sensacional sobre la piel—. ¿Te gusta? —le pregunto a Rosie, tirando de ella hacia mí dentro del agua para sentarla sobre mí con las piernas abiertas.

—Me encanta —se ríe.

Entonces nos volvemos a besar apasionadamente. Nuestras lenguas parecen querer bailar juntas. De alguna manera, esto entre nosotros me parece familiar, sin embargo, también como una nueva historia de amor. La mezcla entre estas sensaciones incrementa mi deseo. Bajo el agua, mis manos amasan los pechos de Rosie y juguetean con sus pezones.

—Oh, eso se siente tan bien, Richard —escucho decir a Rosie. Ella deja caer la cabeza hacia atrás, llena de placer, y yo admiro la manera en que se entrega totalmente a mí.

Mis manos se deslizan lentamente hasta su cintura y la levanto un poco. No me resulta difícil hacerlo bajo el agua. Entonces cojo mi polla, la sostengo por la base y la meto lentamente dentro de Rosie. Sus gemidos son amortiguados por el ruido del agua tibia y burbujeante. Sin embargo, cuando nuestras miradas se encuentran, puedo ver lo mucho que le gusta.

Encontramos nuestro ritmo de inmediato. Rosie se sujeta del borde del *jacuzzi* para mantenerse cerca de mí a pesar de mis poderosas embestidas. Presiono sus hombros hacia abajo para así penetrarla más profundamente con mi polla dura. El agua parece amortiguar el impacto, pero el olor, el agua espumosa y la temperatura creciente hacen que todo parezca mucho más intenso.

—¡Oh joder! ¡Se siente genial! —gimo y la excitación me envuelve. Jamás hubiera imaginado que el sexo sería tan bueno bajo el agua. He estado en este sitio con bastante frecuencia durante mis descansos, pero hasta ahora, jamás había follado en el *jacuzzi*. Si por mí fuera, podría hacer esto siempre; Rosie y yo podríamos permanecer aquí, sentados uno encima del otro, haciendo el amor todos los días.

Me inclino ligeramente y beso el cuello de Rosie. Este pequeño cambio de posición parece hacer estallar la lujuria dentro de ella. Con un fuerte: —Aaaahh… —gime hasta llegar a su clímax. Mirarla mientras la penetro con

mis siguientes dos embestidas hacen que yo también gima profunda y ruidosamente.

Rosie continúa sentada sobre mí. Nos miramos a los ojos con una sonrisa en los labios, como si ambos estuviéramos a punto de estallar en carcajadas a causa de lo que hemos hecho aquí, juntos. Luego nos abrazamos con fuerza y nos besamos con la misma intensidad y pasión que antes del sexo. El orgasmo no parece haber frenado nuestro deseo del uno por el otro.

Después de besarnos un rato en el *jacuzzi*, el burbujeo en el agua se detiene y la superficie vuelve a la tranquilidad.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Rosie, mirando a su alrededor.

—El *jacuzzi* se apaga automáticamente después de treinta minutos. Todo está bien —le explico con una sonrisa—. Los primeros empleados no tardarán en volver —digo, mirando el pequeño reloj sobre la entrada—. Salgamos de aquí —le guiño un ojo.

—Buena idea. De verdad que no pueden pillarnos aquí —responde Rosie. Sale del agua y coge una de las toallas que están en una pequeña estantería.

Unas líneas de preocupación se dibujan en su frente—. ¿En qué piensas? —le pregunto con voz tranquila.

—En mi amiga. Está sola y no se sentía muy bien. Me gustaría ir a verla ahora. ¿No te importa? —me pregunta con una expresión de genuina preocupación.

—Claro que no —me obligo a sonreír—. ¿Por qué iba a enfadar? Siempre que no canceles nuestra cena… —le digo con tono juguetón mientras levanto el dedo índice y le guiño un ojo.

—Por supuesto que no. La espero con ansias —me responde Rosie rápidamente y se sonroja, como si realmente tuviera razones para avergonzarse.

—Yo también —respondo y la miro profundamente a los ojos—. Entonces, salgamos de aquí. ¡Y nos vemos más tarde!

Capítulo 21 - Rosie

—Me alegro de verte —Richard abre la puerta de su *suite* y me saluda con un beso en la boca; luego me invita a entrar.

De alguna manera, este tipo de saludo me sorprende un poco y, al mismo tiempo, se siente bien. Se siente un poco como si volviéramos a estar juntos. Un poco como en el pasado. Me estremezco y por primera vez pienso en lo que ocurrirá después del fin de semana…

—¿Todo bien? Estás algo ausente —Richard me mira con preocupación e inclina ligeramente la cabeza. Parece como si me estudiara con mucho cuidado para no perderse del más mínimo detalle.

—Sí, disculpa. Todo está bien —respondo brevemente. ¿Debería preguntarle? De cierta forma, me siento insegura al respecto, pues no quiero arruinar nuestra hermosa velada. Quizás haya más tiempo para eso después —. Es solo que… todo se siente tan familiar. Un poco como en aquel entonces —respondo, intentando mirarlo a los ojos. Quiero observar su reacción ante mis palabras.

Richard no evita mi mirada en lo absoluto. Al contrario. Coge mi muñeca, levanta mi brazo ligeramente y me da un beso dulce en el dorso de la mano. No rompe el contacto visual ni por una fracción de segundo—. Siento lo mismo, mi amor —me susurra.

Siento su suave aliento en mi mano, lo cual provoca que se me ponga la piel de gallina en los antebrazos. Son sorprendentes las reacciones físicas que Richard desencadena en mí con un simple beso y su respiración.

Puedo sentir como si se me debilitaran las rodillas. ¿Quizás él también quiere más? ¿Quizás él tampoco quiere que todo esto termine después de este fin de semana?

—Hablemos de ello durante la cena. ¿Tienes hambre? —Richard cambia de tema. De alguna manera, eso me hace sentir aliviada, pues hasta ahora no he considerado cómo sería adecuado abordar el asunto.

—Me muero de hambre —respondo mientras me acaricio el estómago con movimientos circulares.

—También puedes comer en el hotel durante el día. Si no me equivoco, todos los invitados tienen acceso ilimitado al bufet —bromea Richard.

—Lo sé, pero después de nuestro encuentro en el spa… —carraspeo brevemente. El término *encuentro* me parece algo extraño. Sin embargo, ¿de qué otra manera podríamos llamarlo? ¿Después de follar como conejos en el jacuzzi? Richard me mira con una sonrisita en los labios. No parece incomodarle la situación en lo absoluto—. Bueno, después de *eso,* fui con Melissa. Todavía se siente débil y me sentí mal por ella. Pasamos la tarde juntas en cama mirando Netflix.

—No es una tarde precisamente emocionante para alguien que voló desde Nueva York hacia el calor de la costa, pero lo entiendo. ¿Cómo está tu amiga ahora? —me pregunta Richard. Me gusta que se preocupe por Melissa. De verdad me parece tan atento como lo fue en el pasado.

—Se fue a la cama temprano y me dijo que dormiría hasta mañana. Me deseó que me divirtiera en nuestra cita —al escuchar estas últimas palabras, formo comillas en el aire con los dedos índices de cada mano.

—Ah, ¿así que no crees que esto es una cita? —me pregunta Richard guiñándome un ojo.

—Sí, de cierta forma. Pero… bueno, no lo sé. ¿Qué es para ti? —le pregunto a Richard. Obviamente estoy pensando en cómo continuaremos con esto, sin embargo, yo misma no quiero admitirlo. ¿O será que realmente no sé lo que yo quiero?

—Bueno, yo diría que esto es una cita —Richard también forma comillas imaginarias con los dedos mientras se ríe. En general, me parece que está de un humor excelente esta noche.

—Y ya que pasaste la hora del almuerzo encerrada en la habitación del hotel, estoy seguro de que te gustará lo que nos he preparado —me dice Richard mientras se frota las manos.

—¿A qué te refieres? —pregunto, levantando las cejas.

—Es una sorpresa —exclama Richard con alegría mientras coge mi mano—. Solo ven conmigo.

Richard parece percatarse de mi mirada de preocupación y agrega: —No te preocupes, no vamos al *spa*. Hay demasiado jaleo ahí ahora. Y también sé que tienes hambre. Así que comeremos algo en un momento. Pero no aquí —me dice señalando la mesa vacía del balcón—. ¿Nos vamos?

Asiento y permito que Richard me lleve fuera de la habitación.

—No te preocupes. Estaremos ahí en cinco minutos —me dice.

Y tenía razón.

Después de caminar juntos brevemente, pasando del edificio principal al área de la piscina y después hasta la playa, llegamos a nuestro destino.

Una sección de la playa que pertenece al hotel. Ni yo ni Melissa somos fanáticas de nadar en el mar, así que simplemente nos limitamos a disfrutar de la vista desde esta misma parte de la arena, o principalmente nos quedamos en el área de la piscina.

Al igual que ayer por la tarde, el sol parece sumergirse en el mar, tiñendo el cielo de color naranja. Un fantástico espectáculo natural del que Richard me habló en el camino hasta aquí. Sabía que simplemente charlaba conmigo para llenar el silencio. Sin embargo, era agradable escuchar su voz. Podría hacerlo durante horas. ¿Qué hombre musculoso, bien entrenado y dueño de un hotel de lujo te describe una puesta de sol?

—Son cinco hoteles, para ser exactos —me responde Richard cuando le pregunto durante cuánto tiempo ha sido dueño de este hotel.

—Comencé justo después de nuestra graduación, fue más una coincidencia que otra cosa. Mi tía fue quien me heredó este hotel. Acepté su legado y, de alguna manera, lo hice crecer. Una cosa llevó a la otra y compré algunos hoteles más. Pero no quiero aburrirte con más detalles innecesarios sobre mi vida laboral —me responde Richard. Pero yo no lo encuentro aburrido, en lo absoluto. Me parece fascinante el imperio que ha creado durante los últimos diez años.

—Mira, vamos allí —dice Richard mientras señala al final de la playa. Sobre la arena, hay una pequeña cabaña.

Caminamos hacia ella y entre más nos acercamos, alcanzo a distinguir una mesa con dos sillas. Las olas se detienen apenas a unos dos o tres metros de distancia de la mesa. Me quedo boquiabierta. ¿Aquí cenaremos? ¿En este fenomenal sitio? Miro la mesa más de cerca. Está cubierta por un mantel blanco, platos, vasos y una botella de champán enfriándose sobre un cubo metálico lleno de cubitos.

—Esto es fenomenal, Richard.

—Me alegra que te guste. ¿Te quieres sentar? —me pregunta Richard señalando una de las dos sillas.

En ese momento, sale de la cabaña un camarero del hotel. Se acerca a nosotros y nos saluda con una sonrisa profesional—. Buenas tardes, señorita. Buenas tardes, señor Evans —asiente brevemente con la cabeza,

como haciendo una pequeña reverencia. Richard también toma asiento y hace un gesto para que el camarero siga hablando.

—La cena será servida en unos minutos. ¿Me permiten llenar sus copas con un poco de champán, mientras tanto? —nos pregunta con cortesía.

—Por supuesto —respondo y asiento, asombrada. El camarero llena nuestras copas, luego mira brevemente a Richard, quien asiente y entonces el camarero vuelve a la cabaña.

—Por nosotros —me dice Richard levantando su copa.

—Por nosotros —brindo con él. Nuestras copas tintinean suavemente y nos miramos a los ojos mientras bebemos. Todavía estoy intentando aceptar lo descabellada que es toda esta situación. El mar. La playa. Esta mesa tan solo para nosotros dos, aquí en la playa privada detrás del hotel. El sol poniéndose en el mar. Richard. En estos momentos apenas puedo creer lo afortunada que soy. No puedo evitar sonreír para mis adentros.

—Te ves tan hermosa cuando sonríes. Siempre me ha gustado eso de ti —me dice Richard mirándome fijamente. Yo me encuentro tan maravillada por el entorno que me es difícil fijar la mirada en él.

—También es realmente hermoso aquí. Gracias por esta hermosa velada —respondo, conmovida.

—Espera… todavía no hemos comenzado. A menos que ya quieras marcharte —bromea Richard y pone su mano sobre la mía, mientras aún sostengo la copa de champán.

—No, en lo absoluto. Nunca he tenido una cita en la playa, o una cena, y estoy demasiado feliz de estar aquí.

—También es mi primera cena en este sitio —responde Richard en voz baja.

—¿Puedo servirles el primer tiempo? —escucho la voz del camarero a un lado de mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado a nosotros. Estaba totalmente absorta en el momento.

—Claro. Primero las damas, por favor —dice Richard retirando su mano de la mía para apuntar en mi dirección, de forma que el camarero sepa a quién servir primero.

El camarero coloca frente a mí un plato maravillosamente servido con lechuga, verduras y finas tiras de carne. Me parece que resplandece con todos los colores posibles. Tan solo verlo se me hace agua la boca.

—Buen provecho —nos dice el camarero después de que también ha servido a Richard su plato y se retira discretamente.

Cogemos nuestros tenedores en silencio. El aderezo de la ensalada es fenomenal, la carne tierna y jugosa. Un platillo en perfecta armonía.

—¿De dónde sacó esta comida? —le pregunto a Richard.

—Bueno, de la cabaña. Tiene cocina y todo lo necesario —me responde.

—Déjame adivinar. Es tu cabaña.

—Sí —confiesa—. ¿Ves la pequeña colina detrás de ti, por la que hemos llegado hasta aquí? —me pregunta señalando detrás de mí. No me había dado cuenta antes, pero la playa en este sitio está ligeramente desnivelada, por lo que mientras estamos aquí sentados frente a la cabaña, una especie de duna nos protege de la vista de los demás. Estamos prácticamente solos.

—Esta propiedad privada comienza ahí, en la colina. La compré hace años. Ahora alquilo esta casa para eventos especiales, como lunas de miel o pequeñas celebraciones privadas. O simplemente la uso yo mismo en ocasiones especiales como esta —me explica Richard, mirándome directamente a los ojos y volviendo a coger mi mano de nuevo. El corazón me late con fuerza y literalmente puedo sentir la forma en que mis mejillas se sonrojan al darme cuenta de que Richard me considera una ocasión especial para él.

Entonces Richard deja sus cubiertos a un lado, se levanta y camina alrededor de la mesa hacia mí. Sin decir una palabra, se arrodilla frente a mí. Oh, Dios mío, ¿acaso está…? Un pensamiento descabellado me cruza la cabeza y me llevo una mano al pecho mientras miro a Richard con asombro…

—Rosie, ¿quieres quedarte aquí conmigo? No me refiero a esta noche. No me refiero a este fin de semana. Quiero decir para siempre. ¿Me darías una segunda oportunidad? —me pregunta mientras sostiene mi mano entre las suyas.

Capítulo 22 - Richard

Después del sexo al mediodía, volví a mi oficina y le pedí a Riley que rechazara todas las llamadas entrantes y reprogramara todas las citas. Sentía la necesidad de pensar profundamente en lo que se había desarrollado entre Rosie y yo durante estos últimos días.

Caíamos el uno encima del otro, envueltos en una locura inexplicable, incapaces de quitarnos las manos de encima, sin embargo, la cena de anoche también tuvo cierta magia. Podría mirar a Rosie durante horas. La manera en que sonríe, sus movimientos, la forma en que abre los ojos. Me vuelve completamente loco.

Claro, he estado casado antes. Estrictamente hablando, aún lo estoy. El divorcio con Chantal no termina oficialmente sino hasta la semana que viene. Pero ¿alguna vez me había sentido de esta manera por Chantal? No recuerdo jamás haber tenido ganas de pasar el rato a su lado sin tener sexo. Simplemente me alegraba cuando traía a alguna de sus amigas con ella y los tres podíamos divertirnos salvajemente.

Todo era diferente con Rosie. Incluso los hoyuelos al borde de la comisura de su boca me parecían dignos de admirar. Al igual que su manera de hablar. Simplemente toda ella.

Después de unas cuantas horas de caminar inquieto de arriba a abajo frente al escritorio de mi oficina, no tengo duda alguna: estoy enamorado. Y sí, quizás he estado enamorado de ella todos estos años que pasamos separados, y simplemente había dejado mis sentimientos de lado.

En realidad, mi sentir hacia Rosie era bastante evidente. Sin embargo, quería estar totalmente seguro y no precipitar las cosas. Después de considerar la situación cuidadosamente, formulé mi plan para la noche y surgió la idea de cenar en la playa. Quería mostrarle a Rosie que yo también tenía un lado romántico y sensible y darle todo aquello para lo que yo no había tenido tiempo desde hacía años, o todo lo que simplemente no había pensado en hacer.

Sin más preámbulos, puse mi plan en marcha con ayuda de Riley. En cuanto a la organización, él es realmente acertado y confiable en todo

momento. Debo admitirlo. Si tan solo desarrollara mejor sus habilidades para las relaciones interpersonales, Riley sería un asistente perfecto.

Pero hay un par de cosas más. Después de todo, le encomendé a Óscar la tarea de vender el hotel. Hace un par de días no quería otra cosa más que salir de aquí. Esa es una de las razones por las que me tomé mi tiempo para pensar las cosas con claridad. Para mí era evidente que quería quedarme aquí con Rosie, al menos por ahora. Pedirle directamente que se mudara conmigo a las Bahamas me pareció una locura. Pero, también era una locura pedirle que me diera una segunda oportunidad, después de encontrarme con ella en apenas dos ocasiones, ¿o no?

Sí, por supuesto que era una locura. Pero yo sabía exactamente lo que quería y lo que anhelaba mi corazón. Así que no quería perder más tiempo y tampoco quería perder la oportunidad de tener a Rosie de nuevo.

Ahora caminábamos juntos por la playa. Cogidos de la mano y descalzos, caminamos hacia la parte trasera de mi cabaña en la playa. Ahí hay una larga playa virgen y natural, rodeada de densos arbustos y señalizada como reserva natural. Después de los días más estresantes en el hotel, solía venir aquí por la noche para desconectarme un poco. Descubrí esta pequeña sección oculta casi por accidente. Durante una fiesta privada de Año Nuevo en la cabaña, uno de los invitados quiso hacerse el gracioso y lanzó un cohete con la mano. Este voló más allá de la cabaña y explotó en algún sitio detrás. Corrí para cerciorarme de que nadie estuviera herido, y fue entonces cuando descubrí este pequeño rincón secreto. Un espacio de ensueño.

La víspera de año nuevo aún estaba bastante lejos. Sin embargo, estaba seguro de que este año volvería a celebrarlo aquí en la cabaña en la playa. Pero esta vez no estaría solo. Esta vez Rosie estaría conmigo. De eso estaba seguro. Pero ¿de dónde venía esta confianza?

Cuando le pregunté a Rosie si quería quedarse aquí, ella me miró y sonrió. Nuestra conversación en la mesa vuelve a pasarse por mi cabeza.

—Sí. Me encantaría —susurró y yo pude ver las chispas resplandeciendo en sus ojos. Rosie parecía realmente conmovida por mi gesto; arrodillarme frente a ella en ese maravilloso escenario—. El tiempo que he pasado

contigo aquí ha sido maravilloso. Hace mucho tiempo que no me sentía tan bien —Rosie hizo una pausa.

—¿Pero…? —pregunté, tomando mi silla con una mano y arrastrándola por la arena alrededor de la mesa para sentarme junto a Rosie. Pero qué belleza de mujer, incluso estando tan pensativa. ¿Acaso tenía idea de lo hermosa que era?

—Todavía hay algo que tengo que hacer con mi salón en Nueva York. Tengo algunos problemas con él en estos momentos —me dijo Rosie, evitando mi mirada—. También tengo un apartamento y… —volvió a mirarme a los ojos—. No sé si simplemente puedo dejarlo todo tan deprisa. ¿Sabes a lo que me refiero? —me preguntó, mirándome con una ligera expresión de dolor en el rostro.

Cogí sus manos entre las mías. Así es como quería sostenerla y no dejarla ir jamás—. No tienes que renunciar a nada de eso. Y los problemas con tu salón… los resolveremos juntos, si quieres. ¿Por qué no te quedas con todo por ahora, te quedas aquí un poco más y entonces vemos cómo se desarrollan las cosas? —le pregunto—. ¿Qué piensas de eso?

—Eso suena demasiado bueno para ser verdad… —me susurra Rosie—. Pero es demasiado apresurado, ¿no? ¿Te molestaría permitirme considerarlo durante la noche y no decidir tan espontáneamente? —me pregunta con cautela.

—¡Tómate el tiempo que necesites! —le digo. No podía esperar por su respuesta; me habría encantado escuchar un *sí* inequívoco e inmediato de su boca. Pero bajo ninguna circunstancia la presionaría. Eso fue lo que hice en el pasado y no terminó nada bien. Rosie debía poder elegir libremente, sin presión—. Pero no te vayas a escapar, ¿vale? —le digo en broma y le guiño un ojo.

—De ninguna manera. Jamás haría eso —me sonríe. Entonces terminamos el resto de nuestro platillo.

—¿Puedo mostrarte algo más? —le pregunté a Rosie un momento después de que dejamos nuestros cubiertos a un lado.

—Sí, pero realmente no tengo idea de lo que sucederá —responde Rosie cogiendo mi mano y levantándose de la silla.

—Quítate los zapatos —le digo, mientras me quito los míos y espero a que ella haga lo mismo. Una vez que también estuvo descalza, me siguió de

la mano a lo largo de mar en dirección a la pequeña y desierta playita detrás de la cabaña.

Aparto algunos arbustos para que podamos pasar con facilidad—. No te preocupes, se vuelve más fácil adelante —le digo por encima del hombro a Rosie, quien lucha por seguirme a través de los espesos arbustos—. Vale la pena, ya lo verás.

Después de avanzar unos metros, los arbustos revelan la pequeña sección escondida de la playa. Ahora sí estamos completamente solos. Jamás he visto a nadie más aquí, e incluso sospecho que esta parte de la playa le pertenece a la cabaña, aunque no lo sé con certeza. Nadie ha venido aquí y nadie ha explotado este pequeño y paradisíaco trocito de costa.

El sol está encendido al rojo vivo y se sumerge en el mar. Y ahora estamos ella y yo ahí, cogidos de la mano, contemplando la puesta de sol.

—Es simplemente hermoso —me dice Rosie, visiblemente conmovida por la vista.

—Tú eres hermosa —le respondo. Rosie se vuelve hacia mí y nos miramos profundamente a los ojos.

—Por favor, no me hagas daño. No creo ser capaz de soportarlo una vez más. —De alguna manera, Rosie se ve tan pequeña y vulnerable al pronunciar esas palabras. Como un ciervo indefenso.

—¡Jamás podría hacer eso! —le susurro al oído. Entonces nos besamos. Sus labios son tan suaves, tan tiernos y vulnerables. ¿Acaso es mi imaginación, o Rosie tiene un sabor diferente cada vez? ¿O será simplemente porque me he vuelto adicto a esta mujer?

—Entonces demuéstramelo —me susurra de vuelta y se saca el vestido por la cabeza. Yo levanto las cejas, sorprendido por la velocidad con la que Rosie puede transformarse de una niña inocente a una mujer plena y hambrienta de sexo.

—¡Oh, joder! Me encantaría —le digo con una sonrisa y me apresuro a desvestirme también. Mantengo los ojos clavados en Rosie. Ella vino a nuestra cena sin sujetador y no me había percatado de ello hasta ahora. ¿Dónde había tenido la mirada todo este tiempo? Normalmente me doy cuenta de algo así de inmediato. Ahora Rosie está de pie frente a mí, tan solo vestida con una pequeña tanga que también se quita rápidamente.

—No es lo que piensas —me dice con un guiño y dándome un golpecito en el hombro—. ¿Quién va primero? —exclama y se echa a correr hacia el mar.

Inmediatamente corro tras ella y miro su lindo trasero desnudo, el cual se sacude elegantemente de un lado a otro mientras Rosie corre hacia el mar.

La alcanzo cuando el agua ya nos llega a las rodillas—. ¡Te tengo! —Cojo a Rosie por las costillas, la levanto y la hago girar en el aire.

Ella grita de alegría y se ríe. Cuando termino de darle vueltas, la sostengo con fuerza por debajo de las nalgas de forma que Rosie tenga más estatura que yo. Nos miramos el uno al otro. Luego nos besamos. Esta vez no es con suavidad y cuidado, sino de manera salvaje y decidida.

Entrelazados como estamos, doy unos pasos hacia la orilla, con Rosie entre mis brazos. Entonces la dejo con delicadeza sobre la arena mojada. Abro las piernas de Rosie, me hinco entre ellas para inclinarme sobre ella y seguir besándola.

—¡Te deseo! —le susurro al oído.

—Ya estás preparado —Rosie sonríe mientras mira mi polla rígida. La coge entre sus manos y juguetea con ella.

—Ya te lo he dicho, me vuelves loco —respondo y comienzo a acariciar su clítoris con la mano. Rosie reacciona a mi primer contacto con su piel con un excitado 'Mmmmmm'. Disfruta de mi mano sobre ella y siente el mismo deseo que yo. De vez en cuando, las olas que golpean en la orilla nos acarician los pies. El agua está tibia y sentirla en la piel es sumamente agradable; no molesta en lo absoluto. Más bien, es más como un recordatorio del paraíso en el que nos encontramos.

Continuamos así durante un rato. Rosie juguetea con mi polla y masajea mis bolas. Ella sabe exactamente qué hacer para ponerme más caliente. Yo juego alrededor de su clítoris y nos besamos cada vez más salvajemente. Estamos sumamente excitados y ansiosos el uno por el otro.

—¡Entra! —Rosie me exige entre gemidos. No tiene que pedírmelo dos veces. Retrocedo un poco, cojo mi polla con la mano y la inserto profundamente en su coño. Dejo mi mano ahí mismo para continuar jugando con su clítoris. Una combinación que incrementa aún más la excitación de Rosie.

—¡Aaaaahhh! —gime Rosie a todo pulmón mientras presiona la pelvis, lo que me hace sentirla mucho más apretada alrededor de mí.

Una y otra vez saco mi polla y vuelvo a empujar dentro de Rosie profundamente. Poco a poco aumento el ritmo de las embestidas y yo también comienzo a gemir. Dios mío, esto sí que se siente bien. Me pregunto cuánto tiempo más puedo contener mi orgasmo con Rosie moviendo la pelvis de esta manera. Mi polla se siente enorme y poderosa. La fricción me hace enloquecer.

Splaaaaaaaassshhhhh.

De pronto, una ola nos azota y ambos gritamos, sorprendidos. Miro a mi alrededor y veo una lancha navegando no muy lejos de nosotros. Entonces alcanzo a distinguir a tres chavales que gritan y se ríen, pues obviamente nos han visto y se divierten burlándose de nosotros. Típico de los chavales en medio de la pubertad.

Nos ponemos de pie, empapados completamente de la cabeza a los pies. Sin embargo, ninguno de los dos se siente avergonzado por esta interrupción. Los tres jóvenes parecían haberse burlado suficiente y la lancha finalmente se aleja.

—Nunca me había pasado eso durante el sexo —le digo con una sonrisa a Rosie y la rodeo con el brazo. Ella suelta una risilla traviesa—. Vamos a la cabaña. Ahí tengo toallas y mantas frescas para continuar lo que dejamos aquí —le digo con un guiño.

Capítulo 23 - Rosie

—Vamos, Rosie, que me muero de hambre —me apresura Melissa tirando de mí por el codo en dirección al comedor.

—Sí, es que creí que tal vez había visto a Marc —respondo, desviando la mirada de la joven empleada y siguiendo a Melissa después de descubrir que no se trataba de él.

De alguna manera, todos los empleados se ven exactamente iguales con sus uniformes de trabajo. Jóvenes, morenos, de cabello corto y bronceados a causa del sol de Florida. Eso hace que sea aún más difícil diferenciarlos entre sí. Con una sonrisa en los labios, decido preguntarle a Richard si el aspecto del personal es un criterio para su contratación.

—Oye, no te lo guardes en la cabezota. Quiero saber todos los detalles —me dice Melissa dándome un golpecito en las costillas—. Pero primero quiero comer algo del bufet y después darnos un chapuzón en la piscina antes de marcharnos.

—¿De verdad te sientes mejor? —le pregunto de nuevo. Ayer después de que volví a la habitación tras pasar la noche con Richard en la playa, Melissa estaba profundamente dormida. Vale, era de esperarse, pues era pasada la medianoche y ella había estado exhausta durante el día. Pero ¿por qué? ¿Quizás pilló un resfriado o algo? Todo el malestar comenzó después de su misteriosa ausencia. Estuvimos brevemente en la piscina después de que ella volvió a la habitación con sus pertenencias y volvió a colocarlas en el armario, entonces Melissa se quejó de padecer problemas circulatorios y decidió acostarse.

—Venga, que sí. Es quizás la quinta vez que me lo preguntas hoy —responde Melissa y se ríe entre dientes—. Todo está bien. Creo que ya lo superé.

—¿Qué superaste? —le pregunto, mientras nos detenemos frente al bufet y llenamos nuestros platos con una selección de frutas, pan y rosquillas.

—En aproximadamente diez minutos cerraremos para alistar todo para el almuerzo —escucho decir a uno de los empleados que se ha acercado sigilosamente a nosotras—. Pueden coger todo lo que les apetezca. Y, por supuesto, pueden permanecer aquí el tiempo que deseen —continúa con tono de disculpa, como si quisiera recompensarnos, de alguna manera.

—No hay problema. No tienes la culpa de que mi amiga se despierte a estas horas —responde Melissa y apunta en mi dirección con un movimiento de cabeza.

El empleado es lo suficientemente profesional como para no responder, por lo que simplemente nos desea un buen día y se marcha tan discretamente como llegó. Ayer en la cabaña de la playa, también noté en el camarero esa sigilosa manera de acercarse. ¿Quizás todo esto sea parte de algún entrenamiento?

—Eres realmente imposible —le respondo a Melissa y sonrío—. Si tienes tanta hambre, podrías haberte marchado sin mí.

—¿Y perderme de los detalles de todo lo que viviste anoche? ¡De ninguna manera! Quiero saberlo todo —me sonríe Melissa mientras prepara su segundo plato. Realmente parece tener buen apetito esta mañana y probablemente ha interpretado la declaración del empleado como una invitación para colocar todo cuanto sea posible en su plato.

—¿Qué haces? ¿Son dos comidas? —le pregunto con tono burlón.

Melissa saca la lengua y me sonríe de manera juguetona—. Así es, por eso antes de ayer bebí un cóctel con alcohol contigo. —Melissa señala al final del comedor—. Vamos allá, a la esquina. Detrás de las plantas parece haber un sitio tranquilo. Entonces puedes contarme todo —me sugiere y camina delante de mí. Yo troto detrás de ella con mi plato en las manos y entonces nos sentamos en una mesita detrás de las plantas, justo frente a la ventana del edificio. De esta forma podemos disfrutar de la hermosa vista a la piscina mientras comemos.

—No me parece que hoy vaya a hacer tanto calor —digo señalando con el dedo índice a las nubes oscuras que se elevan sobre el mar, acercándose lentamente a la tierra firme.

—Oh, qué más da. De cualquier manera, ya nos marchamos. Y mientras no haya un huracán que cancele nuestro vuelo… —Melissa le quita importancia a mi comentario—. Todavía podríamos ir a nadar un poco después del desayuno. No he repuesto el día que pasé en la habitación ayer y nuestro tiempo aquí se termina.

Mientras Melissa pronuncia esta frase, pienso en la oferta que me hizo Richard anoche. En mi cabeza reaparece la imagen de él arrodillado frente a mí, pidiéndome una segunda oportunidad. Fue tan romántico. Casi demasiado perfecto.

Melissa parece percatarse de que su frase desencadenó algo de mí, pues la cuchara con cereal que iba a llevarme a la boca se queda petrificada frente a mis labios mientras miro a través de la ventana. Los ojos de Melissa se entrecierran y me mira con sospecha—. Nuestro tiempo aquí ya terminó, ¿no es así, Rosie? —me pregunta con tono serio.

—¿Qué?. Ah… Sí, eso creo. Ya reservamos nuestro billete de regreso y el vuelo se aproxima cada vez más —respondo, evasivamente.

—No te creo ni una palabra —se ríe Melissa—. Ya, dímelo. Me has mantenido en suspenso desde que me desperté.

Decido guardarme la pregunta de Richard para mí, al menos por ahora, pues realmente no alcanzo a comprender lo que sucede con Melissa en estos momentos. ¿Qué fue aquello con su repentina desaparición? ¿Realmente estaba con la policía? ¿Y por qué todavía no ha logrado encontrar a Marc? De alguna manera, no puedo deshacerme de la sensación de que todo esto tiene que ver con su prometido. Si ahora mismo le digo que quizás me mude de Nueva York a Miami, justo antes de su boda… ¿cómo se lo tomaría?

Así que primero me decido a descubrir qué es lo que sucede con ella. Pero eso no será posible hasta que Melissa sacie su curiosidad. Nos conocemos hace demasiado tiempo y ella es igual que yo. Fue similar cuando todo comenzó entre ella y su prometido Darren, pues también hubo tiempos turbulentos. Cuando fue así, yo también me empeñé en saber todo hasta el último detalle.

Le cuento a Melissa de nuestra cena en la playa. O, más bien, del primer tiempo, pues Richard y yo no llegamos más allá de eso. También le hablé del paseo por la playita escondida detrás de la cabaña, del sexo en la orilla, de la ola que nos empapó y de los tres chicos en la lancha.

—Pfff… típico de los chavales —responde Melissa con tono de desaprobación después de morder su emparedado. Dónde se meterá todo lo que se está comiendo, es un completo misterio para mí. Su figura es simplemente hermosa a pesar de las generosas porciones que se ha metido aquí—. ¿Y qué pasó entonces? —me pregunta Melissa mientras da otro mordisco sin apartar los ojos de mí.

—Regresamos a la cabaña y nos secamos —no puedo evitar sonreír cuando la escena vuelve a pasar frente a mis ojos.

—O, mejor dicho: Richard me secó —sonrió.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes. Me envolvió con la toalla y me acarició en todas partes con ella. Y lo digo en serio, *en todas partes* —continuó con una sonrisa—. Entonces me desenvolvió y me quedé desnuda en el sofá de la cabaña en la playa. Melissa, fue tan hermoso. No se escuchaba nada más que las olas afuera —digo, embelesada dentro de mis propios pensamientos.

—Sí, las olas son geniales. Puedo oírlas desde aquí si me esfuerzo, cariño —Melissa me guiña un ojo y devora el último bocado de su emparedado—. Entonces estabas seca en el sofá… ¿y luego? —me pregunta.

—Richard dejó la toalla mojada aun lado, se secó con una toalla seca y entonces… —miro alrededor para asegurarme de que no haya nadie cerca que pueda escucharnos. El comedor está completamente vacío. Una pareja mayor, que estaba sentada a unas cinco mesas de distancia, parece haber terminado de desayunar y ahora mismo salen del comedor. Vuelvo a mirar a Melissa.

—Nadie nos escucha —susurra Melissa y se inclina sobre la mesa en mi dirección, sabiendo que estoy a punto de confiarle algo que quizás jamás le diría a nadie.

Yo llego a la misma conclusión que Melissa, así que me inclino hacia ella y le susurro: —Me lamió el coño hasta que me corrí. Realmente nunca había visto algo así. Melissa, ¡eso duró más de una hora! Estuve cerca del orgasmo más de diez veces —hago una pequeña pausa para que mis palabras tomen más peso—. Redujo la velocidad una y otra vez, para darme un pequeño descanso, pero después comenzaba de nuevo. De verdad me da la impresión de que él también disfrutó de hacerme todo eso.

Melissa me mira con los ojos abiertos como platos. Me parece que ella jamás se ha encontrado con algo así—. Guau —susurra suavemente. Entonces me doy cuenta de que todo lo que le he dicho a Melissa satisface su curiosidad por el momento. Así que decido guardarme para mí lo que sucedió después de que masturbé la polla de Richard hasta que se corrió en mi boca y yo me tragué absolutamente todo lo que tenía para mí.

No es que el asunto me resulte incómodo, pero puedo sentir que no tengo ganas de contar la manera en que se la chupé a Richard. Sé que hablar con Melissa sobre mis sentimientos y experiencias está bien. Siempre ha sido así. Sin embargo, de alguna manera quiero guardarme para mí lo que hago

con Richard. ¿Quizás sea algo cursi? ¿O anticuado? No lo sé con exactitud. Pero la verdad es que no me importa, mientras me parezca lo correcto.

—Vale, y ahora hablemos de ti —intento cambiar de tema, mientras las primeras gotas de lluvia comienzan a escurrirse por el exterior de la ventana. Las nubes oscuras finalmente han llegado al hotel. Eso significa que nos tendremos que olvidar de nuestra visita a la piscina. Pero quizás también podríamos ir al *spa*. Pensar en ello me hace sonreír de nuevo.

—¿Qué hay de mí, sonrisitas? —responde Melissa. Estoy a punto de comenzar a explicarle que me encuentro un tanto consternada por su comportamiento y que realmente no sé qué sucede con ella, cuando escucho una voz en la puerta principal. Miro a mi alrededor, hacia la dirección desde donde escucho provenir la voz de Richard.

—Y este es el comedor —explica Richard a los dos hombres que lo siguen con interés—. Pero, como dije… —comienza a decir Richard, pero lo interrumpen.

—Realmente es un sitio maravilloso. Me alegro de que nuestro amigo, Óscar, me contactara después de que decidieras vender este sitio para marcharte de Miami —explica uno de los hombres mientras le da una palmada en el hombro al otro, quien probablemente sea Óscar.

—¿Rosie, acaso no es…? —susurra Melissa mientras espiamos de reojo a través de las espesas plantas detrás de las cuáles estamos sentadas.

—Shhh… sí, es él —respondo, pero no quiero seguir hablando pues deseo escuchar cada una de las palabras de lo que están hablando estos hombres. Mi corazón se acelera. ¿Ese hombre realmente quiere decir que Richard desea vender su hotel y marcharse de Miami? Richard no me mencionó eso ayer. ¿Acaso no quería quedarse aquí, conmigo? ¿Todo fue una mentira?

Capítulo 24 - Richard

En el fondo, lo único que hago es negar con la cabeza mientras estamos aquí en el comedor. El interesado parece realmente emocionado. Lo que sea que Óscar le dijo después de nuestra llamada telefónica, funcionó.

No ha mencionado ni una palabra más respecto a reducir la oferta, algún descuento o ninguna otra cosa. Em cambio, me inunda con palabras que desbordan entusiasmo. Óscar me mira con elocuencia y no puede contener la sonrisa. Lo que ninguno de los dos sospecha es que yo ya no quiero vender el hotel.

Quiero seguir adelante con el plan que elaboré ayer y vivir aquí con Rosie durante algún tiempo. Qué sucederá después o cómo terminará… por supuesto que tengo muchos deseos y esperanzas, sin embargo, me gustaría discutirlos con Rosie primero. Mi casita en las Bahamas tendrá que esperar un rato. Y, ¿quién sabe? Quizás algún día ni siquiera termine mudándome ahí solo.

Realmente aprecio todos los esfuerzos de Óscar. Tan solo debe haber tenido buenas intenciones cuando, sin previo aviso, se apareció en el hotel esta mañana en compañía del cliente potencial. No tuve oportunidad de hablarle a Óscar respecto a mis nuevos planes. Y por supuesto que no quería avergonzarle frente al prospecto. Así que decidí realizar el recorrido de manera profesional e invitar a Óscar a una copa esta noche. Sospecho que se enfadará bastante, pues perderá una comisión bastante generosa que al momento parece casi segura, a juzgar por las palabras de nuestro cliente potencial durante el recorrido.

Óscar debió haberle comentado de mis planes de comprar una casa en las Bahamas. El cliente, ni siquiera ahora, parece salir de su estado de éxtasis. Ya he tratado de dominar su entusiasmo en un par de ocasiones, sin embargo, hasta ahora ha sido en vano.

Por el rabillo del ojo, noto un ligero movimiento detrás de las plantas al final del comedor. ¿Quizás no estamos solos, después de todo? ¿Qué pasa si algún huésped escucha nuestra conversación? Deberíamos dar fin a esto y terminar lo antes posible. Realmente no estoy con ánimos de montar un espectáculo.

—¿Me disculparían un momento…? —les digo a Óscar y al cliente. Quiero echar un vistazo detrás de las plantas para asegurarme de que nadie nos moleste. Mientras camino unos pasos en esa dirección, de pronto escucho la puerta del comedor abrirse desde el exterior con un fuerte golpe. Me detengo como si me hubiera atravesado un rayo y me giro.

—¡Richard! ¡Aquí está! —quien interrumpe en la puerta es José, sacándose una pistola de la cintura de los pantalones al entrar. ¿Lo puedes creer? ¿Pero quién se cree este gilipollas? Miro con incredulidad al mexicano que resopla de rabia.

—Señor Evans. Lo siento tanto —jadea el empleado de seguridad que viene corriendo detrás de José, mientras que otro se encarga de cerrar la puerta del comedor desde dentro para que ninguno de los huéspedes se entere de lo que está sucediendo.

El empleado de seguridad continúa resoplando: se hizo pasar por un amigo y dijo que tenía una sorpresa para usted. Entonces le dije en dónde se encontraba, señor. Luego salió corriendo como si le hubiera mordido una araña. Nunca me habría imaginado que traía una pistola.

—Está bien —digo en su dirección. Necesito de todas mis fuerzas para no perder la compostura. ¿Para qué le pago a estos tipos de seguridad, después de todo? ¿Y dejan que cualquier persona armada venga así por mí, sin más?

—¿Ya terminaron? —brama José agitando el arma nuevamente mientras me apunta—. *Nada de esperas.* Paga. ¡Ahora! —me grita con su acento mexicano. Óscar y el cliente potencial se quedan de pie petrificados, pues probablemente comprenden mucho menos que yo lo que está sucediendo frente a sus ojos.

—Richard, ¿de qué se trata todo esto? ¿Qué quiere este hombre de ti? —pregunta Óscar en voz baja, pero firme, en mi dirección.

—Este es José. Piensa que le debo dinero por protección —entonces miro a José directamente a los ojos—. Así es como lo llamáis vosotros, gilipollas, ¿o no? ¿O tan solo eres un jodido títere de la mafia sin nada más que decir?

En el fondo, estoy ardiendo de la rabia. Por supuesto que veo que José me está apuntando con su arma. Ambos miembros del personal de seguridad parecen genuinamente impresionados por mi reacción. Están parados a una distancia segura detrás de José y probablemente intentan

recordar los consejos para actuar frente a una situación así, los cuales les instruyeron durante la inducción al comienzo de su puesto laboral. Aunque, dado que este es un hotel para turistas y no para delincuentes, sospecho que quizás esa parte del entrenamiento fue omitida. Es una pena.

Pero en estos momentos no me importa. Estoy harto de que José me ponga los pelos de punta todo el tiempo. El hecho de que incluso se presente en mi hotel y me apunte con su arma, es demasiado—. Te crees muy poderoso con tu arma. Eso te lo creo. Pero ¿qué tal a puñetazos? ¡Solo nosotros dos! ¿Qué piensas de eso, gilipollas? —grito provocativamente en su dirección.

Al parecer mis palabras surtieron efecto. José lo piensa en silencio durante unos segundos—. ¿Por qué debería bajar el arma? ¡Te dispararé! —me dice, sin embargo, puedo ver el miedo en su mirada. Parece inseguro. Claro, tan solo está aquí para intimidarme, pero las cosas no están saliendo como él imaginaba.

—¡Entonces hazlo! —le digo con un toque de locura y doy unos pasos más hacia él, sin evitar su mirada. Realmente no sé de dónde viene esta confianza de que José no apretará el gatillo. Supongo que tengo mucha adrenalina en el cuerpo. Sin embargo, no estoy del todo seguro si este tipo de guerra psicológica surtirá efecto.

Entonces lo veo. José se quiebra. Baja un poco el arma. Este es justamente el momento que yo estaba esperando.

—Te tengo —le digo y me abalanzo sobre él de un salto, dispuesto a propinarle un fuerte derechazo. No obstante, con una inesperada habilidad José me esquiva y mi puñetazo termina en el vacío.

—¿Quieres pelea? ¡Pues la tendrás! —me dice y observo como tira un puñetazo que se me hunde en el estómago. El dolor dura apenas unos instantes, pues tenso los músculos abdominales justo a tiempo. Como resultado, recobro la compostura rápidamente y me pongo de pie frente a José. Nos miramos a los ojos por una fracción de segundo—. ¡Bu! —le digo. José parpadea y mi gancho se clava en su costado con tanta fuerza, que José se doblega y cae de rodillas.

—Richard, para. ¡Deja que la policía se encargue de esto! —estoy a punto de continuar mi pelea con José, cuando escucho a mi lado la voz horrorizada de Óscar, quien levanta las manos de forma tranquilizadora y apela por mi cordura.

Maldición. Óscar tiene razón. Pero cómo me habría encantado darle una paliza a este mafioso *wannabe.*

—Sí, vale —digo después de un momento y me saco el móvil del bolsillo. Antes de llamar al 911, echo un vistazo fugaz a los empleados de seguridad que presenciaron nuestro encuentro, petrificados y sin mover un dedo.

—¡Vosotros dos! ¿No os parece que este es vuestro trabajo? ¡Cogedlo, por favor! —les digo apuntando con el dedo a José, quien jadea de rodillas frente a mí. Lo miro en el momento justo que se incorpora, sujeta mi mano y me arrebata el móvil tirándolo salvajemente a algún sitio del comedor detrás de mí.

—¡Sin policía! Aclararemos las cosas entre los dos. ¡Esto *no se acaba hasta que se acaba!* —grita, suelta mi mano y corre hacia la puerta que conduce al área de la cocina, intentando escapar de nosotros y de la policía.

Me palpo la muñeca que José sujetó momentos antes y me aliso la ropa —. ¿Podrían seguirlo, por favor? —solicito con tono severo a los dos miembros de seguridad que simplemente miran el transcurso de la escena, impotentes—. ¡Ahora! —finalmente concluyo con un grito y un fuerte aplauso.

Parece que finalmente son conscientes de su posición y responsabilidad. Ambos emprenden la persecución de José. ¿Lograrán alcanzarlo? La verdad es que no lo sé. Pero ya me ocuparé de eso más tarde.

—Y ahora, volviendo a usted… —digo volviendo al prospecto que ha venido con Óscar—. Debo disculparme enormemente por esta escena, yo… —comienzo a decir, sin embargo, el cliente me interrumpe.

—Creo que ya he visto suficiente. Si usted está involucrado en negocios turbios de la mafia, esto se acabó —me dice con frialdad—. Hemos terminado aquí. Encontraré la salida por mi cuenta —dice, se despide asintiendo en mi dirección y la de Óscar y se marcha.

Óscar me lanza una fugaz y oscura mirada, entonces me da la espalda y se marcha detrás del prospecto—. Espere, puedo explicarlo todo… —le escucho intentar persuadir al interesado. Óscar nunca se rinde. Pero probablemente sea demasiado tarde para hacer que el cliente cambie de opinión.

Los observo por un momento y después recuerdo que me disponía a llamar a la policía. Aunque, ¿aún tiene sentido hacerlo ahora? Seguramente

José se ha marchado, furioso, de las instalaciones del hotel.

Pero antes de eso el desgraciado tiró mi móvil hacia las plantas del comedor para evitar que yo realizara llamadas. Me decido a buscar mi móvil primero; ya pensaré después en los siguientes pasos.

Capítulo 25 - Rosie

Eso no puede ser verdad. Debe ser un sueño, ¿o no? Este pensamiento me cruza la cabeza una y otra vez mientras estoy sentada en mi silla del comedor y presencio la escena que transcurre en la entrada.

Me encuentro petrificada por la conmoción y un escalofrío me recorre la espina dorsal cuando uno de los hombres menciona que quiere comprar el hotel y que Richard desea marcharse de Miami. Nada de esto tiene sentido para mí. Si es así, ¿por qué Richard me preguntó ayer si quería quedarme con él en Miami? ¿De verdad estaba siendo honesto conmigo? Pero ¿qué razones tendría para mentirme? Fue él quien hizo la propuesta. Si Richard no quería permanecer aquí, simplemente no tenía por qué preguntarme nada.

Siento como si dentro de mí se desenvolviera una pelea. Por un lado, una voz en mi interior me advertía que debía tener cuidado. *Este tío ya te abandonó en el pasado una vez. ¿De verdad crees que ha cambiado?* Y, por el otro, algo me decía: *Richard se arrodilló frente a ti. Él te quiere y se disculpó por sus errores del pasado. Merece una segunda oportunidad.*

Pero yo misma no sé a cuál voz debería escuchar y me siento sumamente insegura respecto a todo. Después de morder nerviosamente mi labio inferior durante unos segundos mientras sopesaba mis opciones, supe lo que debía hacer. Estaba a punto de mirar a Melissa y decirle que iría a confrontar a Richard directamente, cuando la puerta principal se abrió de golpe y un mexicano se paró frente a Richard y sus acompañantes, apuntándoles con un arma.

Melissa y yo nos quedamos sin aliento. Incluso escucho un pequeño grito, pero inmediatamente me llevo la mano a la boca para reprimirlo y me escondo debajo de la mesa con Melissa. Nadie debe vernos. Especialmente no ahora, cuando hay un demente con una pistola en el comedor.

Richard y el hombre con el arma hablan con voz excepcionalmente alta, al punto que sus voces se convierten en rugidos. Aún debajo de la mesa, contengo la respiración y se me acelera el corazón cuando Richard se aproxima al hombre e incluso lo provoca. Realmente no parece tenerle miedo. Por un lado, pienso que es realmente admirable. Por el otro, me

parece una locura. Me da la impresión de que Richard se encuentra con este tipo de hombres a menudo. Después de todo, ¿quién se acerca así a alguien que le está apuntando con un arma? ¿Quizás Richard realmente tiene algo que ver con la mafia? ¿Hace negocios con ellos? ¿De verdad quiere vender este hotel? ¿O quizás el mismo pertenece al cartel?

Mis pensamientos corren desbocados. A medida que estas preguntas me inundan la cabeza, me doy cuenta de cómo algunas de ellas me parecen totalmente ridículas. Pero ¿a quién debería creerle? Hasta hace algunos momentos, jamás me habría imaginado que en mis vacaciones me encontraría con un tío armado en el comedor durante el desayuno. ¿Qué más podía suceder ahora? ¿Qué tan entrometido está Richard en estos asuntos turbios? ¿Quizás por eso actuó así ayer, cuando le pregunté cómo había conseguido los cinco hoteles? ¿Acaso no es posible que Richard haya llegado a la cima de una forma honesta?

La idea no me parece del todo absurda. Después de todo, ¿quién es dueño de cinco hoteles de lujo tan solo diez años después de graduarse? En cualquier caso, yo no conozco a nadie. Excepto a Richard. ¿Quizás todo era demasiado bueno para ser verdad y él en realidad esté envuelto en asuntos extraños?

—Oh, mierda, esto no se ve bien —susurra Melissa mientras está arrodillada a mi lado, interrumpiendo mis pensamientos. Con los ojos abiertos como platos, señala a través de las plantas.

Miro en la dirección que apunta y entonces comprendo a lo que se refiere. Richard se sostiene el estómago, probablemente después de que le propinaran un golpe. Sin embargo, recupera la compostura rápidamente y golpea al mexicano en un costado, quien cae al suelo exhausto por el dolor. Richard probablemente se dispone a darle una paliza, pero uno de los hombres que lo acompaña le aconseja llamar a la policía, lo cual evidentemente no le hace ninguna gracia al mexicano.

En su siguiente encuentro, le arrebata el móvil a Richard y lo tira cerca de donde nos encontramos Melissa y yo escondidas. El móvil aterriza al otro lado de la maceta que nos protege. Si tan solo meto el brazo entre las plantas, el dispositivo está al alcance de mis manos.

Miro el móvil y no estoy muy segura de qué hacer.

—Qué dices, ¿debería llamar a la policía? —le pregunto en voz baja a Melissa.

—No lo sé. Me parece que todo terminará en persecución —me dice señalando al mexicano, quien ahora huye precipitadamente.

—Tienes razón —le digo. Entonces presiono el botón de inicio del móvil para verificar que todavía funciona. Ni siquiera yo sé muy bien por qué lo hago, pues el móvil ni siquiera me pertenece. Me parece más un instinto. Yo misma hago esto con mi móvil cada vez que por alguna razón lo dejo caer.

La pantalla se ilumina totalmente y puedo ver los mensajes de WhatsApp de Richard. Seguramente desbloqueó el dispositivo antes de que el mexicano se lo arrebatara de las manos.

El primer chat me causa curiosidad, pues el nombre me resulta familiar. Es una conversación con Chantal.

Involuntariamente comienzo a temblar y sudar y literalmente puedo sentir cómo se me acelera el corazón. *No, ahora esto. Esto tampoco puede ser cierto…*

De verdad no quiero creer lo que veo ahí. Se me eriza el cabello de la nuca y siento un nudo en la garganta. Se que no debería estar viendo esto. Pero dejo todo mi sentido común a un lado y abro el chat de WhatsApp. Entonces lo veo. La fotografía claramente muestra el abdomen de una mujer. El mensaje debajo dice: *—¿Te gusta lo que ves? ¡Entonces ven aquí, esposo mío!*

Me siento mareada, como si fuese a perder la consciencia.

Miro la fotografía con incredulidad durante algunos segundos, pues no alcanzo a procesar lo que estoy viendo. Los últimos días pasan frente a mis ojos como un viaje en el tiempo. Nuestras dos cenas juntas, el sexo en el *spa*, el sexo en su cama. ¿Acaso todo fue una mentira? ¿Tan solo estaba usándome? ¿Qué no me dijo que todo se había terminado con Chantal? La fotografía que veo ahora mismo me indica todo lo contrario. ¿Realmente solo es un gilipollas que hace negocios turbios con la mafia? ¿En dónde me he metido?

Siento calor en el rostro e intento contener las lágrimas. No consigo secarme los ojos húmedos con la mano libre. Me siento traicionada, atacada por la espalda, usada, estúpida. Muchos sentimientos de mierda me invaden.

—¡Bloquea eso, cariño! —me dice Melissa, colocando su mano con dulzura sobre mi hombro y cogiendo con la otra el dispositivo, para que yo no continúe mirando.

—Oh, oh… mira quién viene hacia nosotras —me susurra Melissa y señala a través de las plantas.

Parpadeo para deshacerme de mis lágrimas y entonces lo veo. Richard camina hacia nosotros. Seguramente en busca de su móvil.

Al pensar en confrontarlo inmediatamente, siento cómo mi desesperación se convierte en pura rabia. Quizás recupere su móvil, pero puede olvidarse de todo lo demás.

—Rosie, ¿qué haces? —me pregunta Melissa cuando me escabullo de debajo de la mesa, me aliso la ropa y camino entre las plantas con el móvil de Richard en la mano. Ni siquiera me tomo el tiempo de responderle a Melissa. De cualquier modo, en unos momentos ella misma escuchará todo lo que tengo que decirle a Richard.

Capítulo 26 - Richard

—¿Rosie…? Yo… ¿qué haces aquí? —pregunto con sorpresa cuando Rosie de pronto aparece entre las plantas del comedor. Me hubiera esperado todo menos esto. Yo estaba pensando en la mejor manera para deshacerme de José y de repente Rosie está aquí, frente a mí.

Entonces veo que tiene mi móvil en la mano—. Oh, genial. Lo encontraste. Muchas gracias —intento coger mi móvil con la mano, pero ella lo aparta de mi alcance.

—Oye, ¿qué pasa? —le pregunto, confundido. No es un buen momento para bromear. ¿Acaso no vio todo lo que sucedió aquí? Entonces la miro fijamente. Tiene las mejillas enrojecidas y los ojos húmedos. ¿Realmente encontró la situación tan abrumadora?

—No te preocupes, estoy bien. Tan solo es… —quiero acercarme a Rosie para abrazarla, pero ella se aleja de mí.

—Quédate donde estás. No te me acerques más —me dice en un susurro.

—¿Qué pasa? ¿Te ha sucedido algo? —al principio no entiendo lo que ocurre y por qué Rosie actúa de manera tan despectiva conmigo. ¿Quizás tiene algo que ver con José? ¿Quizás ella malinterpretó la situación igual que lo hizo el posible comprador y…? Entonces me doy cuenta. ¿Acaso es por la cuestión de la venta del hotel?

—¿Qué pasa? ¡Lo que pasa es que eres un gilipollas! —vocifera Rosie, me arroja el móvil al pecho para que yo pueda cogerlo y después pasa a mi lado sin decir una palabra más.

—Oye, espera… —la llamo y me giro para ir detrás de ella.

—Déjala en paz. Mejor escríbele a tu Chantal cuando quieras follar —escucho otra voz y entonces veo a la amiga de Rosie pasa a mi lado, frunciendo el ceño y señalando mi móvil despectivamente con el dedo.

Miro el dispositivo, activo la pantalla y de pronto me doy cuenta de por qué Rosie está tan molesta. Me quedo mirando el último mensaje en el chat de Chantal. Seguramente Rosie lo vio cuando cogió mi móvil.

—¡Mierda! —se me escapa de la boca.

—Sí, realmente eres una mierda —escucho la voz de Rosie—. Me sorprende lo estúpida que fui al creerte. ¿Con cuántas mujeres juegas al

mismo tiempo?

Me giro para mirarla. Mi exclamación parece haberla provocado de alguna manera, haciendo que Rosie se detuviera para continuar con la discusión.

—Espera un momento. Puedo explicarlo. Yo… —intento calmar a Rosie y camino hacia ella.

—Ah, ¿sí? ¿Qué vas a explicarme? ¿El hecho de que quieres vender el hotel, haces negocios con la mafia y follas con Chantal? ¿Todo eso? —me interrumpe Rosie llevándose las manos a las caderas. Jamás la había visto así. Realmente está fuera de sí. Su amiga le pasa un brazo por los hombros de manera protectora.

—Vamos, Rosie. No tiene sentido, es hora de marcharnos —le dice intentado marcharse del comedor con ella.

—No. Lo mío con Chantal se terminó. Mi divorcio concluye la semana que viene, yo… —sin embargo, mis palabras no surten efecto. Estaba a punto de comenzar a explicarle todo, pero parece como si mis palabras le dieran una bofetada a Rosie. Me mira levantando las cejas y se tapa la boca con incredulidad.

—¿Qué? ¿Sigues casado? No lo puedo creer —me dice en un susurro frío. De verdad me parece que le resulta difícil no gritar, pues el horror está dibujado en su rostro.

—¡Ven, ahora! Nos marchamos —dice su amiga, arrastrando a Rosie consigo ahora con más fuerza.

—No. No lo entiendes. Ella está demente. Esto no significa nada. Permíteme explicarte, por favor —le suplico, mirando mi móvil. Sin embargo, Rosie niega silenciosamente con la cabeza mientras se enjuga las lágrimas que ahora le recorren el rostro.

—Me mentiste, Richard —dice con frialdad. Entonces permite que su amiga le dé la vuelta y ambas desaparecen con paso rápido a través de la puerta principal del comedor.

Soy consciente de cuánto la he lastimado.

Las miro brevemente mientras me pregunto cómo solucionar todo. Definitivamente no quiero perder a Rosie. No otra vez.

—¡Señor! ¡Este tío está amenazando a un empleado de la cocina con la pistola! —escucho la voz de uno de los empleados de seguridad, quien jadea y sale por la puerta de la cocina.

—¿Qué? —pregunto en su dirección con incredulidad.

—Dice que quiere hablar contigo o le disparará en la rodilla —me explica mi empleado.

Me giro para mirarlo y después nuevamente en la dirección por la que Rosie y su amiga abandonaron el comedor. —¡Joder! —maldigo y lleno de ira golpeo con el puño una de las mesas que está a mi lado.

—¡Señor! ¿Podría venir? —me pregunta el empleado de seguridad con cautela, mas la urgencia en su voz es evidente.

—Sí, sí. Vale. Ya voy —camino lentamente hacia él. El empleado parece aliviado de que yo me dirija a aclarar la situación claramente delicada que ahora mismo se desenvuelve en la cocina. Mientras me acerco a él miro por encima del hombro en varias ocasiones, sin embargo, hace tiempo que Rosie y su amiga desaparecieron del comedor.

—Por aquí, señor —me dice el empleado y con un ademán me indica que lo siga. Nos apresuramos a cruzar la puerta hacia la cocina y caminamos a lo largo de un estrecho pasillo pintado de blanco, a cuya izquierda y derecha hay varias puertas. Al final del pasillo nos encontramos con una puerta en la que se puede leer *Cocina* en letras grandes.

Mientras caminaba por el pasillo, sentí la forma en que mi enojo por José incrementaba. Ese gilipollas realmente se interpone en todo. Preferiría ir detrás de Rosie para aclarar este malentendido. Estoy bastante seguro de que podría explicarle todo esto. Pero ¿cómo estoy tan seguro de ello, después de todo? ¿Quizás tan solo se trata de una esperanza tonta y sin fundamento? Siento una sensación de malestar en el estómago y me enloquece el hecho de no poder resolver las cosas de inmediato.

—Señor Evans. Qué gusto volvernos a encontrar —me saluda José desde una de las esquinas al fondo de la cocina. Ahí sostiene a uno de los cocineros y presiona un arma contra el costado de su abdomen. El empleado está conmocionado y me mira con los ojos abiertos como platos. El otro empleado de seguridad está de pie frente a ellos. Miro alrededor de la cocina, que por lo demás, parece desierta.

—Le pedí a todos que se marcharan —dice el segundo empleado de seguridad—. Tan solo nosotros estamos aquí.

—Bien hecho —lo felicito y clavo la mirada en José—. ¡Y tú! ¡Por favor deja a mi gente en paz y vete a la mierda! —le espeto con voz firme.

—¡Quiero mi dinero! ¡Ahora! —dice José sin inmutarse por lo que le digo mientras me sostiene la mirada.

Suspiro—. ¿Cuánto quieres para dejarnos en paz y desaparecer? —le pregunto enfadado y señalo a todos los que quedamos en la cocina.

—Mil dólares —responde José.

—¿Mil dólares? ¿En serio? ¿Por mil dólares estás montando este numerito? —digo metiéndome la mano en el bolsillo para coger mi billetera.

—Oye, ¿qué haces? —me pregunta frenéticamente y me apunta con el arma.

—Buscando el dinero. Dijiste que debía pagarte ahora, ¿o no? —le pregunto, mientras levanto las manos sobre la cabeza.

—Bien. Pero *tranquilito* —me dice con sospecha.

Lentamente deslizo la mano derecha dentro de mi bolsillo y saco el fajo de dinero que siempre llevo conmigo.

—Aquí está —sostengo el dinero sobre mi cabeza.

—¡Tíramelo aquí! —José señala el suelo de la cocina frente a él.

—No, tienes que venir por él. Y, antes de eso, suelta a mi hombre —le digo y extiendo la mano con el fajo de dinero.

José parece estar sopesando sus opciones, luego le da un codazo al cocinero y lo tira al suelo. Entonces camina hacia mí, apuntándome con el arma.

—Déjenlo. Mejor ocúpense de él —le ordeno a los dos empleados de seguridad que están a punto de detener a José mientras señalo al cocinero tendido en el suelo. Se está poniendo de pie y parece ileso.

—Ahora, cógelo y lárgate —digo mientras le extiendo mi mano con el fajo de dinero.

—Oye, espera, estos solo son billetes de un dólar, y son menos de cien… —dice José sorprendido, apartando la mirada de mí y fijándola en el fajo de dinero.

Por supuesto que no llevo mil dólares en el bolsillo. ¿Pero qué piensa este tío? ¿Qué tan solo porque soy propietario de un hotel llevo tanto dinero en efectivo conmigo?

Sin embargo, mi distracción funcionó. Lo golpeo con la otra mano. Mi puño impacta contra su cara y José se desploma en el suelo. En menos de un segundo estoy hincado a su lado y cojo su arma.

—Ocúpense de él y sáquenlo de las instalaciones —el personal de seguridad asiente a modo de confirmación.

—¿Y tú? —digo mirando a José—. Ni se te ocurra volver a aparecerte por aquí, ¿entiendes?

José frunce el ceño en silencio. No sé si ya lo ha entendido o si el asunto finalmente ha llegado a su fin. Pero tampoco me importa.

Me levanto, le entrego el arma a uno de los empleados de seguridad y camino apresuradamente hacia la salida. Este asunto parece estar resuelto por ahora, así que tan solo tengo la cabeza para pensar en una cosa. Tengo que encontrar a Rosie y explicárselo todo. Ahora.

Capítulo 27 - Rosie

24 horas después…

Lamentablemente, estoy sentada en el sofá de mi apartamento en el cuarto piso. Tengo una taza humeante de chocolate caliente en una mano y el mando a distancia en la otra. Es la tercera taza que bebo hoy, pero no me importa. Es el primer día que paso sola e intento reprimir mis pensamientos distrayéndome con algún programa de televisión irrelevante. Sin embargo, no lo consigo. Continúo cambiando de un canal a otro. Nada me parece interesante, realmente. Simplemente no logro concentrarme en nada.

Suspirando, apago el televisor, me quito la manta de los pies y me pongo de pie para mirar a través de mi pequeña ventana. El cielo en Nueva York está repleto de nubes oscuras y la ligera llovizna parece empapar todas las casas y calles por completo.

Miro hacia abajo y observo algunos transeúntes corriendo de un lado a otro con sus paraguas o maletines sobre la cabeza. Cada uno de ellos parece tener un objetivo definido. ¿Yo tengo uno? La verdad en estos momentos no me parece así.

El día anterior se repite frente a mis ojos, como una película. Antes del desayuno creí que quizás viviría en Miami para siempre en compañía del hombre de mis sueños. Pero, de un momento a otro, todo se desmoronó. La triste verdad salió a la luz.

Apoyo la barbilla entre mis manos y continúo mirando por la ventana, sin fijar la vista en ningún punto en particular. Tan solo miro al vacío. ¿Cómo pude caer por Richard tan rápido? ¿Por qué me dejé llevar por el sexo apresurado? ¿Quizás permití que mis viejos sentimientos del pasado me cegaran? Quizás esos sentimientos nunca desaparecieron.

Pero claro, ¿qué mujer no desearía un príncipe de ensueño, que además se ve increíble, cumple todos tus deseos y te hace sentir como una princesa? ¿Acaso me dejé llevar por el hecho de que Melissa encontró a su príncipe azul y pronto se casará con él? ¿Quizás, en el fondo, yo quería vivir lo mismo?

No, yo no era así. Al menos, eso es lo que esperaba. Todavía podía sentir los latidos de mi corazón acelerarse cada vez que pensaba en Richard.

Todavía tenía sentimientos por él y me dolía mucho. Me encantaría poder arrancarme el corazón del pecho, pisotearlo y deshacerme de todos mis sentimientos de una vez por todas. Oh, joder, si tan solo fuera así de fácil.

En lugar de ello, tan solo estoy aquí en mi pequeño piso en Nueva York, ahogando mi dolor en una taza tras otra de chocolate caliente. ¿Qué estará haciendo Melissa ahora mismo? Me encantaría tener compañía. Es más fácil lidiar con el dolor si tienes a alguien a tu lado.

Sin embargo, cuando volvimos de Miami fui yo quien insistió en que Melissa volviera con su prometido y no pasara la noche conmigo. Él seguramente esperaba con ansias el regreso de su prometida y no sabe nada de todo el alboroto que vivimos en el viaje.

Melissa estuvo para mí todo el día de ayer. Fue ella quien reaccionó rápidamente después de la escena en el comedor; corrió a la habitación, cogió nuestro equipaje y llamó a un taxi para que nos llevara al aeropuerto.

No pronunciamos ni una sola palabra durante el trayecto en taxi o dentro del aeropuerto. Después de todo, ¿de qué podíamos hablar? ¿Sobre lo terriblemente mal que transcurrió el fin de semana, el cual debería haber sido la despedida de soltera de Melissa?

Bebo un enorme sorbo de mi taza para agregar un poco más de azúcar a mi remordimiento de conciencia. Pero ¿qué clase de amiga soy? Se suponía que el fin de semana era para celebrar a Melissa. En cambio, lo disfruté en compañía de un hombre que me rompió el corazón en el pasado…

El vuelo de regreso llegó puntual y, de alguna manera, hasta el último instante deseé que las cosas terminaran como una de esas películas románticas y cursis, justo como las que pasé casi toda la noche viendo desde el sofá: el hombre se da cuenta de que ha cometido un error, el avión se detiene justo antes del despegue, él entra la cabina, se disculpa frente a todos por sus errores y sale del avión con la mujer en sus brazos. Todos aplauden la conmovedora reconciliación.

Pero no fue así. Aquí tan solo existía la cruda realidad. Nadie vino a buscarme al aeropuerto. Me estremecía cada vez que alguno de los anuncios resonaba a través de las bocinas en la sala de espera. Pero nadie llamó nuestro nombre. Todo transcurrió su curso y el avión despegó según lo planeado.

Durante el vuelo de vuelta a casa, dormí sobre el hombro de Melissa. Cuando llegamos a Nueva York, sacamos nuestros abrigos de invierno de

las maletas y Melissa me acompañó hasta mi piso en taxi. Realmente era una amiga fenomenal y había hecho más que suficiente por mí, así que por eso insistía que finalmente fuera a ver a su prometido Darren.

Quizás tan solo insistí tanto porque realmente quería escuchar que todo estaba bien entre los dos. Melissa había actuado de una manera un tanto extraña durante el fin de semana. La forma en que bailó con Marc, la búsqueda a medias por encontrarlo, su desaparición repentina con todo su equipaje y los comentarios de que las cosas iban demasiado rápido como para tener hijos… todo ello me hizo preocuparme aún más. No quería que ambas termináramos lamentándonos juntas en el sofá de mi pequeño piso.

—Estaré bien —insistí en varias ocasiones, aunque sabía perfectamente que eso no era verdad. No me sentía nada bien. La pena y el dolor me devoraban por dentro. Aun así, esperaba que todo estuviera bien entre Melissa y Darren. ¿Qué pasaría si Melissa y yo debíamos lidiar con una ruptura amorosa al mismo tiempo?

El timbre de mi móvil me arranca de mis pensamientos. Le doy la espalda a la ventana y camino hacia la mesita de café. Mientras lo hago, me doy cuenta de cuánto deseo que sea Richard quien me llame.

Pero ¿cómo podría hacerlo? Ni siquiera tiene mi número. ¿O quizás sea Melissa? Si es así, ¿qué tendrá que decirme?

Miro la pantalla del móvil para dejar todas mis conjeturas de lado. Es el arrendador de mi salón de manicura. Suspiro y continúo mirando el dispositivo sin coger su llamada. Es lo que menos necesitaba en estos momentos.

Hoy por la mañana hablé con mi aseguradora. El incidente continuaba en examinación, pero me comentaron que era posible que el incendio fuera consecuencia de una negligencia y, en dado caso, ellos no asumirían los daños.

Mi arrendador me llama insistentemente y me lamento por haber desactivado mi buzón de llamadas en el aeropuerto, presa de la desesperación. Lo desactivé sin pensármelo dos veces, convencida de que no quería que Richard se apareciera en mi buzón intentando recuperarme. O quizás simplemente lo hice porque quería sentir que tenía el poder de tomar una decisión, en lugar de simplemente sentarme en la sala de espera lamentándome por lo mal que estaba todo en mi vida.

De cualquier manera, este pequeño cambio significaba que la llamada de mi arrendador no finalizaría. Y tampoco sería redirigida al buzón. Y el tío era muy persistente.

—¿Hola? —saludo a mi arrendador sin más preámbulos; decido que es momento de tomar acción y terminar con la situación lo antes posible.

—Por fin respondes. ¿Pero qué es lo que pasa? —me pregunta mi arrendador en tono áspero.

—No pasa nada. ¿Qué quieres? —le respondo, molesta.

—¿Cómo que qué quiero? Tus estúpidos esmaltes incendiaron mi local. Así que me tomé la molestia de llamar a tu aseguradora esta mañana —comienza a decir.

—¿Qué? ¿Cómo sabes quién es mi ase…? —comienzo a decir, pero me interrumpe.

—Me enviaste copias de algunos documentos antes de ocupar el local. ¿No te acuerdas? Le he solicitado un comprobante de seguro —me explica mi arrendador con tono severo y luego continúa—. ¡De cualquier manera, esto no se ve nada bien!

—Lo sé —respondo brevemente. Simplemente no tengo la fuerza necesaria para entablar esta discusión.

—Oh, así que lo sabes. Sin embargo, ¿no eres capaz de contactarme? ¿Crees que esconderte te ayuda en algo, señorita? —me pregunta energéticamente—. Te pido que abandones la tienda hoy mismo y me transfieras el dinero a mi cuenta a más tardar mañana. Me he cansado de esperar.

—Un momento. Tú no puedes….

—Claro que puedo y lo haré. Si no desalojas el local para mañana, yo mismo lo sacaré todo de ahí. Buenos días —me dice con tono estricto y finaliza la llamada, sin más.

—¡Mierda! —se me escapa. Vale, supongo que no tengo alternativa. ¿Cómo se supone que desaloje el local hoy mismo? ¿Y de dónde se supone que saque tanto dinero de un momento a otro? ¿Acaso puede pedirme que haga esto, realmente? ¿No debería discutirlo con mi arrendador y la policía, antes que nada?

Me dejo caer en el sofá. No puedo contener las lágrimas de desesperación. Simplemente las dejo correr. Ruedan sin control por mis mejillas, acompañadas de fuertes sollozos.

Capítulo 28 - Richard

Estoy sentado en la silla giratoria de mi oficina. Con la mano derecha me empujo del borde de mi escritorio para que la silla gire suavemente sobre su propio eje mientras miro fijamente los paneles de roble en el techo de la habitación.

Si alguien me viera, pensaría que estoy infinitamente aburrido, completamente apático y patético. Probablemente nadie pensaría que el propietario de varios hoteles de lujo comenzaría así su día.

Pero la verdad es que me da igual. Todo me da igual. Ni siquiera me importa la vista desde las ventanas de mi oficina, a través de las cuales es posible ver el mar a lo lejos. Le dije a Riley, mi asistente, que no quería que nadie me molestara el día de hoy.

A causa de la ira en mi voz y mi mirada, presiento que Riley se percató de que en esta ocasión era diferente—. ¡Lo entiendo, señor! ¡No recibirá ningún tipo de interrupción hoy! —me susurró y se puso a trabajar de inmediato. Podía sentir cómo Riley me observaba mientras yo caminaba de vuelta a mi oficina. Pero también me daba igual. Esta vez me tomé las cosas tan en serio, que cerré la puerta de la oficina desde dentro y dejé la llave dentro de la cerradura. Tan solo así podía estar 100 % seguro de tener paz y tranquilidad.

Pero, después de todo, ¿quién podría venir? Muerdo la punta de mi bolígrafo. ¿Óscar? ¿El cliente potencial? ¿O quizás José? O Rosie…

Pensar en Rosie me hace apretar la mandíbula demasiado. El bolígrafo se rompe entre mis dientes.

—Mierda, material barato —bramo enfadado y tiro el bolígrafo a través de la oficina. Miro a un lado mientras escucho los fragmentos del bolígrafo repiquetear contra el suelo en algún sitio detrás del minibar.

Obviamente el bolígrafo no es el culpable de que me encuentre tan irritable. Acabo de destrozar un bolígrafo Mont Blanc. El ejemplar que está en el suelo probablemente me ha costado una suma de cuatro dígitos. Es todo menos barato.

Esa es la razón por la que quiero estar solo el día de hoy. Estoy enfadado. Enfadado con todos y por todo. Pero, sobre todo, enfadado

conmigo mismo. Arruiné las cosas con Rosie, otra vez. Y ayer, después del espectáculo de José en la cocina, no volví a encontrarla.

Ayer, envuelto en locura, lleno de adrenalina y un revoltijo impresionante de emociones, caminé desde la cocina hasta el comedor. No había rastro de Rosie ni de su amiga. De alguna manera, ya me esperaba que fuera así, sin embargo, no aminoré el paso mirando a mi alrededor. ¿Quizás había vuelto, después de todo?

Negué con la cabeza. No. ¿Por qué lo haría? Entonces continué mi búsqueda. Rodeé la enorme área de la piscina y por primera vez maldije su enorme tamaño y el barullo en la zona. Había tumbonas por todas partes, entre las palmeras y el césped. No tenía ningún plan definido para encontrar a Rosie. Simplemente corrí frenéticamente de una tumbona a otra, inquietándome cada vez más a medida que mi búsqueda se extendía.

Entonces caminé hasta la playa, hasta la pequeña cabaña en la que pasamos juntos la tarde anterior con una fabulosa cena al atardecer. Revivo la imagen en mi cabeza. Ayer decidimos que volveríamos a intentarlo. Bueno, en realidad no lo decidimos, pues Rosie quería pensarlo antes de volver a discutirlo. Pero ahora todo eso me parecía tan lejano. ¿Dónde estaban ella y su amiga?

Cuando no logré encontrarla en el pequeño y escondido rincón de la playa detrás de la cabaña, contuve la respiración e intenté pensar con más claridad. ¿Qué debía hacer ahora?

Pasaron los segundos y después de lo que me pareció una eternidad, se me ocurrió una idea. Realmente habría sido lo más sensato y lógico desde el principio. La recepción no estaba muy lejos de la entrada del comedor. Ahí podría haber solicitado el número de su habitación o quizás incluso alguien habría sido capaz de indicarme si Rosie ya se había marchado del hotel.

Me golpeé la frente con la mano derecha sin entender por qué no se me había ocurrido eso antes. ¿Cuánto tiempo había perdido con todo el asunto de la cocina, la discusión con José y mi búsqueda sin sentido? ¿Media hora? ¿Una hora? La verdad es que no lo sabía con certeza.

Regresé corriendo a las instalaciones del hotel. Simplemente ignoré todas las miradas y preguntas de los empleados que me preguntaban qué sucedía.

—Necesito saber en qué habitación se aloja un huésped —le dije jadeando al empleado de la recepción tres minutos después.

—Por supuesto, señor. ¿Cuál es el nombre? —me preguntó cortésmente.

—Rosie. Rosie Griffith —respondí de inmediato. Fue sorprendente lo rápido que se me vino a la mente su apellido de soltera. Tenía muchas esperanzas de aún fuera el correcto y nuevamente me sentí enormemente enfadado por no haberle pedido su número de teléfono. Pero ¿para qué? Simplemente no tuvimos necesidad de hacerlo durante el fin de semana.

—Lo siento mucho, señor. Pero no tenemos ninguna reserva con ese nombre —me dijo el empleado mientras me miraba con preocupación.

—¿Qué? ¡Eso no es posible! —exclamé—. ¿Dónde has buscado?

—Debajo… debajo de los números de las tarjetas de crédito —respondió, visiblemente inquieto.

—¡Ella…! —comencé a gritar, sin embargo, me detuve cuando me percaté de que el sudor comenzaba a acumularse en su frente—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí? —le pregunté, intentando tranquilizarme.

—Desde ayer —respondió dócilmente.

—Permíteme —respondí, cogiendo su teclado y el *mouse* de su ordenador. Sin una palabra, mi empleado se hizo a un lado para darme espacio. Hice clic en la pantalla y de inmediato me percaté de que había abierto un programa completamente erróneo. Finalmente encontré el nombre debajo de los detalles de la reserva.

Lo que leí me heló la sangre.

—Señor, ¿se encuentra bien? Lo siento, yo… —el joven comenzó a justificarse. Sin embargo, hizo un ademán con la mano y el empleado se interrumpió a media frase. Era bastante malo que la inducción a mis empleados no fuera óptima, no obstante, eso no me importaba en estos momentos. Me importaba mucho más lo que podía ver en la pantalla del monitor:

CHECK-OUT: HECHO

Las letras rojas resaltan desde la parte superior de la pantalla. También hay una hora en el registro. Miro el reloj del vestíbulo y noto que ha pasado poco más de una hora desde que Rosie y su amiga realizaron el *check-out*.

—¡Mierda! —exclamé y golpeé el mostrador con el puño. El joven se estremeció e hizo una mueca. Tenía suerte de que no hubiera ningún

huésped en esos momentos. Estoy seguro de que eso no habría dado una buena impresión de mí.

Rosie no había perdido el tiempo y salió furiosa del hotel después de nuestra discusión. Eso me quedaba más que claro. Este pensamiento me dolió profundamente, pues sentía que ambos estábamos conectados por algo más que el sexo salvaje que tuvimos durante los últimos días. El viejo vínculo que existió entre nosotros hace diez años finalmente había vuelto. Quizás nunca desapareció.

Mientras miraba en la dirección a la entrada principal, reflexionando respecto a qué hacer a continuación para recuperar a Rosie, me percaté de que no quería a ninguna otra mujer que no fuera ella. En el pasado, ella fue el amor más grande de mi vida. Y, durante los últimos dos días, este amor había vuelto a mi vida como una luz que yo no estaba dispuesto a cambiar por nada del mundo.

Justo cuando se me ocurrió una idea, el timbre de mi móvil me arrancó de mis pensamientos. Me lo saqué frenéticamente del bolsillo y contesté la llamada sin siquiera mirar el número.

—¿Sí? —dije y en el fondo esperé que fuera Rosie quien me respondiera.

—¿Qué pasa contigo, Richard? ¿Cómo pudiste ocultarme algo así? —escuché la voz de Óscar al otro lado de la línea. De alguna manera, me decepcionó no escuchar la voz de Rosie. Pero, después de todo, ¿cómo me iba a llamar, si ni siquiera tenía mi número? Es curiosa la manera en que funciona la imaginación.

—¿A qué te refieres exactamente? —le pregunté a Óscar un tanto cortante.

—¿A qué me refiero? Joder macho, quiero saber desde cuándo haces negocios con la mafia —bramó en el teléfono. Pude escuchar que Óscar finalmente había perdido la paciencia y estaba profundamente cabreado. Quizás tenía razón de estarlo, pero eso no era importante. Al menos no para mí.

—Óscar, hablemos de esto en otro momento. Tengo que… —comencé a decir, pero me interrumpió.

—¿Disculpa? Te llevé a uno de los hombres más ricos del país para que tú puedas largarte a las Bahamas. Usé todas mis estrategias mientras tú te besuqueabas con una de tus huéspedes en la pista de baile. Amenazaron a

mi cliente con un arma en el comedor de tu hotel y ahora planea llamar a la policía, ¿todo eso te da igual? —me grita Óscar.

—¿A la policía? —pregunté con incredulidad. Me tragué el nudo que se me formó en la garganta. No tenía nada que ocultar, pero simplemente no encontraba agradable el hecho de tratar con autoridades y funcionarios públicos. Probablemente una herencia de mi juventud. Simplemente no toleraba a ese tipo de gente.

—Sí. Espero poder disuadirlo, pero no estoy seguro. Yo… —continuó Óscar. Esta vez fui yo quien lo interrumpió.

—Yo tampoco estoy seguro —dije mientras miraba al exterior a través de la recepción; tres patrullas estaban llegando. Al menos vienen sin luces intermitentes, pensé con alivio para mis adentros, con un poco de esperanza.

—Debo colgar ahora. Hablamos más tarde —me despedí de Óscar y concluí nuestra conversación. Mis ojos permanecieron clavados en mi móvil por un momento. Una vez que la llamada finalizó, pude ver la aplicación que utilicé por última vez.

Me quedé mirando la conversación de WhatsApp entre Chantal y yo, en donde se podían observar fotografías de su coño afeitado y toda su palabrería barata. Mis pensamientos se aceleraron cuando por el rabillo del ojo vi que la policía caminaba en dirección a la puerta principal.

En mis recuerdos, Rosie estaba de pie frente a mí nuevamente, arrojándome el móvil contra el pecho. Ella había visto los mensajes de Chantal y la foto, eso era evidente. Me sentí molesto conmigo mismo por no tener contraseña en el móvil. Era una decisión que tomé por mera comodidad y conveniencia, pues me molestaba desbloquear el móvil constantemente y me restaba tiempo importante de mi vida cotidiana.

—¡Mierda! —maldije por lo bajo mientras continuaba mirando la conversación de WhatsApp que ciertamente se había convertido en mi perdición.

—¿Señor Evans? Policía de Miami —me saludó una profunda voz masculina. Levanté la mirada y vi que uno de los oficiales se había quitado la gorra azul de la cabeza y estaba de pie frente a mí, hablándome.

—Sí. ¿Cómo sabe que yo…? —comencé a preguntar.

—Gracias a los numerosos artículos de la prensa. Su hotel. Usted es bastante conocido —me dijo el oficial de policía y pude escuchar un atisbo

de sorpresa en su voz. Quizás en los tratos con la policía realmente existía una enorme diferencia entre un adolescente rebelde fumando hierba en el parque con sus amigos y un rico empresario.

—¿Cómo les puedo ayudar? —pregunté, intentando sonar lo más imparcial posible.

—Recibimos una llamada. ¿Podríamos continuar la conversación en su oficina? —me preguntó en voz más baja.

—Sí, por supuesto. Pero ¿sería posible dejar esto para mañana? Aún tengo una cita importante que atender —le pregunté al oficial, recordando mi plan para encontrarme con Rosie en el aeropuerto a tiempo.

—Lo siento. Eso no es posible. Hay sospechas de que se cometió un delito grave aquí. No podemos posponer ni concertar citas. Así que, ¿vamos? —me preguntó el oficial. Su tono de voz cambió ligeramente y se irguió hasta su altura máxima.

Dudé por unos segundos y miré a través de él, hacia la puerta principal y hacia el vacío. Podía sentir cómo mi plan de encontrarme con Rosie en el aeropuerto se me escapaba de las manos…

Toc toc toc

—Señor Evans, ¿se encuentra bien? ¿Necesita algo? —escucho la voz de Riley detrás de la puerta mientras la golpeaba con los nudillos, arrancándome de mis pensamientos.

—No —bramo hacia la puerta y nuevamente me enfurezco ante la incompetencia de mi asistente. Entonces me levanto de la silla y camino hacia la ventana.

La conversación de ayer transcurrió bien, pero me tomó casi cuatro horas explicar a los oficiales de qué se trataba todo el asunto con el tal José. Después de que finalmente se marcharon, ya tenía una lista de todos los vuelos de Miami a Nueva York preparada en mi ordenador. Sin embargo, era demasiado tarde. El último vuelo había despegado hacía una hora. Había perdido a Rosie y no podía recuperarla.

Me parecía que la página web con los detalles de los vuelos aún estaba en la pantalla de mi ordenador. Realmente no había salido de la oficina desde ayer después del almuerzo y había pasado la noche en el pequeño sofá de la esquina. Pero ¿dónde más podría haber ido?

Capítulo 29 - Rosie

Instintivamente envuelvo mis brazos alrededor de mí mientras camino en silencio detrás del arrendador, a través de los restos de mi salón de manicura. A pesar de mi abrigo de invierno, siento un frío helado recorriéndome todo el cuerpo.

No es de extrañar. Los escaparates probablemente cedieron a causa del calor del incendio. El piso está cubierto de ceniza, por lo que caminamos uno detrás del otro a través del local semioscuro en dirección a la supuesta fuente del incendio.

—Aquí está —dice el arrendador con frialdad y señala con la mano extendida a un armario al final de mi salón de manicura, en el cual yo solía almacenar los esmaltes y los aceites esenciales. Alumbra con su linterna el sitio donde guardé un nuevo pedido antes de marcharme. Ahora tan solo había restos carbonizados del armario esparcidos por el suelo. Había una enorme mancha negra en la pared detrás de él. Casi me da la impresión de que alguien arrojó pintura negra. Sin embargo, el aroma a azufre y madera quemada indica que definitivamente no fue así. Eso de ahí no es pintura.

—¿Qué se supone que significa esto? —pregunto señalando la mancha negra en la pared.

—Todo comenzó aquí. La brigada de bomberos asume que fue una explosión —escucho la voz de mi arrendador a un lado mío, en la oscuridad. Me alegro de no poder ver su rostro a través de la luz de la linterna. Él ha querido deshacerse de mi durante mucho tiempo. Una y otra vez se burló de mí y mi estudio. Seguramente toda esta situación le conviene y está haciendo de las suyas.

—¿Una explosión? ¿Y cómo se supone que ocurrió eso? Tan solo eran esmaltes y… —pienso en voz alta.

—El cuerpo de bomberos asume que fue una combustión espontánea. Aparentemente sucede a menudo cuando importas mierda desde Asia —me interrumpe con brusquedad.

No sé qué decir al respecto. Este tío es un gilipollas. Me pregunto de nuevo qué me impulsó a venir aquí después de su llamada. ¿Quizás fue simplemente por desesperación? No estoy segura de por qué le llamé diez

minutos más tarde para preguntarle si podíamos echarle un vistazo a la tienda juntos. ¿Qué esperaba? ¿Qué me abrazara y se compadeciera de mí? Él no es ese tipo de persona. Eso me había quedado claro después de sus numerosas llamadas telefónicas. Es un frío hombre de negocios y lo único que busca es obtener el máximo beneficio posible para sí mismo.

Sin embargo, quiero hacer todo lo posible. No lograré desalojar el local para mañana. Tampoco tengo dinero para pagar a una compañía de mudanza y limpieza ni mucho menos para pagar todos los daños, en caso de que mi compañía aseguradora también me decepcione. Tengo que ganar algo de tiempo.

—Señor Wilson, ¿podría darme un poco más de tiempo? Necesito realizar algunas llamadas y encontrar manos que me ayuden —pregunto a la oscuridad y atisbo ligeramente por encima del haz de la linterna, al sitio en donde sospecho que está su rostro.

—¿Cuánto te he dado? ¿Qué has estado haciendo durante los últimos tres días, señorita?

—Estaba en Miami con una amiga, tan solo… —intento explicar. No quiero mentirle, pues me propuse a ceñirme a la verdad, pero el señor Wilson me interrumpe.

—Ah, ¿así que estabas de vacaciones mientras aquí se desataba el infierno y yo me hacía cargo de toda esta mierda solo? —su voz se vuelve cada vez más fuerte y miro su mano que aparece en el haz de la linterna, señalando el local destrozado.

—Lamento haberle causado tantas molestias —respondo. Por un momento, pienso en explicarle que no habría sido de ninguna ayuda el venir aquí, impotente, al local incendiado. Ya le había informado de la situación a la compañía aseguradora. ¿Qué más podría haber hecho, después de todo? Pero ¿realmente tenía sentido discutir el asunto con él, aquí y ahora? Probablemente no. El señor Wilson tenía su propia opinión. Suspirando, me doy por vencida.

—Tan solo unos días. Eso es todo lo que necesito —le explico y espero que, de alguna manera, acepte mi solicitud.

Sin embargo, realmente tampoco sé lo que me deparará en los días siguientes. Recuerdo que en Miami Melissa me ofreció generosamente su ayuda y la de Darren. Pero ¿realmente podía contar con ello? Su comportamiento había sido bastante extraño, al igual que su desaparición

repentina. Es de suponer que ambos tienen sus propios problemas, especialmente ahora que la boda se aproxima… si es que se llevará a cabo.

—Vale. ¡Tres días! Pero no más —dice el señor Wilson—. Y ahora, si me disculpas, tengo más cosas que hacer —me dice mientras camina a través de los restos del incendio en dirección a la salida, dejándome completamente sola en el local.

—Muchas gracias —digo a sus espaldas, aliviada.

Él abre la puerta. La luz del día entra en el local oscuro. Ahora es posible ver con claridad el alcance de la destrucción provocada por el incendio. Aspiro el aire con fuerza. El cuerpo de bomberos nos ha prohibido encender las luces, pues los circuitos podrían estar dañados. Hasta ahora tan solo había podido ver lo que estaba frente a mí, iluminado por el círculo de luz de la linterna. ¿Cómo se supone que limpiaré todo este desastre en tres días? Me parece imposible.

—¡Tres días! Entonces todo aquí debe estar limpio y las paredes pintadas. Te enviaré los cristales de las ventanas —me repite mi arrendador, como si se hubiera percatado de que acabo de caer en cuenta de la magnitud de la devastación—. Si no, yo mismo lo solucionaré —dice señalándome con el dedo y un segundo después ya ha desaparecido por la puerta, la cual deja abierta detrás de él.

¿Cómo se supone que haré todo esto? Es demasiado peso sobre mis hombros. Me siento como si alguien me hubiera colocado un saco de piedras en el estómago que ahora debo llevar conmigo a todas partes. Claro, por supuesto que puedo conseguir brochas y pintura. Pero ¿conseguiré pintar encima de estas paredes carbonizadas? ¿Y cómo se supone que sacaré del local los restos de mis pertenencias? Ni siquiera tengo coche.

Mi corazón se acelera. La situación cada vez me hace más ruido en la cabeza. Lucho en contra de las lágrimas y mis pensamientos me llevan de vuelta al mar en Miami. Me parece que fue hace una eternidad cuando Richard y yo cenamos juntos en la playa e hicimos el amor. Pero él me traicionó. Realmente no quería estar conmigo y se enviaba fotos provocativas con esta perra llamada Chantal. Seguro que también follaban. ¿En qué estaba pensando al involucrarme con él?

Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras me encuentro de pie, envuelta en mi abrigo y observando los restos de mi vida. Estoy petrificada.

Mi mirada se clava sobre los restos del teléfono que está en el suelo junto a los restos carbonizados de mi pequeño mostrador de recepción. Las partes plásticas del dispositivo se derritieron a causa del calor abrasador del fuego. La pantalla también estaba completamente negra. Lentamente me inclino para coger el dispositivo con la mano izquierda. Lo hago cuidadosamente, como si creyera que aún pudiera estar caliente y quemarme los dedos con él. Mientras miro el teléfono, me pregunto si valdrá la pena llamar a Melissa para consultar si su oferta sigue en pie. Me percato del enorme apuro en el que me encuentro. ¿A quién más podría pedir ayuda?

Justo cuando estaba a punto de comprobar si el dispositivo aún funcionaba, escucho un timbre de llamada. Me estremezco involuntariamente y dejo caer el teléfono de nuevo. Al impactar contra el suelo, algunos pedazos de plástico derretido se desprenden de él y se esparcen entre los escombros del suelo que me rodean los pies.

¿Acaso sonó el teléfono? No, el aparato ya no emite ningún sonido y ahora se encuentra completamente descompuesto frente a mí. Después de una fracción de segundo me percato de que fue mi móvil el que sonó, así que me lo saco del bolsillo del abrigo.

Rápidamente miro la pantalla y veo que es Melissa quien me llama.

—Hola, Melissa —la saludo brevemente mientras me seco las lágrimas.

—Rosie, ¿cómo estás?

—Más o menos —respondo.

—¿Podrías venir? Creo que hay algo que debería confesarte —me dice Melissa, sin preguntarme más por mí o lo que me sucede.

—Ah, claro. ¿Dónde estás? —como siempre, intento ser una amiga fuerte y bondadosa, incluso cuando no lo estoy pasando nada bien. ¿Quizás yo tenía razón? ¿Se terminó todo entre Melissa y Darren?

—En casa —me responde Melissa brevemente.

—Voy enseguida —digo y nos despedimos. Miro alrededor de mí una vez más y camino en dirección a la puerta. Ya no hay nada que pueda hacer aquí hoy. Así que me decido a ir directamente con Melissa.

Mientras llamo a un taxi con la mano, pienso en eso que tiene que decirme. Espero que no sea malo y aún pueda pedirle ayuda. Con o sin marido. La verdad es que no puedo superar esta situación por mi cuenta.

Capítulo 30 - Rosie

—Qué bien que hayas venido tan pronto —Melissa me abraza después de abrir la puerta principal del *penthouse* en el que vive con Darren. Bueno, estrictamente hablando, realmente es el apartamento de Darren y Melissa acaba de mudarse con él hace poco.

—Para eso están las amigas —le digo y sigo a Melissa a través del espacioso piso. En el interior hay un calor agradable y puedo ver un pequeño fuego ardiendo dentro de la chimenea detrás de la mesa del comedor. Las llamas chisporrotean tentadoramente y pequeñas motas encendidas flotan por encima de las flamas. El calor inmediatamente me hace sudar dentro de mi grueso abrigo de invierno. Me lo quito de encima y miro alrededor del apartamento.

—Si estás buscando a Darren, él no está aquí. Está con alguno de sus amigos en la ciudad —me explica Melissa con un guiño y una sonrisita en el rostro.

—Yo… sí… ¿Está todo bien entre vosotros dos? —pregunto, preocupada.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a estarlo? —me pregunta Melissa inclinando la cabeza ligeramente.

—Sonabas tan… diferente en el teléfono —hago una pausa. ¿Realmente debería decirle lo que pienso? Bueno, ¿por qué no hacerlo? Después de todo, Melissa es mi mejor amiga y debería saber si me encuentro preocupada por ella—. La forma en que bailaste con Marc en el club, la noche que pasaste en la playa después de nuestra primera noche en Miami y tu repentina desaparición con tu maleta, que aún no me logro explicar. Yo… —me detuve un momento y miré profundamente en los ojos de Melissa—. Estoy preocupada por ti. No, por vosotros. ¿Aún quieres casarte?

Melissa me mira con los ojos abiertos como platos mientras me escucha. No me interrumpe ni una sola vez. Cuando termino, hay un silencio sepulcral entre ambas. Nos miramos la una a la otra durante varios segundos. Entonces Melissa sonríe, extiende los brazos y se acerca a mí.

—Oh, Rosie. Eres tan dulce —nos abrazamos y Melissa me presiona contra su cuerpo. Entonces me suelta nuevamente y me sostiene por los

hombros mientras me mira directamente—. Te diste cuenta de que algo andaba mal y te preocupaste por mí. Siento mucho no haberte dicho nada. De verdad —Melissa me sonríe con calidez.

—¿Eh? Ahora de verdad no entiendo nada. ¿Cómo puedes estar en este apartamento y sonreír cuando las cosas no están bien? —pregunto, llevándome las manos a las caderas.

—No, eso no es lo que quise decir —me explica Melissa y sonríe—. Todo está bien entre nosotros. No te preocupes. Así que escucha —continúa Melissa, se sienta en el sofá y me hace un gesto para que haga lo mismo. Me siento a su lado sin decir palabra. Me limito a mirarla, llena de curiosidad por lo que tiene que decirme ahora.

—El baile con este tal Marc en el club. Ni yo misma me reconozco. Creo que mis sentidos me estaban jugando una mala pasada. De alguna manera, tenía ganas de hacer de todo. De verdad —Melissa hace una pausa y después continúa susurrando—. No sé por qué, pero estaba tan caliente y húmeda.

—Pero… ¿acaso has…? —pregunto asombrada y arqueando mucho las cejas.

—No, no. A diferencia de ti, yo me tenía a mí misma bajo control —me dice Melissa guiñándome un ojo. Las comisuras de mis labios se hunden al pensar en Richard y bajo la mirada.

—Oh, lo siento. No me refería a eso. No debería haberlo dicho así —se disculpa Melissa, acercándose a mí y colocando su mano en mi rodilla de manera consoladora.

—Está bien. No podemos hacer nada al respecto —suspiro—. Pero, sigue… —le doy a entender a Melissa que por ahora no me apetece hablar de Richard.

—Vale, poco después de que vosotros desaparecierais, este tal Marc volvió a mí e intentó besarme en la pista de baile. Probablemente pensó que podría conseguir algo más de mí, pero le di una bofetada en la cara. Entonces se marchó sin más.

—Cierto. Esto me lo contaste en Miami —le recuerdo.

—Sí, hasta esta parte de la historia —me explica Melissa con docilidad.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Todavía recuerdo que volví a la habitación sola. Tenía un mal presentimiento… y no me decepcioné de mí misma. Al mirar en mi ropa

interior, confirmé que tenía la regla. Demasiado pronto —Melissa hizo una pausa de nuevo—. Lo que sea que había en nuestra bebida intensificó todas nuestras emociones. No solo las buenas. Estaba tan enfadada, Rosie. Tan enfadada como nunca en mi vida. De verdad estaba fuera de mí —me dijo Melissa y su voz se volvió cada vez más grave.

—¿Qué sucedió? —susurré.

—Darren desea tanto tener hijos. Y nuevamente fallamos. Tan solo bebí un cóctel con alcohol. No pudo haber sido eso. Estaba tan enfadada que yo… me desquité con tu mesita de noche.

—¿Fuiste tú? —pregunto, incrédula.

—Sí. Fui yo. Después me tambaleé hasta el baño y me quedé petrificada frente al espejo. Después de eso tampoco sé qué sucedió. Tan solo que me desperté sola en una tumbona en la playa.

Melissa me mira de nuevo—. Siento no haber sido honesta contigo. Pero estaba tan avergonzada de mí misma. Darren desea un hijo con tanta desesperación. Y yo… de alguna manera, simplemente no funciona.

—Oh, cariño —sujeto sus manos y con el dedo empujo su barbilla suavemente hacia arriba—. Cómo podría enfadarme contigo, ¿eh? Pero ¿qué paso mientras estabas buscando a este tal Marc? No estabas en la policía, ¿verdad? —aparto mis manos al recordar que aún me quedan algunas preguntas por hacer.

—No… fui al médico —me dice Melissa suavemente, sin romper el contacto visual.

—¿Al médico? ¿Por qué?

—Porque este asunto del embarazo no funciona. Hay alguien cerca del hotel que se especializa en la curación del aura. Lo leí en una revista. Decía que realmente puede hacer milagros. Puede ver tu campo energético y… oh, vamos… —Melissa se interrumpe, se cruza de brazos y hace pucheros, pues se percata de cuánto estoy luchando conmigo misma para no estallar en carcajadas ante sus palabras—. Simplemente no entiendes lo terrible que es cuando el embarazo no funciona. Lo hemos intentado todo. Mi madre y abuela también tuvieron dificultades en su momento. Y yo no quiero esperar años a tener un golpe de suerte —se defiende Melissa y me mira con el ceño fruncido.

—Lo siento. Tienes razón, yo realmente no sé lo difícil que debe ser. Lo siento mucho —ahora yo soy quien se disculpa y coge sus manos—. Es

solo que… no sabía nada de ti y en el pasado siempre nos reíamos de estas cosas esotéricas. ¿Lo recuerdas? —le pregunto con cautela y la miro de manera conciliadora.

—¿Cómo podría enfadarme contigo? —dice Melissa y me da un empujoncito con el codo en las costillas.

—Pero ¿qué hay de la maleta? ¿Y por qué no me dijiste nada al respecto?

—Porque sabía la forma en que reaccionarías y no quería ofenderte si descubrías cuál era la verdadera razón por la que accedí a ir contigo al viaje en Miami —Melissa hace una pausa por un momento—. Y, respecto a la maleta. Bueno, sin entrar mucho en detalles: el sanador necesitaba ver la mayor cantidad posible de mis pertenencias, pues así es como puede tener una perspectiva de la forma en que llevo mi vida —Melissa no dice más y me mira en silencio. Siento como si intentara descifrar si me estoy riendo de nuevo.

—¿Y? —le pregunto con la mayor neutralidad de la que soy capaz.

—Se sintió tan extraño. Yo tampoco lo sé. Mientras estaba ahí en la sala de espera, yo misma me pregunté por qué estaba haciendo estas tonterías —me dice Melissa apartando la mirada—. Lamento mucho no haber buscado a este tal Marc —Melissa coge mi mano—. Pero ¿crees que él habría sido honesto con nosotras y nos habría explicado todo lo que sucedió? —me pregunta.

—No lo sé. Pero quizás nos habría ayudado a recuperar mi anillo —digo un poco ofendida. Por supuesto, comprendo por qué Melissa hizo todo esto. Sus explicaciones me parecen razonables y entiendo que debe ser sumamente difícil estar bajo tanta presión y no lograr quedar embarazada. Pero ¿realmente debía mentirme y decir que estaba buscando a Marc tan solo para tener una excusa y salir del hotel? Si no me hubiera mentido, tal vez lo habría buscado yo misma, en lugar de pasar tanto tiempo con Richard…

Al pensar en Richard y la manera en que terminó nuestro pequeño viaje en Miami, siento el corazón pesado nuevamente y apenas logro reprimir las lágrimas. Siento mis ojos humedecerse.

—¡Oye, cariño! Lo siento tanto. Te prometo que encontraremos tu anillo. Sé que fue una estupidez de mi parte, ¿vale? —me dice Melissa con dulzura.

—No es eso… —me sorbo la nariz—. Quiero decir, no es solo eso. Es… ¡es simplemente todo! El anillo, la situación con Richard y ahora mi arrendador me tiene contra la espada y la pared —exploto y siento cómo las lágrimas me ruedan por las mejillas. Es bueno finalmente decirle a alguien todo lo que me atormenta.

—Oh, Rosie. ¡Ven aquí! —dice Melissa y se aproxima a mí para abrazarme. Su cercanía, su cálido aliento sobre mi cuello y su calor corporal tienen un efecto tranquilizador sobre mí. Es tan bueno que Melissa esté aquí para mí.

Nos abrazamos durante algunos minutos. Dejo que mis lágrimas corran libremente y Melissa me acaricia la espalda. A excepción de un 'Todo estará bien' y 'Estoy aquí para ti' no dice nada más.

Después de unos momentos, me parece que he descargado todo mi llanto. —Gracias —le digo a Melissa. Me limpio la nariz y seco mis mejillas húmedas.

—Respecto a tu salón… te he dicho que estoy aquí para ti. Hablé con Darren esta mañana. Dinos qué necesitas y lo tendrás de inmediato —me dice Melissa.

—¿En serio? —pregunto, aliviada—. Quiero decir… ¿lo decías en serio?

—Por supuesto, Rosie. ¿Pero qué pensabas? —me pregunta Melissa y me regala una sonrisa llena de empatía.

—Después de tu comportamiento en Miami y la llamada de hoy, pensé que todo se había terminado entre tú y… espera, me has dicho que tenías algo que confesarme —recuerdo sus palabras en el teléfono.

—Sí —me dice Melissa sin más y sonríe de oreja a oreja—. Me siento tan culpable por lo de tu anillo, que quiero recompensarte de alguna manera —me explica Melissa, sacando dos billetes de su espalda.

—¿Qué es eso? —pregunto con cautela.

—Son billetes de avión, Rosie. Volaremos de nuevo a Miami. ¡Tú y yo! Nuestro vuelo sale a las doce en punto —me mira expectante.

—Pero… ¿qué haremos ahí? Y además… —miro el reloj colgado en la pared detrás de Melissa—. Eso es en apenas una hora.

—Rosie —dice Melissa con firmeza—. Creo que nos marchamos demasiado pronto. Quizás eso también fue culpa mía. Pero no quiero que siga siendo así. Ya no somos adolescentes. Quizás ya no queda nada entre

vosotros, pero al menos deberían tener la oportunidad de hablar una vez más.

Las palabras de Melissa surten cierto efecto dentro de mí. Siento que tiene razón en lo que dice. Desde que salimos del hotel, tuve el sentimiento de que quizás Richard tenía una explicación lógica para todo esto… sin embargo, había reprimido aquella corazonada con todas mis fuerzas.

—Pero ¿crees que parezca que soy una ingenua cuando volvamos? Después de todo, su esposa le envía fotos de su coño.

—Sí, ya me lo has dicho en el aeropuerto. Yo también creo que es bastante extraño. Pero ¿leíste los mensajes previos a eso? ¿O viste si él también le envió a Chantal fotografías de ese tipo?

—No. —De pronto, me hundo en mis pensamientos. Ese era un buen punto. Empiezo a rumiar en la situación. ¿Qué más tenía que perder? Si el asunto con mi salón de manicura podía solucionarse con tanta facilidad…

—Y, ¿de verdad crees que uno de los empleados de Darren pueda arreglar y pintar el local de mi salón de manicura en menos de tres días? —pregunto con cautela, cambiando de tema.

Me siento preparada para confrontar a Richard nuevamente. Con Melissa a mi lado, estoy lista para cualquier cosa. Quizás ella tenga razón. En el pasado, Richard y yo no tuvimos oportunidad de hablar del problema y las cosas resultaron ser diferentes a lo que aparentaban. ¿Acaso estaba sucediendo lo mismo esta vez?

—Por supuesto —responde Melissa. Suspiro y siento un inmenso alivio, pues al menos uno de mis problemas parece resolverse—. Vamos al aeropuerto. No tenemos tiempo que perder. En el camino llamaré a Darren y le explicaremos exactamente qué hacer, ¿vale? —me dice Melissa.

—Vale —concuerdo y, por primera vez desde nuestro último desayuno en el comedor del hotel antes del incidente, soy capaz de sonreír nuevamente. Siento como si mis esperanzas volvieran. Espero que todo haya sido un estúpido malentendido y que Richard no sea un mujeriego que hace negocios con la mafia.

Pero ¿qué pasa si realmente es así?

Entonces tendría a mi lado a una de las mejores amigas que alguien pudiera desear.

—Vamos. Ya quiero escuchar lo que dirá Richard cuando nos volvamos a aparecer en el hotel —le digo a Melissa. Entonces ambas nos

incorporamos de un brinco y nos ponemos en camino.

Capítulo 31 - Richard

—¡Puta mierda! Recupera la compostura —me digo a mí mismo. Ya no soporto mi propia apatía al estar aquí sin hacer nada, dejando pasar las horas. Yo no era así y no quiero serlo.

Se siente como si hubiera pasado muchísimo tiempo desde que me senté aquí en la oficina, sin ganas de hacer nada, completamente absorto en mis pensamientos mientras miraba el techo o la ventana.

¿Qué obtengo de todo esto, después de todo? ¿Acaso quiero hundirme aquí en mi autocompasión? Pfff, joder, pero qué cursi.

Tengo que afrontar la situación. Estoy bastante ansioso, así que me levanto de la silla giratoria y me paseo de un lado a otro en la oficina. Me es difícil pasar por alto los hechos más evidentes: Rosie se apoderó de mi corazón en tan solo dos días. O quizás simplemente redescubrí el afecto que siempre sentí por ella. Sí, probablemente fue así. Mi amor por ella nunca terminó. Simplemente lo escondí y, de alguna manera, soporté estar con Chantal.

Me parecía como si alguna fuerza superior o deidad me protegiera enviando a Rosie a mi hotel para que ambos pudiéramos reencontrarnos y comenzar de nuevo. Todo fue maravilloso entre nosotros hasta que se entrometieron en nuestro camino un revoltijo de circunstancias desfavorables.

¿Realmente me rendiría tan fácilmente? ¡No! No quiero perder a Rosie otra vez. ¡De ninguna manera!

Mientras deambulo intranquilo por mi oficina, me pregunto cuál podría ser mi siguiente movimiento. Bajo ninguna circunstancia quiero volver a actuar de manera precipitada, como lo hice ayer. Ahora pensaré antes de actuar.

Después de unos momentos, lo tengo: simplemente la llamaré. No tengo su número telefónico, pero iré corriendo a la recepción para obtener los datos de contacto de su reserva en el ordenador. Cómo no se me había ocurrido antes.

En el camino al escritorio de la recepción, me enfado conmigo mismo por haber eliminado de mi ordenador el acceso directo a la plataforma con

las reservas de los huéspedes, hace algunos meses. Ahora mismo me habría resultado útil, pues así no tendría que soportar las miradas curiosas de mis empleados, quienes probablemente se estarán preguntando a quién está buscando su jefe, y por qué.

—Hola, de nuevo. Por favor busca la reserva del huésped de ayer y envíame los datos de contacto —saludo al mismo joven empleado en el escritorio de *check-in* con el que me encontré el día anterior.

—Por supuesto, señor. Ahora mismo tengo el programa correcto abierto, pero no recuerdo el nombre. Lo siento. ¿Me podría indicar a quién debería buscar, por favor? —me pregunta agitando las manos en un ademán de disculpa.

—Rosie Griffith —respondo brevemente. Él escribe en el ordenador mientras yo tamborileo nerviosamente con los pies, a su lado. No hay nada que odie más que esperar. Pero puedo ver que mi empleado ahora utiliza el programa correcto y navega hábilmente por las diferentes interfaces. Después de unos segundos puedo escuchar la impresora funcionando a su lado.

—Aquí tiene, señor. Que tenga un excelente día —me dice cortésmente entregándome una copia impresa.

—Gracias, tú también —respondo, echo un vistazo rápido a la hoja de papel y vuelvo a mi oficina. Puedo ver que imprimió la información correcta: hay un número telefónico fijo de Nueva York a nombre de Rosie. Los tres dígitos de código de área lo confirman. El nombre de su amiga también está ahí: Melissa. Entonces me doy cuenta de que el mismo número telefónico está escrito bajo su nombre.

Quizás vivan juntas, o alguna utilizó el número de a otra para realizar la reserva.

Me enfada un poco el hecho de que tan solo haya registrado un número telefónico, sin embargo, no quiero dejar de intentarlo. De camino a la oficina, digito los números en mi móvil y realizo la llamada. El timbre suena en varias ocasiones, pero nadie responde.

Después de un timbre más, escucho la voz de Rosie, sin embargo, tan solo se trata del buzón automático.

—Hola, habla Rosie de *Rosie's Nails and More.* Por ahora no puedo responder a tu llamada… —cuelgo. Maldita sea. Tan solo tengo el número telefónico de su salón de manicura. Es lo mismo a no tener nada.

Así que Rosie fue quien reservó el viaje y probablemente tan solo proporcionó este número. Entendía perfectamente sus razones para hacerlo de esta manera. Depende de la plataforma que utilices para reservar viajes, por lo general los operadores de ventas no te vuelven a dejar en paz nunca más y en el futuro realizan una cantidad insoportable de llamadas publicitarias. En situaciones semejantes, yo también utilizo una extensión en desuso del hotel. No puedo evitar sonreír al percatarme de lo similares que somos Rosie y yo en este sentido.

Sin embargo, mi sonrisa desaparece rápidamente, pues aún no sé cómo puedo llegar a ella. ¿Debería dejar un mensaje en el buzón de voz? Si lo hacía, ¿qué le diría? ¿Llámame? No, ¿qué tan estúpido sonaría eso?

Cuando estoy de vuelta en la oficina, me siento en la silla frente al ordenador y busco en Google *Rosie's Nails and More.* Albergo una pequeña esperanza de que esto pueda ayudarme a encontrar su número de móvil, el cual generalmente se encuentra en los sitios web de los negocios.

—Oh, joder. Pero qué es esto… —se me escapa cuando miro con los ojos muy abiertos las imágenes y titulares de los tres primeros resultados de mi búsqueda.

Explosión en salón de manicura – ¿El esmalte de uñas es peligroso? Ayer por la tarde…

Rosie's Nails and More *en llamas. Lea aquí…*

El infierno se desata en Rosie's Nails and More *– ¿Qué sucedió?*

Como en trance, hago clic en los titulares de los artículos para leer los textos y mirar las imágenes. Los artículos son bastante recientes. Algunos apenas tienen un día, otros son de hoy mismo.

Con ayuda de los artículos concluyo que el incendio ocurrió mientras ella estaba aquí en Miami. ¿Por qué no me dijo nada al respecto? Esto seguramente fue como una bofetada en el rostro para ella. Miro las fotografías, que tan solo muestran el salón desde afuera. Realmente no es posible ver mucho. En algunas imágenes, se pueden reconocer los escaparates reventados, recubiertos con madera aglomerada para evitar las miradas de los curiosos al interior.

¿Cómo estará Rosie con todo esto? Intento ponerme en sus zapatos y siento lo pesado que se me pone el corazón. Su salón de manicura se incendió, piensa que aún tengo algo con Chantal y que hago negocios con la mafia…

Definitivamente tengo que encontrar a Rosie. Pero ¿cómo se supone que lo haga? Tengo un número telefónico aquí, sin embargo, tan solo me redirecciona a un teléfono en el que probablemente nadie volverá a responder. No hay ningún otro número en la página web del salón de manicura. Tan solo hay algunas fotografías de Rosie con una sonrisa reluciente en el rostro. Al mirarlas, me doy cuenta una vez más de lo hermosa que es.

Entonces se me ocurre algo. ¿Y si vuelo a Nueva York? Por supuesto, es una locura. Nueva York es una ciudad de millones de habitantes y no tengo idea de dónde está Rosie. Pero podría comenzar buscando en su salón – además, también tengo el nombre completo de su amiga. No es mucho, pero al menos es un comienzo.

Con unos cuantos clics en la aplicación correspondiente de mi móvil, puedo ver que el siguiente vuelo de Miami a Nueva York despegará en poco más de una hora. Estoy bastante ajustado de tiempo, sin embargo, el aeropuerto tan solo está a quince minutos del hotel. No tengo equipaje y si reservo el embarque exprés, pasaré rápidamente a través del control de seguridad. Así que definitivamente es factible. Ni siquiera tengo que apresurarme de una manera exagerada.

Así que desde la aplicación me dispongo a realizar la reserva. No quiero perder más tiempo para ponerme en marcha con calma y determinación.

En la recepción cojo unas llaves de la caja fuerte en donde resguardamos las llaves de los coches de alquiler del hotel.

—Lo necesitaré por algunos días —le digo al empleado de la recepción, echándole una mirada fugaz.

Estoy a punto de marcharme cuando veo por el rabillo del ojo que se trata de un joven vestido con el uniforme del hotel, sin embargo, no es el mismo que me consiguió los datos de contacto de Rosie. Pero reconozco su rostro. Es el tío con el que bailó la amiga de Rosie en el club.

—Oye, tú —lo llamo con tono autoritario—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y dónde está el otro chico?

—Yo no hice nada. Lo juro. Tan solo soy un empleado sustituto —responde el chico mientras levanta las manos en un ademán de disculpa.

—¿Y qué fue eso en el club aquella noche? ¿También eras un sustituto? Tienes algo que ver con el hecho de que esas dos chicas no podían recordar nada, ¿verdad? —le digo dando un paso hacia él. Claro, esto es una mera suposición. Rosie nunca me comentó nada al respecto. Sin embargo, ¿qué más podría ser?

—Yo, eh… no. No puse nada en la bebida de las chicas. Lo juro, tan solo estaba… —balbuceó.

—¿Acaso yo mencioné que les pusiste algo en la bebida? Creo que no, ¿o sí? —inclino la cabeza a un lado y lo miro fijamente.

—Yo, eh… —comienza a tartamudear y creo que ambos nos percatamos de que se había delatado a sí mismo. Este tío probablemente les puso algo en la bebida a Rosie y Melissa para conseguir algo más de ellas o para robarles sus objetos de valor. O quizás ambas cosas. Un truco sucio y barato que desgraciadamente ocurre de vez en cuando en los buenos hoteles como el mío aquí en Miami.

—Vete a la mierda, tío. Y nunca más vuelvas a aparecerte por aquí —le digo y señalo con el dedo la puerta—. Tienes suerte de que tenga prisa y deba marcharme al aeropuerto, pero la próxima vez que te vea, llamaré a la policía. ¿Lo entiendes? —lo amenazo con severidad.

Él se limita a asentir en silencio. Eso me parece suficiente y me dirijo al coche. Vuelvo a mirar la hora brevemente. El vuelo es pronto, pero aún es posible llegar a tiempo. Sin embargo, ahora nada debe interponerse en mi camino.

Camino al coche, mi móvil comienza a vibrar. Lo buso en mi bolsillo. Es un mensaje de Chantal. Lo único que me faltaba.

¡Háblame, cariño! ¡Te extraño y te deseo!

Su jueguito barato simplemente me repugna a estas alturas. Esta mujer ya ha estado jugando y arruinando mi vida lo suficiente. No quiero tener nada más que ver con ella. Me siento enormemente enfadado y rápidamente le escribo un mensaje mientras camino los últimos metros hasta el coche.

Déjame en paz. Para siempre. Nuestro matrimonio llega a su fin esta semana. ¡No quiero volver a verte!

Entonces presiono el botón de *Bloquear contacto* y espero a que desaparezca de mi vida para siempre. Rápidamente activo el Bluetooth de

mi móvil para poder realizar una llamada sumamente importante utilizando el manos libres del coche.

Entonces entro al coche, enciendo el motor y conduzco hacia el aeropuerto.

Capítulo 32 - Rosie

Cuando nos subimos al taxi frente al edificio del aeropuerto, puedo sentir nuevamente lo maravillosamente cálido que es en Miami, aún en noviembre. Rápidamente me quito la chaqueta, la cual ya me había desabotonado desde que bajamos del avión.

Pero realmente hace demasiado calor en este taxi. Qué agradable sensación el poder caminar tan solo en camiseta en noviembre.

—¿Y? ¿Ya sabes lo que le dirás? —me pregunta Melissa, quien está sentada a mi lado en los asientos traseros del taxi. El conductor también sube al coche, pues no tiene colocar ningún equipaje en el maletero. De hecho, nos subimos al avión apenas con nuestros bolsos en mano. No recuerdo cuándo fue la última vez que viajé tan ligera.

—Sí, eso creo —asiento con la cabeza y miro a través de la ventana, mientras nuestro trayecto comienza. Me trae buenos recuerdos. Puedo volver a ver las numerosas palmeras en las calles. El cielo está tan azul como el día que llegamos a Miami la primera vez. Pero qué clima tan fantástico hay aquí.

—¿Y qué le dirás? —me pregunta Melissa. Me parece como si hubiéramos discutido millones de opciones durante el vuelo hasta aquí. Sin embargo, sospecho que no utilizaré ninguna de ellas. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Tengo el presentimiento de que, no importa cuánto lo planeé, todo puede resultar diferente en cuanto Richard y yo nos encontremos frente a frente, ¿o no?

—No lo sé. Creo que improvisaré —respondo y miro con un poco de incertidumbre a Melissa.

—¿Improvisarás? —me mira levantando mucho las cejas—. Tú sabes muy bien en qué terminó la improvisación la última vez.

—Sí, vale, tienes razón —admito—. A lo que me refiero es que no quiero memorizarme ningún discurso. Pero por supuesto que quiero saber lo que ocurrió con Chantal y el tío de la pistola —le explico.

Melissa parece satisfecha y también mira a través de la ventana su lado.

—Oh, mira —me dice señalando al otro lado de la autopista. Al principio no entiendo a lo que se refiere. Me giro y miro a través de la

ventana trasera del coche. Entonces lo veo.

Al otro lado de la autopista ocurrió un accidente: bueno, realmente no me parece un accidente. Los dos coches están aparcados frente a la ladera de la pequeña colina que está junto a la autopista. La ladera seguramente sirve de protección visual o sonora para las casas que se sitúan detrás. De cualquier manera, los coches están aparcados uno al lado del otro.

Al pasar a su lado, alcanzo a atisbar una figura que sale por la puerta del pasajero de uno de los coches. Entonces la escena desaparece de mi vista, a la distancia. De alguna manera, la talla, el traje y el color de cabello me recuerdan a Richard…

Pero eso sería demasiado descabellado. Probablemente mi imaginación tan solo me está jugando una mala pasada, ya que hace horas que no pienso en otra cosa más que en volver a verlo. ¿Cómo transcurrirá nuestro reencuentro? ¿Qué me dirá para responder a mis preguntas?

El conductor sale de la autopista y siento que una sensación nauseabunda se esparce por mi estómago, incrementándose lentamente. Pronto llegaremos al hotel.

¿Realmente tengo el coraje para confrontar a Richard? Siento que mis rodillas se debilitan y me pongo más nerviosa a cada segundo. ¿No habría sido suficiente con llamarlo? ¿De verdad fue una buena decisión el venir hasta aquí?

—Todo va a salir bien —me dice Melissa como si me hubiera leído la mente y me da una palmadita en el muslo izquierdo. Le sonrío en silencio.

Pasamos el resto del viaje en silencio; Melissa no apartó su mano de mi muslo en ningún momento, como si supiera que eso es realmente lo que necesito en estos momentos. Su apoyo incondicional.

—Llegamos —dice el conductor cuando finalmente llegamos a nuestro destino y se detiene exactamente en el mismo sitio donde bajamos la primera vez hace algunos días.

—Solo ve. Yo pago —me anima Melissa a salir mientras rebusca su billetera dentro de su bolso.

Respiro profundamente y abro la puerta de golpe, la cual, con un ruido sordo, choca contra la silueta de una persona que pasa a toda prisa.

—Auch. Joder. ¿Podría tener más cuidado…? —escucho una voz que se queja del dolor desde el suelo junto al taxi. Me resulta extrañamente familiar.

El corazón me late desbocado. ¿Acabo de golpear a alguien con la puerta? Miro al suelo en estado de *shock* y se me hiela la sangre. Frente a mí, tirado en el suelo, se encuentra nada más y nada menos que Marc. Justamente el tipo que nos sirvió los cócteles y que bailó con nosotras en el club.

—¿Qué estás haciendo aquí? —al principio no se me ocurre otra cosa que preguntar, pues los pensamientos en mi mente revolotean salvajemente. Estaba tan concentrada en mi encuentro con Richard, que jamás se me ocurrió encontrarme con Marc aquí. Justo ahora está tendido en el suelo frente a mí, sujetándose el muslo y tanteando con la otra mano en busca de su mochila, la cual soltó al caer.

Cualquier otra persona estaría completamente preocupada por saber si le hice daño o no. Pero la situación entre nosotros es diferente. Siento que mi enfado incrementa a medida que pienso en lo que nos hizo a mí y a Melissa. Además, seguramente fue él quien hizo desaparecer mi anillo. El anillo de mi abuela. A pesar de ello, me encuentro petrificada y no sé muy bien cómo reaccionar.

—¿Estás buscando esto? —pregunta Melissa desde el otro lado del taxi, el cual se aleja después de unos segundos y nos deja a los tres solos frente a la entrada del hotel.

—Sí, gracias. Yo… ¡oye! —dice Marc cuando intenta alcanzar su mochila, pero Melissa la aparta de su alcance rápidamente.

—Creo que nos debes un par de explicaciones, tío —le dice Melissa con brusquedad.

—No os debo una mierda. Y ahora dejadme en paz —dice, se pone de pie y se aparta de Melissa mientras me mira fijamente.

Yo actúo por instinto. Antes de ni siquiera pensar en ello, siento el ardor en la palma de la mano justo después de atestarle un bofetón en la mejilla.

—¡Auch! —se queja sosteniéndose el rostro con la mano mientras se retuerce del dolor—. ¿Qué pasa con vosotras? ¿Por qué siempre me pegáis? —pregunta mientras se frota la mejilla, alternando la mirada entre Melissa y yo, como si fuera un niño pequeño.

—Porque eres un gilipollas que nos puso algo en la bebida —dice Melissa energéticamente.

—Y me has robado mi anillo. ¿Dónde está? ¡Dímelo ahora mismo! —agrego.

—Pfff… aquí tienes —me dice con desdén, se mete la mano en el bolsillo y un segundo después me entrega mi anillo—. De cualquier manera, no vale nada. Espera, no… —Marc levanta el brazo para cubrirse el rostro en cuanto yo alzo la mano, sugiriendo que le daré otra bofetada.

Por supuesto que me alegro de tener el anillo de mi abuela de vuelta en mis manos, pero el hecho de que hable de él con tanto desdén y desprecio me hace enfurecer.

—¿Quién lo dice? —le pregunto con tono malvado. Sin embargo, no puedo negar que siento cierta curiosidad. Me deslizo mi amado anillo de vuelta en el dedo.

—Mi… un amigo —responde vacilante—. Y ahora, dame mi mochila —dice e intenta coger nuevamente la mochila que está en el hombro de Melissa. Esta vez él es más rápido. Melissa tira de la mochila para recuperarla. La cremallera no estaba completamente cerrada y entonces todo el contenido cae, esparciéndose por el suelo.

—Joder, podrías tener más cuidado —maldice Marc mientras coge su bolsa y comienza a recoger sus pertenencias.

—Vendas, gasa, jeringas… ¿qué es todo esto? —le pregunto mientras observo lo que llevaba en la mochila.

Él levanta la mirada y nos observa mientras está arrodillado frente a los contenidos de su mochila. Veo que de pronto se le han humedecido los ojos —. Mi madre… ella está enferma —tartamudea, entonces se recompone y se frota los ojos.

Melissa pone los ojos en blanco—. Esto no puede ser verdad. ¿Por eso nos pusiste algo en la bebida? ¿Para robarnos? —pregunta con un tono ligeramente más sutil. Puedo reconocer una pizca de compasión en su rostro.

Marc asiente en silencio, no pronuncia ni una palabra más y cierra la cremallera de su mochila después de haber recogido todas sus pertenencias.

—Apuesto a que también has robado estas cosas. Pero no me apetece delatarte —le digo con severidad. También siento un poco de lástima por Marc, sin embargo, no estoy dispuesta a perdonarlo por lo que nos hizo. Después de todo, fue su cóctel con droga lo que me puso en esta incómoda situación con Richard.

—Puedes hacerlo. De cualquier forma, me han despedido —dice señalando con el dedo en dirección a la entrada del hotel.

—Vámonos Rosie, déjalo. Ya tiene suficientes problemas. No estamos aquí por esto —me dice Melissa cogiéndome suavemente por el brazo.

Vacilo por un momento y miro a Marc frunciendo el ceño. Nos miramos fijamente a los ojos—. Lo siento mucho —me dice brevemente y baja la mirada. La disculpa es breve, pero me parece sincera.

—Vale —respondo con la misma firmeza que antes. Intento olvidarme del asunto, pero de ninguna manera comprendo su comportamiento. Me vuelvo hacia Melissa—. ¿Lo denunciamos con la policía? No me parece bien dejarlo por ahí para que mañana comience un empleo nuevo en otro hotel y cometa las mismas fechorías —le pregunto en voz alta a mi amiga, de forma que Marc pueda escucharme.

—No. Por favor no. Mi madre… ella no tiene a nadie más —nos suplica —. Jamás volveré a hacer algo así. Lo juro.

Vacilo por un momento. Por supuesto, no quiero arrebatarle a una madre enferma la única persona que se preocupa por ella. Pero ¿realmente podemos dejarlo marcharse por ahí? ¿Y si lo vuelve a hacer?

Entonces recuerdo lo que hemos dicho Melissa y yo en varias ocasiones sobre cómo a veces realmente las personas merecen una segunda oportunidad. ¿Acaso esta no era una situación así?

—Vale, está bien —suspiro—. Pero solo esta vez —respondo.

Melissa me mira con una sonrisa de aliento y asiente.

—Gracias a las dos —nos dice e intenta abrazarnos.

—Vale, eso es *too much* —respondo y lo mantengo a la distancia con la palma de mi mano.

—Lo siento… tan solo… no volveré a hacerlo —nos dice y se despide.

Melissa y yo nos damos la vuelta y caminamos hacia la puerta principal del hotel—. Vamos, sé dónde está la oficina de Richard —le digo a Melissa mientras acelero el paso.

En esta ocasión ni siquiera me detengo para apreciar la enorme fuente debajo de la cúpula de cristal. No hay tiempo para soñar despierta. Necesito saber lo que tiene Richard que decirme respecto a todo esto.

Capítulo 33 - Richard

Poco después de pasar la pequeña caseta de seguridad del hotel, me incorporo en el tráfico que fluye por la calle principal frente a mi hotel. Le indico a mi móvil que enlace una llamada con Óscar. Después de que nuestra última llamada telefónica de ayer fuera interrumpida abruptamente, tengo la sensación de que tenemos varias cosas que aclarar.

Mi objetivo es recorrer el trayecto hasta el aeropuerto lo más rápido posible. Cuando llegue a Nueva York y encuentre a Rosie, no quiero tener que pensar en resolver este tipo de situaciones durante mucho tiempo. Puede sonar extraño, pero de alguna manera siento que debo resolver varias cosas antes de confrontarme con Rosie nuevamente.

Quizás también es porque en el fondo espero que esto me ayude a recuperarla, de alguna manera. Si le hago ver que, por mi parte, las cosas con Chantal han terminado y que realmente ya no deseo vender el hotel… quizás entonces Rosie me escuche. No estoy seguro de que funcione. Pero no quiero plantarme delante de ella sin haber hecho nada al respecto. Rosie debe saber que estoy haciendo un gran esfuerzo y que no me rendiré por un malentendido, como en el pasado. No, esta vez no echaré todo por la borda tan fácilmente.

—Hola, habla Óscar. ¿Qué puedo hacer por ti, Richard? —escucho la voz fría de Óscar a través del altavoz del coche.

—¡Hola! Quería hablar contigo otra vez. Todo se fue a la mierda, de alguna forma —comienzo.

—Sí, eso me queda claro —responde Óscar—. ¿Cómo te fue con la policía? —me pregunta con curiosidad.

—Necesitaron una larga explicación. Afortunadamente en la caja fuerte de mi oficina tengo todos los documentos originales de la compra de la propiedad y funcionamiento del hotel. Eso y todas las explicaciones que les proporcioné respecto a José los convencieron, al menos por ahora —hago una pausa breve—. Y justamente te llamo por eso.

—Vale, ahora tengo curiosidad. Soy todo oídos —escucho que Óscar se abre cada vez más y me da la oportunidad de hablar más libremente.

—Sabes, así era antes… —hago una pausa por un momento y miro a través del espejo retrovisor. El coche detrás de mí se acerca cada vez más y

enciende sus luces altas, a plena luz del día y en medio de la autopista. ¿Pero qué le pasa a ese tío?

—¿Richard? ¿Sigues ahí´? —me pregunta Óscar.

—Sí, lo siento. Ahora mismo estoy en la autopista y hay una especie de… bueno, da igual. ¿Por dónde iba? —me pregunto más a mí que a Óscar —. ¡Ah, sí! Lo tengo —digo chasqueando los dedos—. Bueno, este tal José era MI agente de bienes raíces en ese entonces. Eso fue antes de ti. En esos momentos, me consiguió la propiedad sobre la que logré expandir el hotel. La verdad es que eso es todo —resumo brevemente.

—¿Cómo? ¿Eso es todo? —me pregunta Óscar, sorprendido.

—Bueno, fue bastante extraño. De alguna manera José debió haber adquirido el terreno directamente del vendedor y después me lo revendió a mí. En ese entonces yo todavía era bastante novato en estas cuestiones, así que ahora sospecho que posiblemente José chantajeó, extorsionó o incluso mató al dueño anterior de la propiedad —explico mientras miro nuevamente a través del espejo retrovisor. Todavía está ese coche que conduce detrás de mí con las luces encendidas. ¿Qué se supone que significa eso? No estoy conduciendo nada despacio y estamos en la autopista, ¿por qué no simplemente me adelanta?

—Richard, pero eso sería… bueno, esos son delitos graves —jadea Óscar.

—Correcto. Yo nunca lo denuncié. En ese momento le compré el terreno de buena fe y no hice preguntas. Desde entonces se aparece de vez en cuando intentando explicarme qué trato era supuestamente, diciendo que le debo comisiones o lo que sea. El hecho de que utilice las palabras *dinero por protección* es completamente nuevo. El tío está tocado —explico y hago un gesto con la mano derecha mientras conduzco con la izquierda. Gesticulo salvajemente, como si Óscar realmente pudiera verme.

—Pero… ¿eso significa que no trabajas para él, en lo absoluto? —me pregunta Óscar a manera de conclusión. Casi puedo escuchar cómo se le quita un peso de encima.

—Así es. Tan solo cometí el error de que la primera vez que me pidió *su comisión*, acepté darle dos mil dólares. Pero, quiero decir, ¿qué son dos mil dólares si después me deja en paz? Sin embargo, no sabía que el tío continuaría apareciendo con la misma mierda.

—¿Le has dicho todo esto a la policía?

—¿Respecto a José? —pregunto—. ¿Estás loco? Entonces tendré a todo su cartel encima mío. Deberíamos volver al *ring* juntos, amigo mío. Me hacen falta nuestros entrenamientos de boxeo. Al menos así podría darle una buena paliza a José cuando sea necesario —sonrío al recordar el numerito en la cocina del hotel.

—Me parecería genial volver a entrenar juntos. Ya que no eres un mafioso, yo tampoco te tengo miedo —Óscar se ríe y agrega: —Pero ¿realmente te parece necesario darle una paliza a José? —pregunta Óscar.

—Ayer fue necesario —le explico.

—¿Qué? ¿Por qué no me dijiste nada al respecto?

En breves palabras, describo todo lo que sucedió en la cocina después de que desapareciera con el prospecto. Tampoco le oculto el asunto con Rosie ni la manera en que encontró en mi móvil los desagradables mensajes de Chantal.

—Dios mío, de verdad que están sucediendo demasiadas cosas en tu vida en estos momentos. ¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Óscar.

—Sí, me estoy volviendo loco. Pero ahora estoy seguro de que solo la quiero a ella, Óscar. La quiero de vuelta. Es la mujer que perdí en el baile de graduación en el pasado. Nos hemos reencontrado y ahora todo parece estar en nuestra contra. Pero esta vez no me rendiré hasta recuperarla —le explico.

—Cruzo los dedos por ti —escucho decir a Óscar con tono amistoso.

—Te lo agradezco. Si tengo suerte, tal vez ella y yo nos quedaremos en Miami. Pero eso también significa que….

—…ya no quieres vender el hotel. Eso lo sé, Richard —Óscar finaliza mi frase—. No te preocupes por eso. ¿Sabes cuántos clientes se retractan de vender sus propiedades? De lo único que debes preocuparte es de que estás fuera de forma y te patearé el culo en nuestro próximo encuentro de boxeo —se ríe Óscar.

—¡Gracias, hermanito! Y ahora, debo conducir a todo gas. Hay un gilipollas atrás de mí cegándome con sus luces altas. ¡Nos vemos pronto! —me despido y cuelgo para pisar el acelerador a fondo.

En ese momento miro por el espejo retrovisor que el coche se desvía al carril lateral y se posiciona a mi lado, sin esfuerzo. Ya que he finalizado la llamada, me percato de que se trata de un todoterreno. Este tipo de coches

generalmente son más altos y por eso podía deslumbrarme con los faros tan fácilmente.

—Mierda, pero ¿qué hace ahora? —exclamo sin que nadie pueda escucharme.

Vuelvo a reducir la velocidad y espero que el coche me pase de largo para continuar sus jueguitos en otra parte.

Desgraciadamente, sucede todo lo contrario. El coche se desvía a la derecha e impacta contra mi coche del lado del conductor.

—¡Jooooooder! —grito—. ¿Qué quieres de mí? —sostengo el volante con ambas manos e intento mantener el coche en trayectoria. Sin embargo, no lo consigo. Con el sencillo coche de alquiler del hotel no tengo ninguna posibilidad en contra del enorme todoterreno.

El conductor me empuja cada vez más hacia la derecha, de manera que nos acercamos amenazadoramente hacia el borde de la autopista.

Cuando la llanta delantera de mi coche sale del asfalto, instintivamente piso el freno y giro el volante para aparcarme bruscamente en la loma verde a un lado de la autopista.

El todoterreno hace lo mismo y se detiene justo a mi lado, de manera que me es imposible abrir la puerta del conductor.

Rápidamente desabrocho mi cinturón de seguridad, salto por encima del asiento del pasajero y abro la puerta en dirección al todoterreno.

—¿Pero qué clase de bestia eres? ¿Todo bien contigo? —bramo salvajemente mientras gesticulo en dirección al todoterreno.

—No me entendiste bien, *chico* —escucho la voz de José poco antes de mirarlo caminar alrededor del todoterreno. Miro alrededor de mí en un par de ocasiones, me parece que está solo. Nadie más sale del interior del todoterreno. ¿Quizás no pertenece a la mafia? ¿Qué no siempre vienen en grupos? ¿O tal vez solo se trata de un cliché de las películas de Hollywood?

—¿Lo dices en serio? ¡Pero qué mierda! Nos podríamos haber matado —le digo señalando a nuestros coches.

—*Cáete con la lana.* El dinero, Richard. De verdad lo necesito urgentemente, de lo contrario… —suspira brevemente—. De lo contrario, estoy realmente jodido.

La manera en que me mira parece esperar algún tipo de compasión de mi parte. Pero José realmente se ha equivocado conmigo. Después de todo lo

que me ha hecho hasta ahora, puede alegrarse de que no lo molí a golpes en la cocina del hotel.

—¡Te lo diré una última vez, José! —le grito exhibiendo todos mis dientes—. No te debo absolutamente nada. NADA. Y si se te ocurre aparecerte en mi hotel una vez más, no te garantizo lo que te sucederá. ¿Entiendes? —medida que se me dificulta contener la ira, mi voz se vuelve cada vez más fuerte.

—Ah, ¿sí? —dice José y se saca una navaja del bolsillo. Lo miro con las cejas arqueadas e instintivamente retrocedo un paso.

—Tienes mucha labia, ¿o no? —me dice. Luego se vuelve y clava la cuchilla de la navaja en mi neumático delantero derecho, el cual inmediatamente comienza a silbar mientras se desinfla.

José me mira e intenta sacar rápidamente la navaja de mi neumático, sin embargo, parece que de alguna manera se ha atascado en la gruesa goma. Sus movimientos se vuelven cada vez más salvajes y desesperados mientras alterna la mirada entre el neumático y yo.

Me queda claro que, probablemente, esta es mi única oportunidad. Me quito la fina chaqueta y me la envuelvo alrededor del brazo derecho, en caso de que José logre retirar la navaja del neumático. Entonces, con paso rápido me abalanzo sobre él y lo rodeo. Esto tan solo es una distracción que, afortunadamente, parece surtir efecto.

—No, yo… —escucho a José decir con los ojos perdidos, pues no parece acertar a dónde mirar primero.

Cuando estoy lo suficientemente cerca de él, descargo mi ira. Acompañado de un fuerte grito, le doy un fuerte puñetazo justo en medio de la sien.

Es un golpe casi perfecto. José se desploma en el suelo y aterriza sobre la suave hierba de la colina.

—¡Eres un imbécil! —siseo en su dirección mientras sacudo la mano derecha. Aunque la tensé por completo, puedo sentir los efectos del golpe en mis dedos. Simplemente no es lo mismo que con los guantes de boxeo.

José no responde. Tiene los ojos cerrados y yace inconsciente en el suelo, frente a mí. Con un golpe semejante en la sien, normalmente se pierde el conocimiento. Me acerco a él para mirarlo más de cerca y lo rodeo lentamente. No parece haber sufrido heridas a causa de la caída y su pecho sube y baja rítmicamente.

Así que decido continuar mi camino. Me acerco a mi coche y retiro la navaja del neumático—. ¡Pero qué gilipollas! —maldigo una vez más.

Miro hacia la autopista, al tráfico que conduce por ella. Es normal que nadie se haya parado, pienso para mis adentros. Entonces leo una de las señales de la autopista, el cual no se encuentra muy lejos de mí.

Aeropuerto. 11 km.

Casi estoy ahí, pero es imposible caminar once kilómetros. Al menos no con el tiempo que me queda.

Compruebo la presión de aire en mi neumático delantero e inmediatamente veo que casi todo el aire se ha escapado en este pequeño periodo de tiempo. José definitivamente perforó todas las capas con su navaja.

Por un momento pienso en la posibilidad de utilizar el coche de José. Ciertamente no me denunciaría a la policía. Ya tiene suficientes problemas como para hacerlo. Mientras camino alrededor del todoterreno, veo que en la placa del interior del parabrisas se puede leer *Médico de guardia.* Entonces me queda claro que José debió haber robado el todoterreno poco antes.

Me parece que ya tengo suficientes problemas como para llegar al aeropuerto en un coche robado. Así que decido utilizar mi propio coche. Entro nuevamente por la puerta del pasajero y enciendo el motor. Bajo lentamente por la colina y cuidadosamente maniobro hacia el arcén.

Soy consciente de que el coche se comporta de una manera completamente diferente y el neumático emite ruidos metálicos. Sostengo el volante con fuerza y continúo conduciendo por el arcén, intentando encontrar la velocidad óptima para que, de alguna manera, pueda mantener el control del coche.

Echo un vistazo a mi reloj y me percato de que la hora del vuelo está muy cerca y quizás no llegue a tiempo.

—Joder —maldigo y golpeo con rabia el volante mientras pienso en Rosie.

Capítulo 34 - Rosie

Segura de mí misma, camino con Melissa hacia la enorme puerta que conduce a la oficina de Richard. Cuando estamos frente a ella, me detengo unos segundos y miro a Melissa. Respiro hondo.

—Puedes hacerlo, Rosie. Todo estará bien, ya verás —me da ánimos y coloca su mano sobre mi hombro.

—Eres tan amable, cariño —le digo y no puedo evitar sonreír—. Pero tengo algo que pedirte.

—Lo que sea. ¿Qué pasa?

—Cuando entremos, nos encontraremos en la antesala con su asistente —le explico a Melissa, y entonces la imagen de este tío de nombre Riley vuelve a aparecer en mi cabeza y la manera en que llamó a la puerta de nuestra habitación aquella vez. Tenía una forma de ser algo extraña y pomposa, y aún recuerdo la manera en que me insistió en que lo acompañara con su jefe. No sé por qué, pero de alguna manera, Riley no me simpatizaba mucho. No tenía idea de lo que pensaba Richard de él. Quizás realizaba las tareas de asistente excepcionalmente bien. Al fin y al cabo me alegraba de que no hubiera una mujer ahí sentada. Una mujer que pudiera estar celosa de mí y no me permitiera acercarme a Richard.

—Me gustaría hablar a solas con Richard en su oficina. ¿Podrías esperar en la antesala? —le pregunto con cautela y siento que mis mejillas se sonrojan. No quería que Melissa se sintiera ofendida, pues, en primer lugar, era gracias a ella que estábamos de vuelta aquí. Sin embargo, aún sentía la fuerte necesidad de hablar con Richard a solas. Además, seguramente sería algo extraño si llevaba a mi mejor amiga para cuidarme, ¿no?

—Por supuesto, Rosie. No es ningún problema —responde Melissa mientras me guiña un ojo para darme ánimos y yo me siento aliviada. Una preocupación menos.

Entonces respiro hondo, con los nudillos llamo tres veces a la enorme puerta de roble y no espero respuesta, simplemente empujo el pomo y entro a la antesala con Melissa detrás de mí.

—Buenas tardes, ¿qué puedo hacer por usted? —nos pregunta con tono severo el hombre llamado Riley, quien está sentado detrás de un enorme

escritorio y no aparta la mirada de sus documentos.

—Hola… nos… eh… quiero decir, me gustaría hablar con Richard. ¿Puedo entrar a su oficina? —pregunto y señalo la pesada puerta de madera que está apenas a unos tres metros del escritorio de Riley.

—Lo siento, si no ha agendado una cita, no puedo permitirle que lo vea. Pero puede decirme su nombre y… —entonces Riley levanta la vista de los documentos, nos mira a los ojos por primera vez desde que entramos en la sala y hace una pausa breve—. Oh… es usted —me dice con tono asombrado. Luego parece recuperar la compostura y agrega: —Lo siento. Desafortunadamente el señor Evans no puede verla —Riley vuelve a bajar la mirada hacia las hojas impresas que ha extendido frente a él en su escritorio y parece reanudar su trabajo.

—Pero qué tío tan más extraño —me susurra Melissa al oído mientras está de pie a unos centímetros detrás de mí.

—Te lo dije. A la mañana siguiente de nuestra noche en el club, él estaba de pie frente a la puerta de nuestra habitación. Vaya numerito. Pero te lo contaré más tarde —le digo a Melissa con una sonrisita.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes? —nos pregunta Riley. Parece asombrado de que todavía estemos aquí y no nos hayamos marchado.

—De verdad lo lamento. Me es imprescindible hablar con el señor Evans en este preciso instante —le digo con una fingida voz, deliberadamente utilizando la misma jerga rebuscada que Riley usaba para hablar.

Riley deja su bolígrafo a un lado y me mira profundamente a los ojos. Probablemente no sabe cómo reaccionar.

—Ahora, si me disculpa, por favor —le digo mientras camino hacia la puerta que conduce a la oficina de Richard. He cogido un vuelo de tres horas para venir hasta aquí y hablar con él. Y su extraño asistente no me detendrá con sus pomposas palabras.

—Oiga, aguarde… usted no puede hacer eso —Riley se incorpora de un brinco y corre detrás de mí. Sin embargo, ya estoy en la puerta y tengo el pomo en la mano.

—Por supuesto que puedo —digo con voz firme, reuniendo todo mi valor y confianza. El corazón me late con fuerza y puedo sentir mi pulso en la garganta. En menos de un segundo confrontaré a Richard. ¿Cuál era mi plan? Todo comienza a darme vueltas en la cabeza. Trago saliva con

nerviosismo, giro el pomo para abrir la puerta y doy un paso hacia el interior de la oficina de Richard.

—¡Pero en qué está pensando! ¡No puede entrar ahí sin más! —escucho la voz de Riley, quien me ha colocado una mano sobre el antebrazo e intenta sacarme de la oficina de su jefe.

—¡Suélteme! —le digo con decisión y miro alrededor de la oficina—. ¿Richard? —llamo hacia el escritorio vacío—. ¿Richard, estás aquí?

—El señor Evans no está disponible —dice Riley—. Y ahora, por favor sígame —me empuja por la espalda para sacarme de la oficina. Esta vez no ofrezco ninguna resistencia. Los pensamientos en mi cabeza se aceleran. ¿Richard no está aquí? ¿A qué se refiere Riley con que Richard no está disponible? El mensaje de Chantal vuelve a mi mente… ¿acaso estará con…?

—¿Tiene idea de a dónde ha ido? —le pregunto a Riley con una sonrisa fingida en el rostro. Sin embargo, estoy segura de que eso no me ayudará mucho. Después de todo, no intenté ser nada afable en un inicio. Probablemente ya es demasiado tarde para tratar a Riley con más tacto.

Riley me mira levantando mucho las cejas y vuelve a su silla, sin decir ni una palabra más. Su mirada lo dice todo.

—¡Dinos ahora mismo a dónde se ha ido, chaval entrometido y presuntuoso! —le grita Melissa en voz alta mientras deja caer ambas palmas sobre el escritorio de Riley, provocando que él se sobresaltara.

—¡Vale, vale! Él… fue a Nueva York. Tiene un asunto privado que resolver y estará ahí algún tiempo —nos dice mientras sostiene el brazo frente a su cara intentando protegerse, como si realmente sintiera pavor de que Melissa se abalanzara sobre él.

—Muchas gracias. Mucho mejor —le dice Melissa a Riley y le sonríe amistosamente—. Esas son buenas noticias, Rosie. ¿O no? —me pregunta Melissa sonriente.

—¿Qué se supone que tiene de bueno eso? —pregunto ensimismada y siento la decepción de haber recorrido todo este trayecto completamente en vano.

—¡Rosie! ¿Qué no lo ves? Está en Nueva York por un *asunto privado.* ¿No crees que es por ti? —me pregunta Melissa. Entonces mira a Riley, quien ahora parece prestar especial atención a nuestra conversación—. Ven,

hablemos afuera —me dice y se despide de Riley con un asentimiento de cabeza un tanto hosco.

—Vamos a la playa —le sugiero mientras cerramos la puerta de la antesala.

—¿Qué quieres hacer ahí? —me pregunta Melissa.

—Quiero pensar en qué deberíamos hacer. Simplemente volar de un lado a otro no ayuda. Incluso él fue a Nueva York por mí… ¿cómo se supone que nos encontraremos así? ¿Crees que su asistente nos dará su número telefónico privado después de la escena que le montamos? —pregunto, pues me es difícil ocultar mi decepción. Había utilizado todo mi coraje y fuerza para esto y ahora simplemente me sentía vacía.

—Tienes razón. Vamos a la playa y planeemos qué hacer a continuación —me dice Melissa mientras toma mis manos. Juntas, caminamos a través de la enorme área de la piscina, hacia la playa.

Quizás se me ocurra una idea para encontrarme con Richard. Y si no es así, al menos he vuelto para ver ese pequeño tramo de playa escondida, y esta vez podré disfrutarlo sabiendo que estaré aquí por última vez.

Capítulo 35 - Richard

—Joder —salgo del coche nuevamente y le doy una patada al neumático. Volví a detenerme poco después de conducir por el arcén en dirección al aeropuerto. Me sorprende la frecuencia con la que he maldecido durante las últimas veinticuatro horas. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que miré mi reloj con tanta frecuencia o recé al cielo para no perder un vuelo.

A menudo he estado bastante ajustado de tiempo para coger vuelos que me llevaran a importantes reuniones de negocios. Sin embargo, ninguno de esos vuelos era tan importante como este, el cual debía llevarme directamente hacia el amor de mi vida. La mujer que amaba más que a nada en el mundo. La mujer que ya había perdido en una ocasión y por la que no volvería a rendirme.

Pero ahora estaba estancado aquí, justo después de salir a la autopista. Podía ver el aeropuerto a la distancia, a menos de dos kilómetros. Sin embargo, el coche ya no podía continuar. Humo oscuro salió de debajo del capó y el acelerador dejó de responder. No estaba seguro si esto era una consecuencia de conducir a todo gas durante casi nueve kilómetros por encima del arcén.

No sospechaba que conducir un coche con el neumático delantero pinchado fuera tan difícil, pues de vez en cuando me deslizaba hacia el costado derecho de la autopista y me llevaba conmigo fragmentos de graba y escombros que se habían acumulado junto al camino pavimentado.

Tampoco sabía si un coche con espeso humo saliendo del capó podía seguir utilizándose. Todo había comenzado unos cientos de metros atrás. Pero en cuanto el acelerador dejó de responder, me quedé sin opciones. Tuve que detener el coche.

Levanté el pulgar con la esperanza de que alguno de los coches que transitaban se detuviera y me ayudara a recorrer el último tramo del camino.

Sin embargo, en el sitio donde me encontraba, justo a la salida de la autopista, nadie sentía la necesidad de detenerse. Ni siquiera los taxis que pasaban a toda prisa. Es de suponer que tenían pasajeros que transportar y

no podían llevar consigo a un hombre que estaba de pie junto a un coche humeante.

Una vez más, miro el reloj y me doy cuenta de que este incidente me ha costado más tiempo del que creía. Demasiado tiempo.

Mi vuelo despega en cinco minutos y aún me encuentro a casi dos kilómetros del aeropuerto, de pie junto a uno de los coches de alquiler del hotel que no para de humear y también tiene una rueda pinchada. Lentamente, la lógica se inmiscuye en mi cabeza y me hace comprender que es demasiado tarde.

En cinco minutos la máquina despegará. Sin mí. El tiempo de embarque ya ha quedado atrás. Seguro que también la última llamada a los pasajeros. Además, el avión seguramente ya se encontraba transitando por la pista, preparándose para el despegue.

—Pero qué puta mierda —maldigo de nuevo y vuelvo a patear el neumático. Utilizo mi móvil para comprobar si, casualmente, el vuelo está retrasado y aún me queda un poco de esperanza. Pero un vistazo fugaz me es suficiente para comprobar que mi vuelo incluso se encuentra en estatus de *departed.* Eso significa que el avión ya se encuentra en el aire.

Entonces aparto la mirada de mi móvil y vuelvo a mirar al aeropuerto. Detrás del enorme edificio puedo reconocer un avión. Quizás ese era mi vuelo. Una enorme frustración y decepción se apodera de mí.

¡Un momento…! Compruebo con el móvil cuándo es el próximo vuelo a Nueva York. Puedo sentir cómo recupero la esperanza de que quizás tan solo volaré un poco más tarde. Sin embargo, este fugaz rayo de esperanza se desvanece casi instantáneamente. Las operaciones se reanudarán el siguiente día laboral de noviembre. La mayoría de los turistas llegan durante los fines de semana. Para mí, eso significa que el vuelo que perdí era mi última oportunidad de ir a Nueva York hoy mismo.

Gruño, cabreado, y esta vez me trago la maldición que estaba por formarse en mis labios. ¿Y ahora qué? ¿Conducir hasta Nueva York? Sería factible. Pero eso implica un recorrido de más de dieciocho horas. De inmediato descarto la idea y en lugar de hacerme más ideas descabelladas, cojo mi móvil para reservar un vuelo para mañana.

¿Y ahora? Estoy totalmente decepcionado… No volveré a ver a Rosie hoy.

Con mi móvil llamo a un taxi exprés para que me recoja y me lleve de vuelta al hotel. Se me ocurre que quizás haga una ronda de *jogging* para aclararme la cabeza. Y quizás Óscar también tenga tiempo para un pequeño combate de boxeo.

Joder, quiero hacer lo que sea, con tal de pensar con más claridad…

Capítulo 36 - Richard

Corro junto al área de la piscina más rápido que nunca. Respiro con dificultad cuando llego al final de la instalación casi a velocidad de *sprint.* Entonces giro hacia el pequeño sendero que dirige a la playa, el mismo camino que recorrí con Rosie la última vez.

Mi corazón palpita salvajemente y tengo el pulso acelerado, pero no pretendo aminorar la velocidad. De alguna manera, debo desahogar la frustración por mi vuelo perdido. Incluso si eso implica correr más rápido de lo que mis piernas toleran.

Después de que el taxi me recogió y me llevó al hotel tan solo unos minutos después de que lo solicité con el móvil, no volví a la oficina, sino que inmediatamente me cambié la ropa y me puse a entrenar. ¿Qué haría en la oficina, después de todo? Riley sabía que estaría fuera durante algunos días y me agradaba la idea de hacerle creer que era así. Quizás eso lo volvería un poco más independiente.

En cuanto piso la arena blanda con mis zapatos deportivos, siento la manera en que me sumerjo un poco en ella, así que adapto el ritmo para correr de manera óptima sobre la superficie arenosa. Miro a mi alrededor y veo mi pequeña cabaña al final de la sección de la playa del hotel.

Esa vista hace que me duela el corazón. ¿Seré capaz de volver a disfrutar estando ahí? ¿Sin Rosie? De alguna manera, esta idea me parece absurda, ya que mi vuelo a Nueva York tan solo se había pospuesto un día. Sin embargo, me sentía enfadado y decepcionado por no tener la oportunidad de hablar con Rosie hoy mismo, de reencontrarme con ella y tenerla en mis brazos.

Estaba a punto de continuar con mi circuito de *jogging* cuando por el rabillo del ojo veo que hay dos siluetas sentadas en los escalones de mi cabaña de la playa. La casa está bastante lejos, por lo que apenas puedo distinguir el contorno de ambas personas. Me enfado, pues sé perfectamente bien que no he alquilado la casa durante estos últimos días. No se lo había dicho a nadie, ni yo mismo sé por qué, pero desde esa velada mágica sentía que, de alguna manera, no quería compartir la cabaña con nadie más. Con nadie más que con…

Con pasos rápidos, corro en dirección a la cabaña. Lo primero que pienso es que quizás sean parte de los chavales que vimos en la lancha aquella vez y quizás simplemente están fumando hierba frente a la cabaña. De ser así, ya podía imaginarme de qué forma les daría su merecido. Pero entonces miro con más detenimiento y pienso que mis sentidos me están jugando una mala pasada.

¿De verdad es…?

—¿Rosie? —grito a todo pulmón mientras me apresuro hacia la cabaña.

Una de las dos figuras en los escalones mira en mi dirección. Es ella. No me queda ninguna duda. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo es posible que esté aquí? Mi corazón se acelera y me apresuro a recorrer los últimos metros hasta la casa en la playa.

—¡Rosie! ¿Tú aquí? No lo puedo creer. Me alegro tanto de verte —exploto en cuanto me detengo un metro frente a ella sobre la arena suave, sin contener mis jadeos.

—Richard… —dice Rosie y se queda en silencio. A juzgar por sus ojos, puedo decir que ha estado llorando. Detrás de Rosie, en las escaleras de la cabaña, está su amiga, quien pasó con ella el fin de semana. Ella me mira en silencio y asiente; su expresión no me da indicios de lo que ambas pudieron haber estado discutiendo.

—Rosie. Por favor escúchame. Puedo explicártelo todo. De verdad —jadeo y siento cómo mi respiración se regulariza lentamente.

—Vale —dice Rosie y me mira.

Esta era mi oportunidad. Ahora tenía que decirlo todo, lo sabía. Y ella me escucharía—. Bueno, Chantal y yo aún estamos casados. Pero en dos días será la última audiencia judicial y nuestro divorcio habrá llegado a su fin. Fue una estupidez no decírtelo. Ahora lo sé. Pero te prometo que Chantal es cosa del pasado. Por favor, créeme —le digo.

—Me gustaría hacerlo. Pero ¿es normal enviarle fotos a tu ex? —me pregunta Rosie, confundida—. Y, ¿qué hay del tío con la pistola? ¿Qué clase de negocios haces con él? —me ataca con preguntas mientras se lleva las manos a las caderas. Veo que su amiga asiente detrás de ella.

—Nunca le pedí que lo hiciera —comienzo a explicar—. Vale, lo admito. Incluso después de pedirle el divorcio, tuvimos relaciones sexuales dos veces. Pero eso fue hace meses. Estuvo mal de mi parte, pero no tiene nada que ver contigo. No ha pasado nada entre Chantal y yo desde que me

reencontré contigo. Y no quiero volverla a ver jamás. Se lo he dicho. ¿Quieres ver? —le pregunto a Rosie mientras comienzo a sacarme el móvil del bolsillo.

—Vale, te creo, Richard. Gracias por ser honesto —responde Rosie y me atrevo a decir que atisbé una pequeña sonrisita asomándose en sus labios. Me alivia mucho que Rosie crea en mis palabras.

—Puedes ver mis mensajes cuando quieras. No quiero tener secretos contigo, Rosie —hago una pausa por un momento—. Solo te quiero a ti —le susurro y doy un paso hacia ella, cogiendo su mano con dulzura.

Rosie me permite hacerlo. Su mano es tan maravillosamente cálida y suave. Sentirla me parece tan familiar y me encantaría no soltar su delicada mano jamás. Quiero aferrarme a ella para siempre.

—Y el tío en el comedor… hace un tiempo me consiguió la propiedad para expandir este hotel. Todavía cree que le debo algo por eso, a pesar de que le pagué todo lo que acordamos. Desgraciadamente, fui lo suficiente estúpido como para creer que, si de vez en cuanto le daba sus llamadas *comisiones,* eventualmente desaparecería. Sin embargo, él parece creer que es una invitación para volver una y otra vez. Cada vez se vuelve más insolente —digo, hablando para mí mismo con rabia e intento no enfurecer al pensar nuevamente en el gilipollas de José—. Hace unos momentos me empujó fuera de la autopista, colina arriba. El demente apuñaló mi neumático —hago una pausa por un momento, pues Rosie se cubre la boca con ambas manos, asombrada.

—¿Entonces eras tú al otro lado de la autopista…? —exclama con sorpresa.

—Bueno, en realidad debería darle las gracias. Él es la única razón por la que acabo de perder mi vuelo y estoy aquí contigo, en vez de estar buscándote por toda la ciudad de Nueva York —le explico y cojo su otra mano—. Rosie —le digo con seriedad y la miro fijamente a los ojos—. Quiero que sepas que el tiempo que pasé contigo fue hermoso. Fue uno de los fines de semana más bonitos que he vivido desde hace mucho tiempo. Quizás el mejor. Esto no es un juego para mí, Rosie —lentamente me acerco más y más a ella, de forma que terminamos de pie muy juntos, frente a frente—. Rosie, ya te he dicho todo lo que tengo que decir. Te amo —le digo con suavidad y decisión mientras la miro a los ojos.

Entonces inclino la cabeza y beso sus labios, los cuales saben igual de bien que en mis recuerdos. El beso es increíblemente intenso y casi puedo ver las chispas volar a nuestro alrededor. El momento parece durar una eternidad… y, en lo que a mí respecta, no me molestaría que fuese así.

—Eh… disculpad… —escucho la voz de su amiga, quien está de pie junto a nosotros con una amplia sonrisa—. Me iré a tomar algo al bar del hotel y os daré un poco de espacio.

—Vale, nos vemos luego, Melissa. No permitas que te pongan nada en la bebida —le dice Rosie con una risita y le guiña un ojo a su amiga.

Luego se vuelve hacia mí y me obsequia una maravillosa sonrisa, la misma que me hechizó hace más de diez años. Nunca más viviré sin esa sonrisa y esos ojos relucientes.

—¿Dónde estábamos? —me pregunta en tono de broma, y es entonces cuando sé que todo estará bien.

Cojo a Rosie entre mis brazos y nos volvemos a besar.

—Yo también te amo —me susurra al oído.

Capítulo 37 - Rosie y Richard

8 semanas después…

—No, ¿un mensaje de Chantal? —me pregunta Rosie en tono burlón mientras me guardo el móvil en el bolsillo.

—Sí, lamentablemente no podrá asistir —le respondo—. Ahora, sé honesta conmigo y dime por qué querías que la invitara —le pregunto a Rosie y me vuelvo hacia ella.

Rosie camina por la playa a mi lado. Juguetea con los pies en las pequeñas olas que se acercan a nuestro pequeño tramo paradisíaco de playa escondida, justo detrás de nuestra cabaña.

Me parece que Rosie es mucho más hermosa bajo la luz del atardecer; su piel resplandece, literalmente. Quizás estoy completamente loco por ella, pero deseo que este sentimiento nunca desaparezca.

—Ella es una parte de tu vida, ¿no debería saberlo? —me pregunta Rosie mientras me extiende su mano. En su dedo medio lleva puesto el anillo con la brillante piedra roja de su abuela. Sin embargo, sé que se refiere al pequeño y discreto anillo que le acompaña, el cual le coloqué en una de esas maravillosas noches en la cabaña, hace menos de dos semanas.

Sí, me parece una locura. En uno de mis entrenamientos de boxeo con Óscar, los cuales ahora repetimos regularmente, me insinuó que quizás debería esperar un poco más. Pero a mí no me importaba. No quería esperar más. Llevo esperando más de diez años. Cuando Rosie me perdonó ese día, hace ocho semanas en esta misma playa, supe que no quería dejarla ir jamás. Amo a esta mujer con todo mi corazón y siento que mi amor hacia ella se hace cada vez más grande, más íntimo e intenso día a día.

Después de nuestra reconciliación, al día siguiente volamos en compañía de Melissa de vuelta a Nueva York para empacar algunas de las pertenencias de Rosie y ocuparnos de su salón de manicura incendiado. Su arrendador realmente es un gilipollas, sin embargo, al ver el cheque que escribí a su nombre, se volvió extremadamente amable. Con bastante rapidez logramos solucionarlo todo y Rosie y yo volvimos juntos a Miami, sin más preocupaciones.

Probablemente ahora mismo soy la persona más feliz del planeta y no puedo creer que Rosie me haya dado una segunda… vale, una tercera oportunidad. Incluso aceptó vivir conmigo en el hotel durante un tiempo.

Y debo decir que Rosie se adaptó de una manera fenomenal. Riley la aceptó inmediatamente como mi mujer y comenzó a acatar y cumplir sus órdenes. El personal inmediatamente acogió a Rosie y la trataron de manera amistosa. Y lo mejor de todo: desde que supieron que yo ya no vivía aquí solo, mis empleados dejaron de molestarme con tonterías. En cambio, simplemente me insistían en que saludara o agradeciera a Rosie por los consejos y ayuda que ella les brindaba.

En resumen: Rosie tiene una especie de talento natural para el liderazgo y la gestión hotelera. Un regalo que, según ella, no tenía idea que tenía.

A ella le gustaba tanto como a mí el plan de mudarnos a las Bahamas. Pero decidimos seguir gestionando el hotel juntos, pues era mucho más divertido con ella. Simplemente se sentía bien pasar el tiempo y la vida con Rosie en el hotel. El hecho de poder caminar descalzos por la playa a principios de enero y observar la puesta de sol era tan solo una de las increíbles ventajas que tenía esta maravillosa vida, de la cual me encontraba enormemente agradecido.

—Eres demasiado buena para este mundo —le sonrío a Rosie y dejo de lado la idea de la invitación a Chantal a nuestra fiesta de compromiso.

—¿Al menos vendrá José? —me pregunta con una sonrisa.

—¿Quieres decir que está libre? —respondo—. Sabes que yo no lo he invitado —continúo y le doy un codazo juguetón en las costillas.

—¿A qué hora sale nuestro vuelo mañana? —le pregunto a Rosie, cambiando de tema.

—Salimos a las doce en punto y pasado mañana es la boda de Melissa y Darren —Rosie me explica el itinerario de los próximos días.

—¿Te alegra volver a verlos finalmente? —le pregunto.

—Oh, sí. Pero me alegra mucho más que pasen su luna de miel aquí con nosotros —Rosie me sonríe.

—Podríamos pasar la noche otra vez en la cabaña, ¿qué opinas? —sugiero, señalando en dirección a nuestro pequeño hogar paradisíaco.

—Es una idea estupenda —me susurra Rosie al oído mientras caminamos cogidos de la mano por la playa.

FIN

Ultílogo

No encontrarás ningún método anticonceptivo en este libro. ¿Por qué? La historia se desarrolla dentro de una fantasía, por lo que esta debería brindarte tiempo para olvidarte de preocupaciones y disfrutar de tu placer por la lectura.

En este mundo, todos los multimillonarios tienen un abdomen perfecto y son increíblemente buenos en la cama. Tampoco hay enfermedades de transmisión sexual, ni embarazos no deseados.

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:
www.rebeccabaker.es

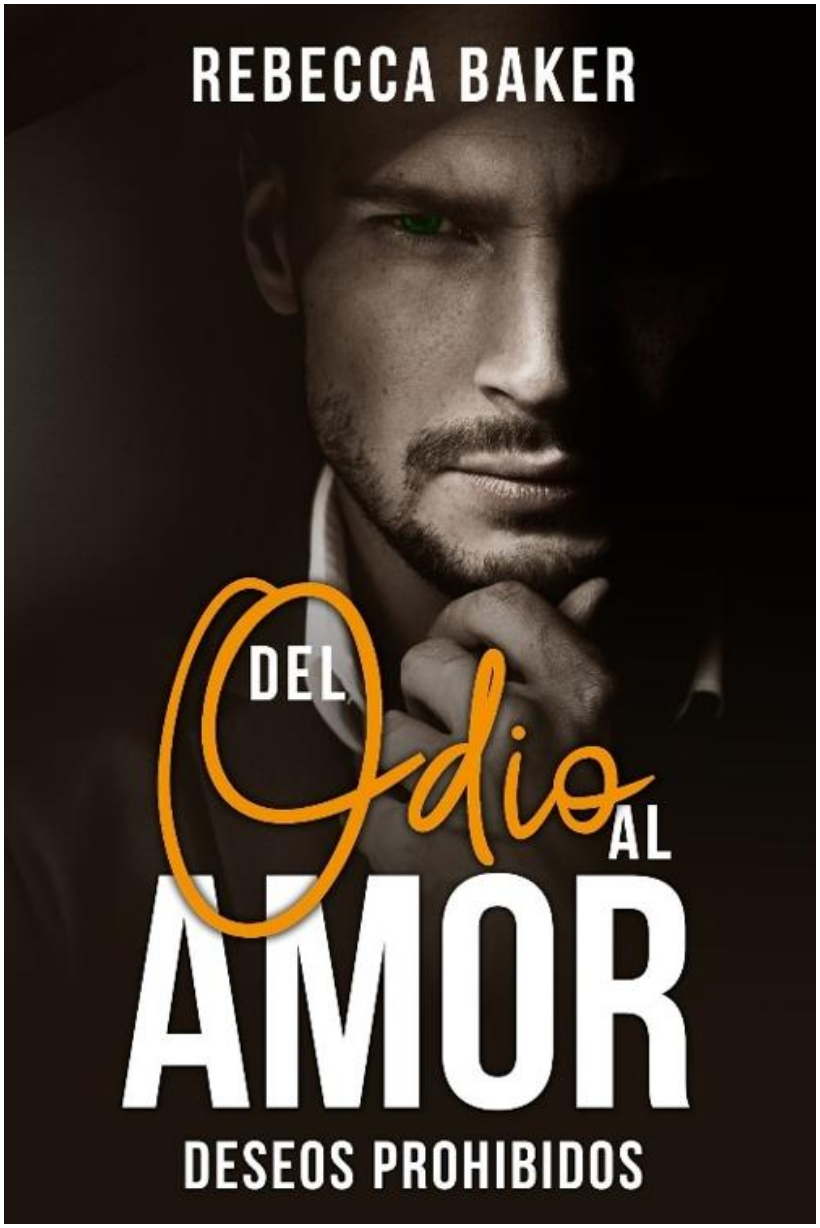
Rebecca en Facebook
https://www.facebook.com/Rebecca.Baker.Espana

Querido lector,

Espero que hayas disfrutado de esta historia. Si es así, me hará muy feliz recibir una reseña tuya en Amazon. Como escritora independiente, no cuento con los recursos de las grandes editoriales, así que de esta manera podrías apoyarme enormemente.

¿Quieres leer otra de mis novelas románticas? Adjunto encontrarás un extracto de prueba de mi novela 'Del odio al amor - Deseos prohibidos' - donde Annie juega el papel principal. ¡Que te diviertas!

Extracto: 'Del odio al amor - Deseos prohibidos'



https://www.amazon.es/dp/B0992QFMM7

¿El ardiente multimillonario o la mejor amiga? - ¡Annie debe decidirse!

Mi mejor amiga Susan acaba de dejar atrás un divorcio complicado. Frustrada, me arrastra con ella a una fiesta de disfraces. Allí descubro a este

tipo increíblemente sexi disfrazado de superhéroe. **Todo sucede como era de esperar: ¡Terminamos en la cama!**

A la mañana siguiente me espera un nuevo trabajo. ¡Esto me lleva a la oficina de Dillan Williams! Dillan luce jodidamente sexi. Él es el mejor abogado de divorcios de toda Nueva York y tiene una cuenta bancaria considerablemente abultada.

Pero aquí hay una trampa: ¡Dillan es precisamente el abogado que destrozó a Susan hasta el último milímetro durante su divorcio! ¡Este hombre no tiene ni un gramo de moral o consideración!

En realidad, debería odiar a este tipo… ¡de verdad! Pero ¿por qué tiene una pequeña cicatriz, al igual que el misterioso extraño de la fiesta de disfraces?

Después de mi disgusto inicial, Dillan me hace una oferta a la que no puedo renunciar…
Pero entonces Susan se entera y me confronta… Estoy a punto de confesarle todo a Dillan, ¡mis días están contados!

Capítulo 1 – Annie

—Él me lo ha quitado todo. ¡Simplemente todo!

Susan me rodea con sus brazos, recarga su cabeza en mi hombro y llora. Estamos sentadas entre mantas y almohadas en el sofá de cuero negro de su pequeño apartamento neoyorquino en el distrito de Queens. Estoy con ella desde hace apenas dos minutos y ya está desplomándose totalmente. Pobre Susan. ¿Durante cuánto tiempo ha estado reprimiendo toda su desesperación? Ni siquiera cuando me invitó a su apartamento pude notar algún atisbo de la tristeza que lleva dentro de sí, profundamente arraigada. En ese momento, aún me asombraba la calma con la que Susan estaba lidiando con todo este asunto.

Pensando bien en ello, creo que quizás no interpreté correctamente la expresión facial de Susan al saludarme. Ella vive en el piso número 18. El edificio tiene ascensor, sin embargo, es tan pequeño y anticuado que, según la información de seguridad, tan solo puede transportar a un máximo de cuatro personas. Yo solita ya me siento bastante incómoda en este espacio, por lo que me pregunto cómo podrían caber tres personas más aquí. Estoy sudando y tengo dificultades para respirar. Ambos síntomas bastante incómodos. Evito este tipo de situaciones siempre que puedo.

Por esta razón, como normalmente hago, decidí subir los 18 pisos por las escaleras. También son algo antiguas. Algunos de los peldaños ya no parecen ser muy seguros, pues están cubiertos de marcas rojas y señalizaciones que dicen 'Prohibido pisar'. Así que el ascenso se convierte en una pequeña carrera de obstáculos mientras yo intento dejar los 18 pisos detrás de mí, lo más rápido posible. Debo subir 30 escalones por piso, por lo tanto, es un total de 540 escalones. Es por ello por lo que estoy sin aliento cada vez que llego frente a la puerta de Susan. Pero no me importa, al final es como si hiciera algo por mi físico, otras personas simplemente utilizarían el ascensor.

Susan es una muy buena amiga, si no es que mi mejor amiga. Es consciente de mi claustrofobia y nunca se burla de mí por ello. Simplemente me acepta como soy y nunca me fuerza ni me presiona a que

discuta el tema con algún experto. Por lo tanto, mis visitas ya se han convertido en una especie de ritual: primero me deja pasar a su apartamento, me ofrece un sitio cómodo para sentarme en el sofá y después me pregunta qué tipo de té me gustaría beber.

—*Skinni vanilli,* por favor —le respondo a Susan, todavía un tanto corta de aliento. Ese té tiene sabor a fresas y vainilla y lo recuerdo bien de mi última visita a Susan.

Sin embargo, en estos momentos, Susan se desmorona. Está sentada a mi lado, abrazándome y sollozando. Y no solo llora un poco, como cuando estás pasando una agradable velada frente al televisor y algo le sucede a la actriz principal y necesitas un pañuelo tras otro. No, Susan solloza tan profundamente que le tiembla todo el cuerpo y le es difícil respirar.

—Oh, Susan. No sabía lo mal que estaba la situación. Pero ya estoy aquí. Tranquilízate. Concéntrate en tu respiración, cariñosamente acaricio la espalda de Susan con la mano izquierda, mientras que con la derecha le retiro algunos mechones de cabello rubio de la cara, que ya están húmedos y pegajosos a causa de las lágrimas.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?.

Esta mañana Susan tuvo su audiencia final en la corte para resolver su divorcio con Steven. Él y Susan estuvieron casados durante cinco años. Para mí ellos siempre fueron la pareja ideal. Siempre parecían felices el uno con el otro. Al menos eso era lo que yo pensaba, al igual que Susan. Hasta hace un par de meses.

De repente, de un día para otro, Steven le dijo a Susan que quería el divorcio y ese mismo día él se mudó. En ese entonces, Susan me llamó completamente confundida. Inmediatamente fui por ella y nos dirigimos a mi apartamento, sentadas en el asiento trasero de un taxi amarillo de Nueva York con apenas unas cuantas de sus pertenencias que empacamos apresuradamente. Susan no podía y no quería pasar otra noche en el *penthouse* que había compartido con él. Estaba lastimada y se sentía traicionada. Especialmente porque Steven nunca mencionó ni una palabra antes. Nunca dijo nada que sugiriera cómo se sentía. Siempre le había dado un mundo ideal. Aún hoy, Susan no sabía la razón exacta. Steven ignoró cada conversación o charla, bloqueó y cortó todos los intentos de Susan por comprender. Ambas sospechamos que tiene a alguien más y que, paralela a su relación con Susan, construyó otra vida en algún sitio a las afueras de

Nueva York. Steven tan solo se presenta a las reuniones en la corte que son estrictamente necesarias. Sin embargo, la mayoría de las veces es el abogado de Steven quien asiste en su representación.

—Ese abogado. Simplemente me quitó todo. Me hizo parecer una vieja bruja fría como el hielo —Susan se volvía cada vez más pura. Recostada en mis brazos, revivía la audiencia en la corte de esta mañana.

—Está bien. Tómate todo el tiempo que necesites. Estoy aquí —consuelo a Susan.

Me siento tan impotente y culpable por no poder asistir con Susan a la corte esta mañana. Pero tenía otro problema con mis padres y mamá me pidió ayuda para resolver una discusión entre ella y mi padre enfermo. Mi padre tiene Parkinson y la mayor parte del tiempo está delante del ordenador. Y entonces hace las compras más descabelladas. Anoche adquirió un entrenador ortopédico para manos y pies que costó unos cuantos miles de dólares… de ahí mi visita esta mañana.

—Tienes suficientes problemas con tus padres, lo sé. Estoy tan feliz de que estés aquí ahora —Susan se escucha un poco más tranquila y la abrazo con más fuerza. A veces, todo lo que uno necesita es cercanía humana.

—Hoy el abogado estaba realmente por la labor. De hecho, se las arregló para pintarme como la mala de la historia. Y ahora yo tengo la culpa de todo. Por mi culpa, Steven ahora tiene problemas de salud mental y eso le impide trabajar. ¿Lo puedes creer?. —Susan se incorpora. Ahora está sentada en el sofá de nuevo, con la espalda erguida, frente a mí. Se seca las lágrimas del rostro enrojecido e hinchado. Pobre Susan. De verdad parece destrozada.

—No permitas que un abogado estúpido te inquiete. Tan solo es un sujeto con diarrea verbal —intento decir algo para animar a Susan.

—No, Annie. No lo entiendes: no se trata simplemente de todos los reclamos del abogado. El juez dijo que su argumento era absolutamente convincente y plausible. ¡Incluso presentó la opinión de un médico de renombre! Se lo han tragado todo de principio a fin… pero todo es una mentira.

Me quedo en silencio. Susan parece estar recuperándose un poco. No quiero interrumpirla ahora, así que me limito a simplemente escucharla.

—A partir de hoy el juez ha declarado que nuestro divorcio es oficial. Y a partir de mañana tengo que pagarle manutención a Steven, porque es mi

culpa que ya no tenga capacidad para trabajar. ¡Dos mil dólares al mes! ¿Lo puedes creer? ¿De dónde sacaré tanto dinero? Solo gano un poquito más que eso. Estoy en la ruina. —Susan comienza a sollozar de nuevo y se limpia la nariz con un pañuelo.

—¿Y qué dijo Steven al respecto? Estuvo presente hoy, ¿o no? —pregunto, incrédula. La historia suena realmente horrible. Susan lo dio todo por Steven durante su tiempo juntos. Simplemente lo adoraba. Siempre estuvo ahí para él, lo cuidaba cuando él volvía a casa tras una larga jornada de trabajo, le cocinaba e incluso lo acompañaba a los juegos de los Mets de Nueva York, a pesar de que ella odiaba el béisbol. Siempre fue una esposa cariñosa y hubiera hecho cualquier cosa por su amado esposo.

—Simplemente se quedó ahí sentado. Ni siquiera me miró. Hasta podría haber pensado que se sentía incómodo con todo el espectáculo que estaba montando su abogado. Y tras la reunión, desapareció inmediatamente sin decir una palabra. Ya no entiendo qué pasa en su mundo, Annie. ¿Qué pasa con Steven?

—No tengo ninguna respuesta para eso, Susan. ¿Le has escrito un mensaje después de la reunión? ¿O le has llamado? —le pregunto con cautela.

—¿Un mensaje? Por lo menos veinte. Y también le he llamado varias veces. Simplemente me ignora. No entiendo nada. —Nuevas lágrimas brotan de los ojos de Susan y vuelve a limpiarse la nariz con un pañuelo nuevo.

Susan realmente se ve mal y puedo sentir su frustración. Me preocupa que no salga de su apartamento, se desconecta del mundo y de sí misma y se queda sola con su miseria.

—¡Vamos! Demos un paseo y tomemos un poco de aire fresco. Te ayudará a pensar en otras cosas por un rato y desconectarte un poquito —le sugiero.

Susan duda por un momento, pero finalmente acepta. Rápidamente se pone una chaqueta para no congelarse, sin embargo, se abstiene completamente de arreglarse o ponerse maquillaje, como es su costumbre. Esos pequeños detalles son los que me hacen darme cuenta de lo mal que se siente en realidad.

—No te preocupes, Susan. Estoy aquí para ti. Encontraremos una solución. Juntas nos arreglaremos con el asunto del dinero. Si ambas

pagamos mil dólares al mes, tendrás suficiente dinero para vivir por unos meses. Entonces quizás logres hablar con Steven y puedan resolver todo este asunto, como el terrible malentendido que es. —Intento calmar a Susan mientras bajamos con cuidado por las escaleras, con cuidado de no pisar los peldaños marcados en color rojo. Yo no tengo ni la más remota idea de cómo conseguir mil dólares al mes, pero no quiero dejar a Susan sola. En este momento mi cuenta bancaria está en cero y pronto debo pagar mi tarjeta de crédito. Pero seguramente encontraré una solución para eso.

—Eres realmente una buena amiga, Annie. Vayamos por un trago —Susan me abrazó al salir del edificio. Realmente puedo ver el alivio en ella, sus rasgos relajándose ligeramente. Me encuentro algo desconcertada por el repentino cambio de humor, pero no quiero contradecirla así que concuerdo en que vayamos a por un trago. En lugar de una larga caminata, nos dirigimos directamente al 'Café-Bar' más cercano. De cualquier manera, nuestra caminata no habría durado mucho, pues una ligera llovizna comienza a caernos sobre los hombros mientras recorremos los últimos metros de camino hacia el bar. Un día típico de finales de verano. El otoño se anuncia lentamente y el calor del verano comienza a desaparecer gradualmente de las calles de Nueva York.

Entramos al bar y nos sentamos en una mesita cerca de la puerta. El 'Café-Bar' se ve un poco anticuado. El público es algo mayor y en su mayoría del sexo masculino. Susan no parece percatarse de ello. En cambio, analiza con nerviosismo el menú de bebidas.

—Elije lo que quieras. Va por mi cuenta —le sonrió para darle ánimos a Susan.

Susan se inclina y me da un beso en la mejilla—. Gracias Annie, te lo agradezco mucho. Pero estoy segura de que me quedan unas cuantas monedas. —De pronto, Susan vuelve a recuperar su orgullo.

Instantes después vino la camarera a tomar nuestra comanda. Me decido por una enorme taza de té Earl Grey número 69. Susan le echa un último vistazo al menú con mirada decidida y elige una enorme copa de vino blanco. Su elección también me sorprende.

—Susan, ¿estás segura de que beber vino es una buena idea? —le pregunto colocando mi mano sobre la suya.

—Tú misma lo dijiste: un poco de distracción me hará bien. Y creo que una copa de vino es justo lo que necesito. —Susan me sonríe, pero detrás de

su máscara puedo ver sus ojos llenos de tristeza, la desesperación y la ira que me mostró de forma más transparente momentos antes en su apartamento. Obviamente está intentando mantener la compostura aquí, pues no desea llamar la atención de forma negativa frente a los demás clientes del bar.

Decido que, a partir de ahora, vigilaré con más atención a Susan. No sería la primera persona en ahogar sus penas en alcohol. Por hoy, dejaré que se salga con la suya. Sin embargo, me aseguraré de que beber una copa de vino por la mañana no se convierta en un hábito recurrente.

El móvil inteligente de Susan vibra. En la pantalla aparece un mensaje. Susan coge el dispositivo inmediatamente. —No es Steven —me dice algo decepcionada, y luego lee el mensaje completo.

Entonces levanta la mirada de la pantalla, esbozando una sonrisa en el rostro. —Una compañera de trabajo me envió el enlace para un evento. Esta noche hay una fiesta de disfraces de superhéroes en la ciudad. Me consiguió dos entradas VIP gratis. ¿No te parece guay?.

—Vale, no lo sé. ¿Una fiesta en estos momentos es lo que necesitas? —respondo con escepticismo. Sospecho que Susan aprovechará la ocasión para beber más vino y cocteles. Quién sabe dónde y cómo terminará esto. Siendo honesta, no tengo ganas de ir a un evento de ese tipo; en lo absoluto. La mayoría de las veces hay demasiada gente alrededor, lo cual no me gusta para nada, y a menudo todos los asistentes son personajes importantes. Ese tipo de gente que atiborra Nueva York; ya sabes, las personas que viven a sus anchas. Eso no es lo mío, en lo absoluto.

—Venga, Annie. Será divertido. Sabes lo mucho que me gusta disfrazarme. Y sería una enorme distracción para olvidarme de mi terrible mañana. Y las entradas son gratis. Y ya que son VIP, podremos beber tanto como queramos. ¿No son suficientes razones para ir? Flipo —en estos momentos, Susan suena increíblemente eufórica.

—Vale, vale. Vayamos —respondo de mala gana. No me apetece nada ir, pero decido acompañar a Susan. Hoy, sobre todo, estará bien poder cuidar de ella y asegurarme de que no haga tonterías. Tener acceso a alcohol gratis tras una mañana como esta y estar rodeada por neoyorquinos fiesteros disfrazados, bueno… puede terminar muy mal.

Cuando termino mi taza de té y Susan termina su copa de vino, le pago a la camarera y salimos del local. Susan se rindió y me permitió invitarle a su

copa. Mientras tanto, la llovizna ha cesado y tan solo queda una espesa capa de nubes sobre la ciudad. Parece como si una tormenta pudiera caer en cualquier momento.

—Todavía no tengo idea de qué superhéroe debería disfrazarme, pero iré a buscar un disfraz y te recogeré a las seis. ¿Vale? —le pregunto a Susan y hago señas a un taxi mientras nos detenemos frente a su edificio. Con el estado actual de mi cuenta bancaria, realmente no debería gastar en taxis. Pero también evito el metro de Nueva York siempre que puedo. Siempre hay demasiadas personas, apelotonadas unas contra otras.

—¡Genial! Estoy tan feliz de que vengas conmigo. —Susan me abraza y me da un beso en cada mejilla. Entonces un taxi se detiene. Entro y bajo la ventanilla.

—¡Cuídate! Te veo después, Susan. —Esas son mis últimas palabras antes de que el taxi inicie el trayecto en la dirección que le he indicado.

Capítulo 2 – Dillan

—¡Hijo de puta! ¡Me has arruinado! ¿Cómo puedes siquiera mirarte al espejo por las mañanas?

Otro exesposo está frente a mi oficina despotricando y lamentándose de su asquerosa vida. Como si me importara un comino cómo va su vida después del divorcio. Más bien debería preguntarse por qué cometió el error de contratar a un abogado novato y barato. Su exesposa hizo lo correcto: contratar a un profesional. Y, en este caso, el profesional soy yo.

Es verdad, ni siquiera puedo acordarme de él o de su exesposa, a quien aparentemente representé exitosamente en la corte. Tengo muchos clientes. El caso parece haber sido hace tiempo. Además, cada semana tengo decenas de citas con diferentes clientes, más aquellos a los que les gustaría serlo.

Siendo honesto, no me interesa en lo absoluto maldecir a los exesposos o exesposas, pero en este punto, debo corregirme: en realidad, solo los exesposos vienen aquí e intentan descargar su ira y desesperación con todo tipo de maldiciones. ¿Quizás aquello es parte de la naturaleza inherente del hombre? Luchar hasta el final. Jamás la exesposa de algún cliente se ha aparecido por aquí, despotricando o maldiciendo.

Es de suponer que las mujeres tienen mayor tendencia a hundirse en el valle de las lágrimas y la autocompasión y acuden a algún amigo cercano para sollozar. Por eso prefiero tratar con clientes masculinos.

Sin embargo, lo que me molesta es que los exesposos de mis clientas vengan a mi oficina. Tengo mejores cosas que hacer que escuchar toda su mierda.

La ira me invade. A pesar de todo, no estoy enfadado con el hombre que está frente a mí, gritándome. Tal vez incluso tenga razón para hacerlo. En la corte, *estar en lo correcto* es una cosa completamente diferente. Y yo soy jodidamente bueno en estar en lo correcto en la corte. Mis clientes suelen conseguir todo lo que siempre han querido: la casa, la custodia de los niños, el coche. A veces incluso un poco más.

No, en realidad no me importa el hombre en lo absoluto. Mi enfado es a causa de mi secretaria. ¿Por qué permitió que este hombre entrara en

contacto conmigo? Lo toleraría si fuera la primera vez, pero ya es el tercer incidente de la semana.

—Haré una apelación. Entonces veremos quién es el verdadero dueño de la casa —me grita el ex desde el otro lado de mi escritorio de madera de roble. Lo ignoro lo mejor que puedo y hojeo los documentos y actas correspondientes a mi siguiente caso. No obstante, con todos esos gritos es casi imposible prestar atención a lo que estoy leyendo. Aun así, con el tiempo, el método de ignorar ha demostrado ser el mejor. Al comienzo de mi carrera intenté dialogar con los exesposos furiosos y repetir los argumentos del juez.

Todo en vano.

Simplemente es inútil. No tiene sentido intercambiar argumentos basados en hechos con una persona que está repleta de emociones. No importa el nivel de educación del hombre. Tan pronto como le quitas algo que es preciado para él, tan solo malas palabras y puños aparecen en su defensa.

No estoy seguro cuánto tardará este en parar de insultar. ¿Intentará agredirme físicamente como algunos cuántos han hecho?

Yo no soy como esos sórdidos abogados suburbanos que cuentan con seguridad propia en la puerta. No necesito nada de eso. Por un lado, mi bufete de abogados se encuentra en el piso número 45 de un enorme rascacielos en medio de Manhattan y, por tanto, una de las mejores zonas de Nueva York. Por otra parte, recibí un entrenamiento bastante extenso durante mi tiempo en la marina. Así que soy capaz de defenderme bien. Esa capacitación fue hace algunos años, pero mantengo mis conocimientos actualizados y en práctica con lecciones privadas una o dos veces por semana.

Mi entrenador personal es fenomenal e incluso viene a mi oficina si es necesario, de forma que aún después de un largo día de trabajo, puedo tener una hora de entrenamiento de combate a las once de la noche. Definitivamente esto es un beneficio del que solo pueden gozar quienes tienen la influencia y el saldo bancario necesario.

—No finjas que estás leyendo esos papeles. ¡Apuesto a que eres un abogado cualquiera que se esconde detrás de sus papeles y palabras en este rascacielos de Nueva York! ¡No tienes ni una oportunidad en un enfrentamiento de hombre a hombre!

Lentamente, comienza a hacerme enfadar demasiado.

Levanto la mirada de los expedientes y observo de cerca a mi visita, por primera vez. De hecho, parece un tipo bastante bien formado. Definitivamente asiste al gimnasio con regularidad. La parte superior de sus brazos es bastante ancha. Tal vez también tome algunos esteroides. ¿Acaso habrá hecho esto recientemente, a forma de prepararse para este encuentro conmigo? En cualquier caso, no recuerdo a ningún hombre así de musculoso en la corte. Esto, nuevamente, me indica que el caso entre él y su esposa fue hace un par de meses, o quizás más.

A pesar de esto, decido poner fin al asunto de una vez, sin ningún encuentro cuerpo a cuerpo. Es temprano y no quiero que mi costoso traje a medida se arruine innecesariamente. Probaré una ruta diferente y optaré por el acto de clásica intimidación combinada con una pizca de cortesía. Eso siempre funciona.

—Le agradezco por tomarse la molestia de encontrarme —lo miro fijamente a los ojos y comienzo mi sermón.

—Antes de dejarse llevar por cualquier contacto corporal imprudente, me gustaría llamar su atención a los premios y reconocimientos colgados en esa pared. —La mirada del hombre sigue mi dedo índice. En mencionada pared no hay reconocimientos de Harvard ni de ninguna otra universidad. En cambio, ahí resplandece mi medalla expedicionaria de honores de la marina. Una medalla de servicio a los marinos, una foto mía vistiendo el traje de combate con cinturón negro, y diversos reconocimientos certificando que he alcanzado ciertos rangos y niveles de experiencia en diversas artes marciales.

El hombre traga saliva mientras recorre la pared con la mirada.

—Quizás le gustaría reconsiderar sus palabras lo antes posible. En ese caso, yo también me abstendría de presentar cargos por acoso y amenazas de agresión física, lo cual ciertamente le resultaría bastante costoso otra vez.

El ex se encuentra visiblemente confundido y parece sopesar sus opciones. Sabe muy bien que soy capaz de hacer valer mis intereses ante la corte.

—Usted es un sucio… —comienza a decir, pero se detiene, da media vuelta sin decir una palabra más y sale de mi oficina con el cuerpo totalmente tenso por la rabia. No vuelve a mirar atrás.

Abre la puerta de mi oficina de un tirón y no la cierra tras retirarse. Entonces puedo ver el sitio de mi secretaria desde mi escritorio.

—Ven Joanne, por favor. ¡Ahora mismo! —grito, sin poder reprimir la furia en mi voz.

Joanne reconoce ese tono de voz bastante bien, así que inmediatamente deja todo lo que está haciendo, se pone de pie de un salto y rápidamente entra a mi oficina tambaleándose.

—Lo siento mucho, señor Williams. Honestamente no pude hacer nada al respecto, fue una… —comienza a disculparse. Ella ya parece saber exactamente para qué le pedí que viniera a verme. Esta mujer se encuentra de pie frente a mí como si se tratara de una niñita malcriada. Con su traje plisado de pantalón en conjunto con una blusa blanca, parece preparada para nadar entre la multitud del mundo empresarial de Nueva York. Pero ese atuendo no le sirve de nada si no es capaz de cumplir con las tareas más simples.

—Suficiente. ¡No quiero excusas! —la interrumpo—. Has estado trabajando para mí durante cuatro semanas. La agencia de empleos me prometió que tu trabajo era confiable. Sin embargo, todos los documentos y actas están hechos un desastre. Tan solo mira esto —señalo el montón de papeles que tengo frente a mí. Aunque ella no dice nada, sabe que tengo razón. Los documentos no están ordenados por fecha, tal como habíamos acordado.

—Lo siento, estaba tan… mi novio es… —balbucea.

—No te pregunté nada respecto a tu vida personal. Todos tenemos una vida privada —la interrumpo de nuevo—. Me gustaría haber visto alguna mejora. Pero no hay ningún progreso. Y ahora todos los exesposos de mis clientas vienen aquí. —Durante esta última parte, mi voz se endurece y Joanne se encoje cada vez más—. ¡Por favor recoge tus cosas! ¡No te necesito más!

Joanne parpadea y me mira con incredulidad. Entonces su labio inferior comienza a temblar. Pronto comenzará a llorar.

—¡Sal de la oficina, cierra la puerta, coge tus pertenencias y eso es todo!. —Le insisto en que se marche con gestos claros. Una secretaria llorando porque acabo de despedirla es lo que menos necesito ahora en la oficina.

Finalmente se da la vuelta y sale silenciosamente de mi oficina. Trata de cerrar la puerta cuidadosamente. Pero no funciona. El seguro de la puerta simplemente no la sostiene. La puerta se abre una y otra vez, mostrándome a Joanne. Maldita puerta. No ha cerrado correctamente desde hace dos semanas. Joanna debería haber contratado a alguien para reparar esto, de modo que el problema fuera resuelto rápidamente. Pero tampoco es capaz de hacer eso. Así que es mejor que me deshaga de ella ahora.

Hace menos de una semana uno de los socios principales de mi bufete de abogados casi me pilla con una joven practicante. Pude cerrarme la cremallera de los pantalones justo a tiempo. La pequeña, cuyo nombre ya no recuerdo, se limpió el semen de la cara después de chupármela y entonces mi socio entró repentinamente a mi oficina.

Antes podía cerrar la puerta desde adentro. Pero ahora debo asegurarme de que nadie me irrumpa mientras alguna practicante me la chupa. ¡Qué frustrante!

Eso no habría sido algo malo en sí, ya que muchos de los socios principales hacen lo mismo con nuestras practicantes. Sin embargo, no quiero proporcionarles oportunidades para chantajearme. No sería el primer socio en tener que abandonar la empresa a causa de una pelea de poder interna. Todos jugamos aquí el mismo juego, pero cuando se trata de seguir adelante, yo no tengo consideración alguna. Así es como funciona el juego.

Después de las molestias con el molesto exesposo y mi asistente, necesito un poco de distracción. Sentado en mi escritorio, hago girar la silla y miro por la ventana. Cojo mi móvil y llamo al número de mi amigo Joe.

Joe también es abogado, pero trabaja en otro bufete cercano. Nos conocemos desde que estudiábamos leyes y hemos vivido absolutamente todo tipo de cosas juntos: muchas chicas, muchas fiestas y muchas apuestas precipitadas. Aunque hoy en día vestimos trajes carísimos y representamos a clientes, nuestros problemas siguen siendo los mismos que antes. Suena el tono del móvil y aguardo a que Joe coja la llamada.

—¡Hola Dillan! ¿Qué hay? ¿Ya me extrañas desde tan temprano en la mañana? —me saluda Joe con jovialidad al otro lado de la línea—. ¿O quieres la revancha por la apuesta que perdiste la semana pasada?. —Me imagino a Joe sentado en su oficina, al otro lado de la línea, sonriendo.

—También me alegra escucharte. Parece estar de muy buen humor — saludo a Joe.

—Sí, sé cuánto odias las fiestas de disfraces. Y, ¿sabes qué? Hoy por la noche hay una fiesta de disfraces de superhéroes. Qué guay, ¿no? —responde Joe.

Pongo los ojos en blanco. Lo único peor que una fiesta de disfraces es asistir a una, disfrazado. Las fiestas de disfraces son para las personas que no están felices con sus vidas y quieren esconderse del mundo real.

Prefiero las fiestas clásicas en las que asisten hombres de traje y mujeres vestidas con coquetos vestidos cortos. Con la tela suficiente como para cubrirles los pechos y el culo… y quizás incluso sea posible atisbar un poco de su ropa interior. Si es que la usan. Eso me parece increíble, pero en Nueva York todo es posible.

—Ni siquiera diez caballos me arrastrarían hasta ahí —intento hacer desistir a Joe de su sugerencia, pero ya puedo imaginarme lo que está a punto de decir.

—Sabes que perdiste nuestra apuesta la semana pasada, ¿no?. —Puedo imaginar la sonrisa de Joe al otro lado del teléfono. Continúa.

—La apuesta era de quinientos mil dólares, además de poder decidir a dónde saldremos y pensar en un castigo —Joe me explica nuestra apuesta de la semana pasada, como si yo ya me hubiera olvidado.

—Sí, sí, lo sé. Y las deudas de apuestas son deudas de honor —agrego la frase típica de Joe—. Vale. Ya tienes el dinero, así que terminemos con esto. Pero solo si agregamos algo de tensión a nuestra noche con otra pequeña apuesta. Quiero tener la oportunidad de recuperar mis quinientos mil dólares, al menos —le sugiero a Joe.

—Claro, vale. ¿Qué has pensado? —me pregunta Joe. Mordió el anzuelo. En este sentido, él y yo somos absolutamente iguales. Cuando se trata de apuestas, ninguno de los dos puede decir que no.

—Un millón de dólares al primero en tener sexo con una chica esta noche. ¿Qué me dices?

—¡Perfecto! —escucho decir a Joe con indiferencia. Realmente no nos importan las cifras. Ambos hemos ganado mucho más dinero y tenemos millones en nuestras cuentas bancarias. Para nosotros, una apuesta como esta es tan importante como la clásica apuesta de cien dólares hecha por cualquier estadounidense promedio. Es un poco molesto perder, pero nuestras cuentas bancarias realmente no se ven afectadas.

—¡Guay! ¿Dónde y cuándo comenzamos? —le pregunto a Joe.

—La fiesta es a la vuelta de la esquina de aquí. Aun me quedan unas cuantas citas por el día de hoy y estoy seguro de que a ti también. ¿Nos vemos en el sitio? Te enviaré la ubicación por WhatsApp —me dice Joe.

—Vale, lo hacemos así. Te veo después —me despido y termino la llamada.

Durante la siguiente hora no tengo ninguna cita así que decido coger un taxi hacia el enorme centro comercial Macy's. Es de las tiendas más grandes del mundo, así que es posible que ahí pueda comprar un disfraz de superhéroe con tan poca antelación. Me levanto de la silla de mi oficina y camino hacia el ascensor. Sería gracioso si no encontrara nada adecuado para ponerme esta noche.

En el camino al centro comercial también puedo discutir mi plan secreto con quien eventualmente será mi próximo cliente, sin que nadie en mi oficina se entere. Guardé su número poco antes de que apareciera el exmarido furioso. Sin una secretaria y con la puerta sin cerradura, en estos momentos ya no puedo estar completamente seguro de quién escucha mis conversaciones privadas. Y lo que planeo hacer debe mantenerse en secreto, al menos por ahora.

¡Haz clic aquí para descubrir lo que sucede a continuación!